

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 11 - 17 julio 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 293

## EL COBRE, ESE METAL ESPAÑOL.



### UN GRANDE DE ESPAÑA Y DE LA IGLESIA

Reportaje sobre la vida y la muerte del padre Suárez, general de la Orden Dominicana, por Ernesto Sacedo (pág. 58)

#### UNA FAMILIA DESCABALADA

Historia de las desavenencias conyugales de la dinastía de los Patiño (pág. 13)

Carta del director al reverendo padre Suárez (página 10). ● Entrevista con José María Sánchez-Silva (página 7). ● El hombre puede vivir ciento cincuenta años, por Octavio Aparicio (pág. 17). ● La huelga de agosto de 1917 y el «plante» de la cárcel Modelo, por Francisco Casares (pág. 21). ● La desigual carrera de Elsa Schiaparelli, por Antonio Viglioni (página 24). ● Una gran obra cordobesa, por F. Costa Torro (pág. 27). ● Fin de curso en Norteamérica, por María Jesús Echevarría (pág. 32). ● Ciento veinte muchachos ciegos en un Campamento del Frente de Juventudes, por Blanca Espinar (página 37). ● Barcelona, puerto de mar (pág. 48). ● César Faraco, torero de Venezuela, por José María Deloyto (pág. 52)

#### LA BARBERIA

novela por Miguel Delibes

UN ACUERDO QUE PONE EN MANOS NACIONALES LAS EXPLOTACIONES DE RIOTINTO

OCHENTA AÑOS DE HISTORIA MINERA QUE CAMBIAN DE SIGNO

DARD

# El pez en el agua...

simboliza y nos sugiere esa grata sensación de frescura que tanto apetecemos en las horas caliginosas del verano y que se logra con



C.S. 14108

# "SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

## ADAPTA EL ORGANISMO AL CALOR

# EL COBRE, ESE METAL ESPAÑOL...

Vista general de la fundición de piritas de Riotinto



## UN ACUERDO QUE PONE EN MANOS NACIONALES LAS EXPLOTACIONES DE RIOTINTO

## OCHENTA AÑOS DE HISTORIA MINERA QUE CAMBIAN DE SIGNO

Las minas de piritas ferrocobrizas de Riotinto han vuelto a ser españolas. Como más adelante detallaremos, la inglesa, Compañía Riotinto Limitada, va a ser sustituida, en mutuo acuerdo, por una nueva Sociedad española. Este acto cierra o pone punto final a uno de los más desafortunados e inconcebibles capítulos de nuestra historia económica.

### DURANTE SIGLOS SE HAN EXTRAÍDO TONELADAS DE PIRITAS

Al río Tinto le viene el nombre de su color. Discurre entre tierras ricas en minerales cobrizos y sus aguas no desmienten el origen. Hay quien dice que ya en la Edad de Piedra se aprovechaban las riquezas subterráneas de la región. Sea esto cierto o no, tanto fenicios como romanos sabían que aquí podía obtenerse el codiciado metal rojo, y usaban con largueza de su conocimiento.

Entre cerros pelados y ariscos la zona cuprífera se extiende al sur de la sierra de Aracena formando una franja de más de doscientos kilómetros de longitud y veinticinco de anchura. En cuanto al espesor, hay comarcas donde se ha calculado que éste

es de más de quinientos cuarenta metros. Los caudales del Guadiana y del Guadalquivir son como límites de esta región que desde Sevilla prolonga sus filones hasta entrar en Portugal por el Alemtejo.

Las minas de Riotinto propiamente dichas están situadas entre el Tinto y el Odiel. Pocos árboles hay en la comarca, cuya principal riqueza se halla en el subsuelo. A cielo abierto, cortando los cerros en terrazas, o por medio de pozos, se han ido extrayendo durante siglos toneladas y toneladas de pirita sin que aparecieran síntomas de agotamiento.

Cerca de Riotinto se hallan otros criaderos de mineral célebres en todo el mundo: San Dionisio Nerva La Zarza, Tharsis... Y una serie de pueblos y poblados tienen su vida unida a las vicisitudes de la explotación minera.

El Municipio de Riotinto es el que cuenta con más colonias obreras: El Valle Alto de la Mesa y la Atalaya. Poblaciones mineras son también Zalamea la Real y Valverde del Camino. Todas ellas dan la provincia de Huelva.

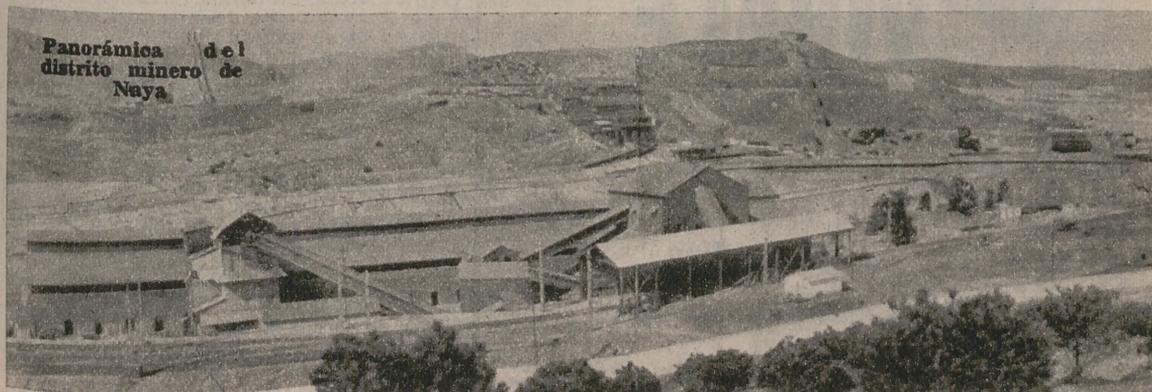


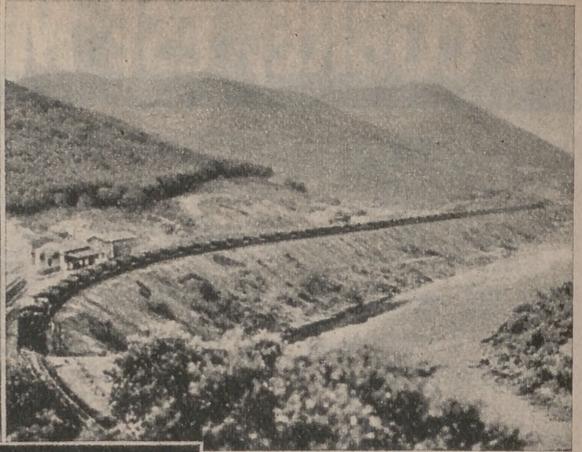
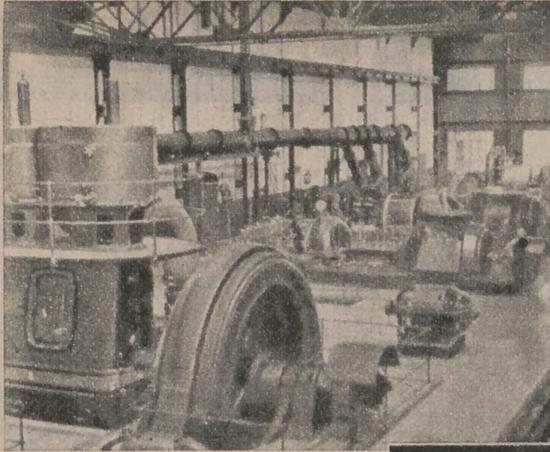
Arriba: Muelle de la Compañía para embalse.—Abajo: Barrio obrero de la Compañía de Riotinto, S. L.

### LA HISTORIA MODERNA DE HUELVA ES CASI LA HISTORIA DE SUS MINAS

Unida íntimamente a la geografía de sus minas está su explotación. Es Huelva el puerto

Panorámica del distrito minero de Naya





Izquierda: Central eléctrica de suministro de la cuenca. Derecha: Tren de 2.000 toneladas para el transporte de minerales

natural de la comarca minera, y por él han salido enormes cantidades de piratas hacia estuarios y factorías extranjeros. Cualquiera español conoce, de una manera más o menos directa, lo que con las minas de Riotinto ha venido ocurriendo desde hace casi un siglo.

Ahora, en virtud de un acuerdo mutuo entre Empresas financieras, se va a llegar a un cambio radical en la situación. Quedará establecido un predominio del capital español en la Sociedad que, sin duda, ha de tener repercusiones importantes.

La historia de las minas de Riotinto está unida directamente a todos los avatares políticos y sociales de la historia de España. Durante décadas, la situación de

las minas de Riotinto ha pesado sobre la espalda de la economía española. Contemplando, sin pasión alguna, los hechos ocurridos en los últimos ochenta años, pueden deducirse, a la vista de las cifras y de las fechas, acontecimientos cuya trascendencia y significado en la política económica nacional no han sido favorables para nuestro avance económico y la mejora de nuestro nivel de vida.

Los hechos comenzaron poco después de ser destronada la Reina Isabel II. Eran épocas inciertas. La lucha de españoles

contra españoles, fomentada desde el extranjero, se traducía en un continuo tejer y destejer. En aquella confusión, Huelva y sus minas iban a desempeñar un triste papel.

#### LA HACIENDA PÚBLICA, EN ESTADO CALAMITOSO

El 12 de febrero de 1873 se proclama en España la primera República. Había abdicado Amadeo de Saboya, cansado de las convulsiones políticas del período, y era reemplazado por todo el conjunto republicano de los Figueras, Castelar, Echegaray, Becerra, Salmerón, Pi y Margall, etcétera... La Hacienda pública, como consecuencia de la decadencia económica del país, se encuentra en una situación difícil, casi desesperada. En es-

te mismo año el balance del Estado presenta un déficit de 349 millones de pesetas. El descubrimiento del Tesoro asciende a 668 millones de pesetas, con el consiguiente séquito de deudas impagadas. La carrera de adquisición de deudas por parte de la Hacienda llega a su culminación en el año 1875, en que, rotas las directrices estatales de las finanzas, se decreta la suspensión de pagos.

Ante tal estado de cosas, los políticos de aquel tiempo—movidos no se sabe por qué ocultos resortes—presentan unas soluciones que serán incompatibles con los intereses públicos. Bajo el mandato del Gobierno provisional siguiente a la revolución de 1868 se comenta la «conveniencia» de enajenar bienes de explotación, tales como las minas, cuya venta a Compañías extranjeras permitiera reforzar las vacías arcas de la Hacienda pública.

Se piensa en las minas de mercurio de Almadén, en los yacimientos de plomo de Linares o en los de azufre de Hellín. Pero la ley minera de 1859 establecía que estas minas fueran reservadas para su explotación por el Estado.

Por otra parte, el Estado ya había explotado—antes de 1873—las minas de pirita de Riotinto. Mas, por las causas que fueran, la explotación no debía de dar todos los beneficios necesarios o se pensó por parte de los gobernantes—con una ingenuidad que no es explicable más que estableciendo una tasa de culpabilidad—que una cesión rápida de la explotación de las minas repercutiría en un beneficio monetario más inmediato y considerable sobre la economía nacional. El caso es que, por desgracia, llegó el día 14 de febrero de 1873.

#### LAS MINAS SON VENDIDAS EN 92.800.000 PESETAS

Hacia dos días que había sido proclamada en Madrid la primera República. En las Gacetas oficiales se anuncia una subasta. El anuncio viene a decir: «Concurso de explotación para las minas de piritas ferrocobrizas de Riotinto, Huelva».

El 14 de febrero de 1873, en un despacho madrileño se celebraba la subasta. Abierta la primera, resultó desierta. Abierta la segunda, resultó igualmente desierta.

Nuevo y alegre envase de plástico

# VIVACE

CHAMPÚ CLOROFILA

EL CHAMPÚ INDIVIDUAL EN ALEGRE ENVASE PLÁSTICO, DE MUY FÁCIL APLICACIÓN QUE DEJARÁ SU CABELLO:

LIMPIO, SEDOSO Y BRILLANTE

Hay algunos temores en cuanto al resultado de la operación. Por fin a la tercera se da la voz:

—Concedida en noventa y dos millones ochocientos mil pesetas a Mateson and Company, de Inglaterra.

Mateson & C.º será la base sobre la que más tarde se refundirá la actual Compañía explotadora: «Ríotinto C.º Ltd.»

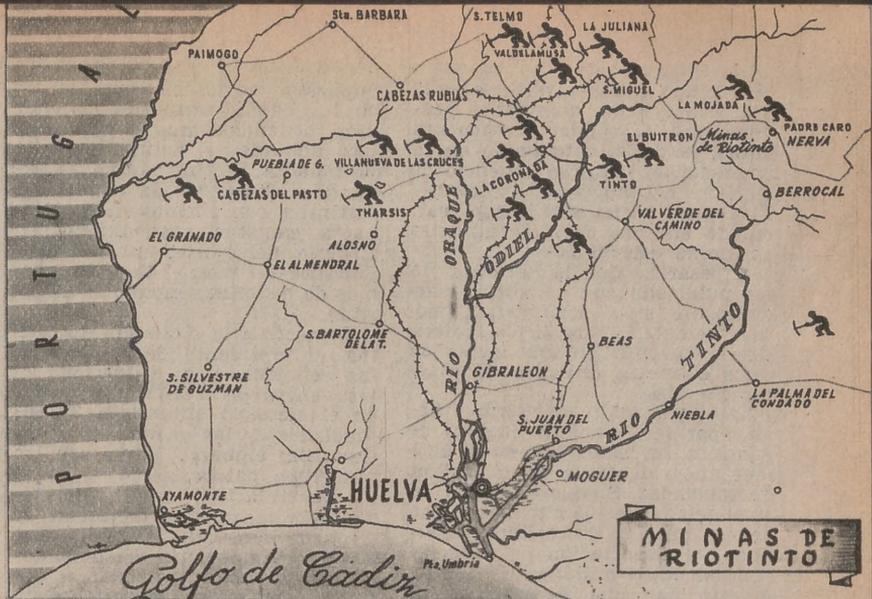
La operación de venta de las minas hace mostrar en aquellos políticos de la primera República un júbilo artificioso, como construido por ellos expresamente. El entonces ministro de Hacienda don Juan Tucáu, lanzó en las Cortes un discurso felicitándose por el éxito de la operación financiera y mostrando su satisfacción por haber sido él, precisamente, una de las firmas que suscribieron el contrato de adjudicación, presentando este hecho como una muestra de la confianza que en el extranjero tenía la recién nacida forma de gobierno española.

Apenas transcurrido un mes, se constituyó en Londres la Compañía que iba a explotar los yacimientos de pirritas de Ríotinto. Cuentan con un capital inicial de dos millones doscientas cincuenta mil libras esterlinas, y fija la fecha de comienzo de los trabajos extractivos para tres años después, es decir, para 1875. Durante todo este período la Compañía construye un ferrocarril de 84 kilómetros de longitud de tendido, que, paralelamente al río Tinto, transportará el mineral al puerto de Huelva.

Estos gastos, unidos al desembolso inicial como consecuencia de la adjudicación de la subasta, elevan la cifra de costo de compra de las minas a ciento cuarenta y tres millones de pesetas. Y con todo esto se inicia la historia de la explotación directa por capital extranjero de las minas de pirritas ferrocobrizas de Ríotinto.

### DOSCIENTOS VEINTE MILLONES DE TONELADAS DE MINERAL EN LAS MINAS

Las minas de Ríotinto, a pesar de la existencia de algunas épocas en que disminuyen las ventas, va a ser dos cosas principalmente. Una, un buen negocio para la Compañía adjudicataria. Otra, el resultado, para España, de una operación financie-



He aquí el gráfico de la cuenca minera de la provincia de Huelva, que constituye el mayor depósito de pirritas cobrizas de España

ra que en nada nos favorecía. El terreno onubense guarda en sus entrañas más de doscientos veinte millones de toneladas de mineral por unos ochenta millones de toneladas en el resto de España. Las masas de mineral se componen principalmente de pirritas de hierro con los sulfuros de cobre, plomo, cinc y arsénico. La mezcla de elementos útiles es del 43 al 52 por 100 de azufre, 37 al 45 por 100 de hierro y 0,20 al 5 por 100 de cobre.

La provincia de Huelva constituye el mayor depósito de pirritas cobrizas de la Península, y las minas de Ríotinto son las más importantes de Huelva. Una de las masas de la zona tiene una profundidad de 550 metros y está considerada como la más importante del mundo. En el año 1911 fueron cubicados en ella 120 millones de toneladas de mineral. En los años 1747 a 1900 se extrajeron sesenta millones de toneladas, de un total, en España, de cien millones, de los cuales se consiguieron más de un millón de toneladas de cobre metal. En los años 1925 a 1934, Ríotinto produjo veinte millones de toneladas de pirritas.

Izquierda: Máquina moldeadora trabajando en la fundición de pirritas.—Derecha: Convertidor en pleno funcionamiento de la fundición de pirritas

Al noroeste de la formación general se encuentran tres masas conocidas con los nombres de Norte, Lago, y Dehesa. En este área la roca ígnea ácida, impregnada considerablemente con minerales sulfurados cobrizos, tiene riqueza mayor del 1,5 por 100 de cobre metálico, el cual se beneficia allí.

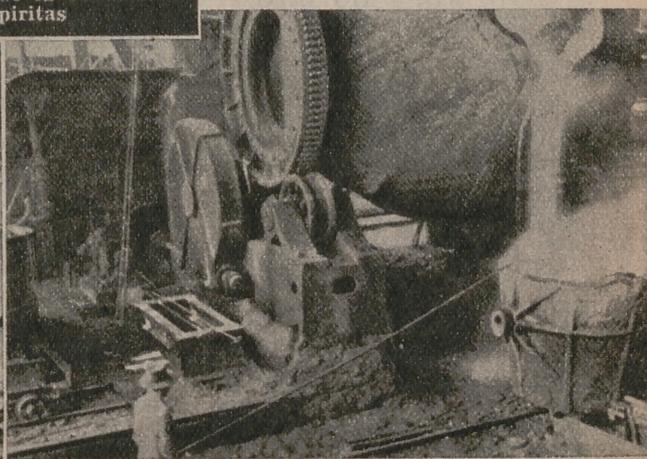
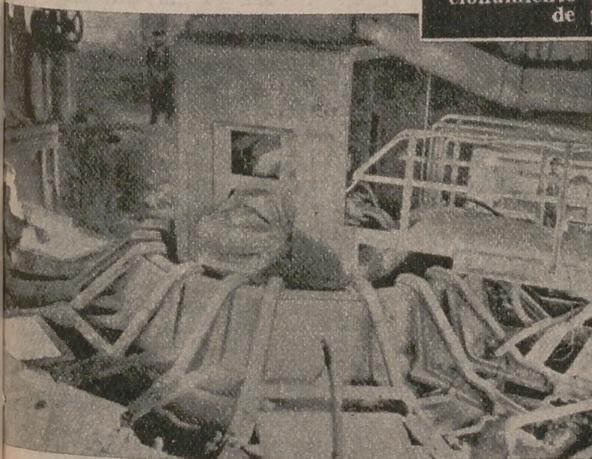
La cubicación actual, en tres dimensiones, de pirrita de hierro asciende a 60 millones de toneladas y la de rocas ígneas ácidas cupríferas a unos dos millones de toneladas.

El cobre contenido en las rocas ígneas ácidas se beneficia en Ríotinto. También existe una pequeña instalación para la obtención de azufre elemental.

### DESPROPORCION ENTRE LAS VENTAS AL MERCADO EXTERIOR Y AL INTERIOR

A los nueve años de puesta en marcha la explotación, las acciones de diez libras nominales se cotizaban al doble en la Bolsa de Londres. Treinta años más tarde, estas acciones habían producido como dividiendo más del setenta por ciento del capital.

En otra ocasión, en el año 1929, la Compañía incrementa su capital fundacional y lanza una emisión de cincuenta mil títulos



—de cinco libras esterlinas cada uno como valor nominal—, vendiéndolos, de salida, a cincuenta libras, es decir, obteniendo en la operación el fabuloso beneficio de emisión del noventa por ciento. El capital social actual está calculado en más de siete millones de libras esterlinas.

A pesar de que la Sociedad no ha publicado sus beneficios parcialmente, sino globalmente, pueden calcularse los suyos, referidos a Riotinto, en una media de unos cuarenta millones de pesetas anuales.

La exportación de piratas hecha por la Compañía inglesa de Riotinto ha sido, en estos últimos años, de cerca de un millón de toneladas. Siendo el precio de la tonelada de 105 chelines, o sea de algo más de cinco libras esterlinas, su exportación ha producido casi cinco millones de libras. A esto hay que agregar, en el caso de exportación de piratas ferrocobrizas, o sea las que superan la ley del 1 por 100 de cobre, el valor del cobre recuperable, que se valúa a partir del 0,70 por 100 de cobre contenido.

Desde el 1.º de enero de 1954 hasta el día 1.º de junio del mismo año exportó la Compañía de Riotinto 373.262 toneladas de piratas y 11.472 toneladas de azufre. Esta producción se consigue con un total de unos 8.000 obreros.

Estas cifras, que muestran a la vez la importancia en calidad y cantidad de materia prima contenida y el perjuicio que representó para España la marcha de las minas al extranjero, nos dan un reflejo fiel de las minas de Riotinto vendidas al extranjero por la primera República española.

La desproporción entre la exportación y la cantidad de mineral tratado puede ser salvada en el momento en que la Compañía, como va a ocurrir ahora, tenga un carácter más nacional, lo que permite suponer no solamente la reducción de las exportaciones, sino la instalación de nuevas y potentes factorías que traten las piratas y obtengan, para España una mayor y precisa cantidad de metal, tan necesaria para la economía nacional en esta etapa de industrialización por la que, afortunadamente, está pasando España.

#### LA ÚLTIMA REUNION ANUAL DE LA «COMPAÑIA RIOTINTO, LTD.»

El «Manchester Guardian» del 11 de junio de este año publica una referencia de la reunión general anual que, haciendo el número ochenta y uno de las mismas, se celebró en Londres el día anterior.

Presidió la Asamblea el actual presidente de la Compañía Riotinto Limitada, lord Bessborough. Según el presidente, el beneficio total de la Compañía, incluidos todos sus negocios mundiales, ha sido este año menor que el pasado. Durante el ejercicio económico último—siguiendo su versión—el beneficio obtenido fué de 607.213 libras esterlinas, contra 705.108 libras esterlinas obtenidas en el ejercicio anterior.

El presidente de la Compañía se quejaba de que la demasía de

impuestos en los distintos países, no les había permitido obtener unos beneficios más abundantes. Las actividades actuales de la «Compañía Riotinto Ltd.» se extienden desde buscar uranio en Australia, con oficinas en Darwin, hasta explotaciones mineras en Rodesia del Norte, en la Unión Sudafricana y en el Canadá, además de las minas españolas de piratas.

Respecto a la demanda de piratas, el presidente de la Compañía reflejaba una reducción en las ventas de 943.731 toneladas en el ejercicio anterior a 723.603 toneladas de las mismas en el último. Sin embargo, suyas son las siguientes palabras:

—La situación, a este respecto, ha sido felizmente mejorada, y se puede decir que las ventas están ahora nuevamente subiendo.

Y volviéndose a referir a las minas españolas, dice:

—Que las operaciones de la Compañía en España nos hayan de traer tan pequeño provecho (aquí se refiere a la cifra de beneficios) es realmente desagradable. No obstante, el que las operaciones de las minas se hayan demostrado capaces de mantenerse a un alto nivel nos indica el gran valor inherente a la propiedad y un sorprendente tributo al personal y a la mano de obra de allí.

Este valor de las minas a que se refería lord Bessborough ha pasado, en mayoría, a manos españolas.

#### SE CONSTITUYE UNA NUEVA SOCIEDAD ESPAÑOLA PARA LA EXPLOTACION DE LAS MINAS DE RIOTINTO

La explotación moderna de Riotinto se inicia con las proposiciones hechas el 16 de agosto de 1724 por el sueco L. Wolters, que las tomó en arrendamiento por treinta años, y sus sucesores S. Fiquet y S. Sanz, revertiendo el 27 de julio de 1776 a la Corona. Poco se hizo durante los siguientes lustros, y con fecha del 24 de abril 182d la Empresa representada por G. Remisa se hizo cargo de estas minas por arrendamiento durante veinte años. El 25 de abril de 1849 se arrendó nuevamente a F. Prieto.

El 25 de junio de 1870 se acordó por ley la venta de las minas de Riotinto, publicándose en la «Gaceta» del 11 de mayo de 1871 la tasación del establecimiento en 104 millones y medio de pesetas. Después de anunciada la subasta por dos veces sin éxito—como ya hemos dicho—, las adjudicó el Gobierno, con fecha 14 de febrero de 1873, por la suma de pesetas 92.800.000 a los señores W. E. Quentell, E. H. Taylor y E. Doetsch, por sí y en representación de la casa Matheson y Compañía, de Londres.

La actual sólida situación financiera española —entre otras causas— ha llevado al Consejo de Administración de la Compañía Riotinto Limitada, a anunciar —el día 6 de este mes— que, como resultado de negociaciones con un importante grupo financiero español de capital privado, se someterá a la aprobación de los accionistas, en Junta general, dos proposiciones que se resumen de esta manera:

«El activo y pasivo de la Compañía de Riotinto Limitada en España se transferirá a una Sociedad española que se propone constituir.

La Compañía de Riotinto Limitada habrá de participar en un tercio de las acciones de la nueva Compañía española.»

El espíritu de colaboración y el grado de confianza del capital extranjero en el actual ciclo económico de España queda también de manifiesto en los propósitos decididos y firmes de colaboración de la Compañía de Riotinto Limitada con la nueva Sociedad española, ya que toda la asistencia técnica necesaria, asimismo como la comercial, incluso el sistema de organización de las ventas al extranjero, se ponen a disposición de la nueva Empresa española.

Las negociaciones se han desarrollado en un tono totalmente amistoso, y el mismo Consejo reconoce que este convenio suscrita representa una justa y razonable proporción.

El anuncio de la operación financiera—en virtud de la cual las minas de Riotinto pasan a ser españolas—ha hecho que las acciones de la Compañía Riotinto suban dos libras esterlinas en la Bolsa londinense, llegando a un máximo de treinta y cuatro libras esterlinas y media. Es mucho más significativo este dato si se tiene en cuenta que cuando hace dos semanas circularon rumores en este sentido las acciones estaban a veinticinco libras. Este hecho es una clara confirmación a la actual sólida situación económica y financiera de España.

#### LA COLABORACION ENTRE EL CAPITAL ESPAÑOL Y EL EXTRANJERO

No se trata, en realidad, de una medida justificada por una más o menos velada xenofobia. Carece de peligrosidad en absoluto para los intereses nacionales que en España se hagan razonables inversiones de capitales extranjeros siempre que las condiciones de tales actos financieros sean claras y con derechos y obligaciones bien delimitados.

En realidad, a través del acuerdo en marcha, continúa existiendo capital inglés en la Sociedad que explotará las minas de Riotinto, aunque su paquete de acciones no sea ya mayoritario.

La defensa de nuestros intereses está garantizada no sólo por las disposiciones publicadas a partir de 1936 sobre la inversión de capitales foráneos, sino también en el campo más estricto de la minoría, por una legislación reciente y moderna que impide cualquier situación como la originada por aquellos desprendidos políticos de 1873. Los derechos laborales de los trabajadores son, por otra parte, en este tipo de inversiones, defendidos en todos los casos, y tanto los trabajadores empleados en Empresas totalmente españolas como los empleados en Sociedades con parte de capital extranjero están amparados por la legislación social vigente.

Con estas seguridades, bien venido sea el que quiera desarrollar negocios en España.

# "MARCELINO, PAN Y VINO" EN EL PESCANTE DE LA INMORTALIDAD

EL ESCRITOR  
SANCHEZ-SILVA  
REIVINDICA LA  
TRADICION DEL  
CUENTO INFANTIL



UN RELATO PARA NIÑOS QUE HACE MEDITAR A LAS PERSONAS MAYORES

**J**OSÉ María Sánchez-Silva va a publicar ahora la sexta edición de su tan leído cuento «Marcelino, Pan y Vino». Seis ediciones en un año.

Sánchez-Silva se encuentra en un periodo intenso de producción literaria. Un poco alejado del periodismo activo, al que dedicó todos sus años anteriores, sus días transcurren ahora lejos de la premura de las Redacciones, escribiendo sus cuentos para niños y para mayores y los guiones de cine de esas diez películas ya en las pantallas, más el de la cinta sobre Gibraltar, de próxima filmación.

La casa del escritor está casi en la periferia de la ciudad y donde el paisaje urbano se funde con un campo yermo por desmontes y derribos, alcanzado ya por estas casas de moderna construcción. Al llegar al piso, no nos abre la puerta una emperfilada doncella, sino un muchachote avisado, de pescadora gris y que el año que viene piensa ingresar en la Escuela de Periodismo, siguiendo la tradición familiar, ya que su abuelo era también periodista. José María se llama el mozo, y él nos introduce a per a su padre, que aprovecha la espera de nuestra visita escribiendo su colaboración diaria para la emisión de América en Radio Nacional.

En la habitación hay libros, recuerdos exóticos—sin duda traídos en los viajes en que, en misión periodística, el dueño de la casa dió tres veces la vuelta al mundo—y retratos: del Generalísimo, de Fernández Flórez y uno de



El escritor tiene seis hijos. Aquí le vemos en esta simpática escena familiar con tres de ellos

Giovanni Papini, firmado en 1933. También en los anaqueles, innumerables fotografías pequeñas de Sara, la hija casi adolescente y ya monja en un convento de la Rioja. Pero lo que nos da la medida de la ternura franciscana del escritor es un «Periquito» «secado, al que la muerte ajo ya sus bellos colores, y que, sin embargo, sigue estando presente en el despacho en su perenne y muda quietud.

**PARA QUE LOS PADRES  
SE LO CUENTEN A LOS  
HIJOS**

Sánchez-Silva es muy cuidado en su aspecto, de movimientos

nerviosos y de mirada miope, que se enciende continuamente por ráfagas de una intensa vida interior. A nuestro grupo, compuesto por Blanca Espinar, Ernesto Salcedo y Carlos Alvarez, les gustaría departir en animada polémica sobre el bello cuento que motiva la entrevista. Y es nuestra compañera quien primero pregunta:

**BLANCA.**—¿No cree usted que ha escrito un cuento demasiado triste?

Sánchez-Silva no puede repri-

mir un movimiento de sorpresa de que se le impugne un poco, y contesta:

SANCHEZ-SILVA.—¿Por que dice usted eso?

BLANCA.—Porque si yo hubiera leído su cuento siendo pequeña, me hubiera dejado un poco de precoz tristeza. Su relato de un niño abandonado en la puerta de un convento, que piensa siempre en la madre, que no ha conocido, y que, al fin, muere prematuramente, ¿no cree que es muy poco apropiado para una mente infantil?

SANCHEZ-SILVA.—Entonces usted discreparía también de los cuentos universales, porque todos tienen en su trama una gran tristeza.

BLANCA (*Rápida*).—¡Ah! Desde luego. Los fabulistas clásicos han sido los primeros que nos apretaron a todos los niños la garganta con un nudo de lágrimas. A excepción de «El gato con botas», «La bella durmiente» y «Cenicienta», que pronto consigue la felicidad, los demás cuentos son feroces. Quizá es que los escritores de esta modalidad no se preocuparon de estudiar la psicología infantil. ¿Usted pensó en las reacciones de los niños al escribir «Marcelino»?

SANCHEZ-SILVA (*Picado*).—Sí; y además yo tengo seis hijos y creo que conozco bien a los pequeños. Mi punto de vista al hacer que muriera el niño de mi relato fué queriendo preparar a todos los niños al desenlace de la muerte; por eso les narré la de Marcelino como de un tránsito dulce, porque yo entiendo que al niño nunca se le habla de la muerte, y cuando la conoce en algún ser querido, le hace un daño brutal. La muerte, mirada como debemos verla los católicos, es alegre. Mi propósito en «Marcelino» es explicar a los padres estas verdades y la cristiana idea de la muerte.

SALCEDO.—¿Por qué a los padres?

SANCHEZ-SILVA.—Porque es un cuento para los padres más bien; para que éstos se lo refieran a sus hijos. Además, la trama es muy profunda y llena de simbolismo. El mismo nombre de «Marcelino, Pan y Vino» quiere decir Marcelino Eucaristía.

BLANCA.—Desde el punto de vista de preparar a los niños a que conozcan la muerte, sí; pero de todas maneras, ¿no cree que sería preferible escribir para los niños cuentos alegres y optimistas?

SANCHEZ-SILVA.—Es que el optimismo se regala en las verbenas.

ALVAREZ.—Entonces, concretamente, ¿no ve nada en contra al hablar a los niños de la fugacidad y dureza de la vida?

SANCHEZ-SILVA.—No; en absoluto. A los niños se les habla muchas veces de tremendos misterios que nunca comprenden, aun dentro de la misma religión. Sin embargo, no se les habla nunca de una verdad tan natural y cotidiana como es la muerte. Hay que tratar de deshechar la idea pagana de que la muerte es triste. Yo no me he muerto nunca, pero no creo que sea tan terrible.

### TREINTA AÑOS PARA PENSARLO, Y DIEZ DIAS PARA ESCRIBIRLO

SALCEDO.—¿Cómo surgió la idea de escribir este cuento?

SANCHEZ-SILVA.—La idea era vieja en mí. Lo pensé treinta años, pero lo escribí en diez días. Mi madre me había contado algo parecido de pequeño. Lo que yo recuerdo que ella me narraba era sólo la historia de un niño bueno que daba de comer a Jesús. Lo que no sé es si ella lo inventó, porque tenía una gran imaginación y también escribía versos, o era una leyenda que la habían referido.

ALVAREZ.—¿No hay un antecedente de «Marcelino, Pan y Vino» en el Cancionero?

SANCHEZ-SILVA.—En el Cancionero, no; en las Cantigas. Pero yo lo ignoraba. Ha sido después, estando ya el libro en la calle, cuando alguien me dijo que en las Cantigas hay un corto pasaje en el que se habla de un pequeño que alimentaba a Jesús niño.

SALCEDO.—¿Y hubo algún motivo inmediato que le impulsara a escribirlo?

SANCHEZ-SILVA.—Exactamente. Yo veraneaba en un pueblito de Alicante y coincidí allí con un buen amigo mío. Un día, delante de nuestros propios ojos y sin que pudiéramos evitarlo, la rueda de un carro aplastó a la hija de mi amigo, una niña de dos años. Ante la muerte de la pequeña y junto a la angustia y dolor de su padre me dije: «Ahora mismo». Y me puse a escribirlo. Yo quería hacer la muerte dulce de un niño, y luego ya me fueron surgiendo su carácter y sus travесuras.

SALCEDO.—¿Y no cree que lo describe como un niño prodigio?

SANCHEZ-SILVA.—No; prodigio exactamente, no. Es, sí, un niño raro, sin padre ni madre. Un niño criado entre hombres.

SALCEDO.—Pensando en el sentido religioso del cuento, ¿no se contradice al juzgar en él tan benignamente a una madre que abandona a su hijo?

SANCHEZ-SILVA.—En que la historia de la madre la explico en la continuación de «Marcelino», ya próxima a salir. En realidad se trata de una trilogía.

BLANCA.—¿Se conoce «Marcelino» en el extranjero?

SANCHEZ-SILVA.—Sí; está traducido a cinco idiomas. En Irlanda se ha hecho mucha propaganda de él y tienen la exclusividad para toda la lengua inglesa, exceptuando a Norteamérica, donde mi libro se venderá ya muy pronto. En España se va a hacer una edición extraordinaria, que la ilustrará Dalí.

ALVAREZ.—¿Qué significa Manuel, el compañero invisible de Marcelino?

SANCHEZ-SILVA. (*Recordando cómo le hemos rebatido antes contesta esperanzado*).—Ese no me negarán ustedes que es un personaje fantástico, pero lleno de autenticidad...

BLANCA.—Sí, tiene usted razón. Todos los niños muy sensibles se han forjado un ser imaginario con quien hablar.

SALCEDO.—¿Por quién se considera usted influido?

SANCHEZ-SILVA.—Por todos los cuentistas y por ninguno en particular.

BLANCA.—¿Cuidó usted mucho el lenguaje de «Marcelino»?

SANCHEZ-SILVA.—Sí, mucho, muchísimo. Tanto que alguien ha dicho, con gran satisfacción mía, que era la mejor prosa del año.

ALVAREZ.—¿Qué cuento le impresionó más de pequeño?

SANCHEZ-SILVA.—Me parece recordar que el que más impresión me causó fué el de la cerillita que una noche de Navidad gasta todas las cerillas que no ha vendido para calentarse, pero que al final muere de frío.

BLANCA.—Usted dice en el prólogo de «Marcelino» que no es partidario de la fantasía por ser ésta perjudicial para el niño. ¿Entonces qué cree peor, «La Cenicienta», con sus hadas, o el «Coyote», con sus tiros?

SANCHEZ-SILVA.—Si me pone usted ese ejemplo, desde luego mejor «La Cenicienta». Yo, el «Coyote» lo encuentro perverso. Había que estimular, sí, el valor en los niños, pero con acciones lógicas y nobles. Había que narrarles la conquista española.

### A NADIE LE INTERESA EL MUNDO DEL NIÑO

BLANCA.—¿A qué se debe el que siendo España un país en el que la influencia enorme de la mujer en la vida familiar, debido a lo cual debía de imperar la ternura, no cree que es general una despreocupación por el problema niño?

SANCHEZ-SILVA.—Sí, es una triste realidad; pero no solamente en España, sino en todos los países. A nadie le interesa el mundo del niño y lo único que desean todos es que el niño se convierta pronto en mayor. Y es una pena, porque el niño es extraordinario y todo lo referente a él es deslumbrador y está lleno de sorpresas.

SALCEDO.—¿Entonces usted cree que al niño hay que concederle mayor importancia?

SANCHEZ-SILVA.—Desde luego. Al niño no se le toma en serio, y hay que tomarlo. Los niños suelen ser muy sutiles y se les defrauda cuando ven que sus padres, en vez de enseñarles a hablar bien, les contestan también en su misma media lengua. Yo nunca me hice el chiquitín con mis hijos, aunque, claro, tampoco se me ocurre hablarles de la bomba de cobalto.

SALCEDO.—Como medio pedagógico, ¿tiene el cuento mucha importancia?

SANCHEZ-SILVA.—Extraordinaria.

ALVAREZ.—¿Es verdad que se va a llevar al cine «Marcelino Pan y Vino»?

SANCHEZ-SILVA.—Sí. Y la va a dirigir Ladislao Vadja, y el guión lo haré yo. La productora es Chamartín.

SALCEDO.—¿Cree que hallarán dificultad para encontrar un niño que sepa trabajar, pues los actores infantiles que tenemos son mucho mayores que el que requiere su cuento?

SANCHEZ-SILVA.—Yo espero que un buen director como es Vadja sabrá llevar a cualquier niño y no habrá conflicto. Aunque, como es natural, se desperdiciará mucha película virgen, pues en estas películas infantiles hay que seguir al niño hasta que éste acierta. Yo espero que el niño podamos encontrarlo en cual-

quier parte; por ejemplo, en las escuelas. A mi hijo Joaquín, que tiene siete años, también le quieren hacer una prueba, pero no sé si servirá. Es curioso que a este pequeño mío desde que salió el cuento le llamen en su colegio Marcelino Pan y Vino.

ALVAREZ.—¿Está satisfecho de las «Historias menores», la segunda parte de «Marcelino»?

SANCHEZ-SILVA.—A mí me ha pasado como a Axel Munthe, que tuvo que escribir «Lo que no conté en Saint Michel». Yo también he tenido que escribir lo que no conté en «Marcelino», y aunque nunca segundas partes fueron buenas, no estoy descontento de ellas, pero creo que «Marcelino» es muy superior.

### SAROYAN, EL PRIMER CUENTISTA MUNDIAL

*El escritor habla con animación, y como no nos da la sensación de que le cansamos le advertimos que todavía nos quedan cosas que preguntarle en cartera. Sánchez-Silva nos tranquiliza diciendo que toda su tarca es nuestra. Y la conversación prosigue.*

ALVAREZ.—¿Podría usted definir el cuento?

SANCHEZ-SILVA.—Estamos en un tiempo en que el que no define es porque no quiere. El cuento es aprisionar un instante. También un relato imaginario que puede ser contado de viva voz en lo que tiene de sustancial. Es la historia de una crisis: la crisis misma. Y en el cuento no hacen falta los antecedentes, como en las novelas, ya que la sustancia de su narración puede ser contada en un trayecto de Metro.

SALCEDO.—¿Cree que hay ahora buenos cuentistas en España?

SANCHEZ-SILVA.—Sí, muy buenos. Zunuzegui, antes de dedicarse a la novela, escribió muy buenos cuentos. También Tomás Borrás, el malogrado Samuel Ros y ahora Aldecoa.

BLANCA.—¿Considera usted a la Pardo Bazán como una cuentista, extraordinaria?

SANCHEZ-SILVA.—Sí, y durante mucho tiempo ella marcó la pauta en ese género en España. Ahora quizá resulten sus relatos un poco largos. Tuvo también una producción ingente, aunque...

*(Al llegar a este punto el escritor se para y sonríe, malicioso. Nuestra compañera, curiosa, como mujer, pide una aclaración.)*

SANCHEZ-SILVA.—Es que, sin jactancia, yo he conseguido rebasar a doña Emilia. Pues ella escribió ocho libros de cuentos y yo llevo ya nueve.

SALCEDO.—Y cuentistas extranjeros, ¿cuáles son los mejores para usted?

SANCHEZ-SILVA.—Yo no estoy muy al corriente ahora, porque me encuentro en un período de producción y no leo nada más que aquello que sé que no me va a defraudar. Así, leo sólo a los autores que ya conozco, pues no tengo tiempo para más.

ALVAREZ.—¿Y Saroyan?

SANCHEZ-SILVA.—Ha ayudado usted a mi memoria. Es verdad, a Saroyan lo considero como el primer cuentista mundial.

ALVAREZ.—¿Cree que el cuento es un género menor?

SANCHEZ-SILVA.—El cuento no es un género menor. «Adiós cordera» es una obra maestra. Esto del género mayor y menor es mera forma.

SALCEDO.—¿Cree que cada cuento pide su estilo?

SANCHEZ-SILVA.—Nadie escribiría lo mismo un cuento bucólico que un cuento existencialista. Y, por otra parte, no hay un escritor que mantenga siempre el mismo lenguaje. El lenguaje de «Marcelino» yo no lo he usado nada más que allí.

SALCEDO.—¿Cuándo empezó usted a escribir?

SANCHEZ-SILVA.—A los cinco años. En un descuido de mi padre leí «El conde de Montecristo», y, muy decidido y con una letra garrapata, me puse a escribirlo y a apropiarme la obra de Dumas, y confieso que quedé muy satisfecho, como si la famosa novela fuera mía.

SALCEDO.—¿Y en serio cuándo empezó?

SANCHEZ-SILVA.—A los veintidós años salí de viaje, y un amigo me llevó a la misma estación el «Gog» de Papini para que me distrajera por el trayecto. Creo que lo leí de un tirón y fué como un aldabonazo a mi vocación. Entonces decidí no apartarme del camino que había seguido mi padre; yo sería periodista y también, llegando más adelante que él, escritor.

ALVAREZ.—¿Escribirá usted también novelas?

SANCHEZ-SILVA.—Quizá lo haga alguna vez. Como todos, podría ya escribir dos novelas: la de mi tiempo y la mía. Pero ya hay demasiadas novelas biográficas.

BLANCA.—¿Por qué cree usted ahora que ocurre ese fenómeno? ¿Tal vez porque todo hombre ha llegado a una psicosis de angustia y tiende así a liberarse de ella volcando sus preocupaciones en el papel?

SANCHEZ-SILVA.—Sí; esto es lo que ocurre y también que nos consideramos demasiado importantes. Pero yo creo que la vida de cada cual es muchas veces vulgar para escribirla y debiéramos honradamente forzar más la imaginación para escribir verdaderas novelas.

ALVAREZ.—¿Y cómo ve usted a Cela, que no escribe novelas vividas por él?

SANCHEZ-SILVA.—Cela nos sorprendió a todos. En la época en que él empezó a escribir estábamos en un momento aun patriótico. Y de pronto surgió él con su literatura tremendista. Como tipo humano, él es muy gracioso y con mucho ingenio. Ahora su novela «La familia de Pascual Duarte», que ha sido traducida a tantos idiomas, yo creo que nos ha perjudicado, pues afianza la España negra, de hombres con reacciones sanguinarias y anormales. Cuando se escribe hay que pensar un poco en los de afuera. Por lo demás, sus libros de viajes y sus crónicas son extraordinarias.

### «EN EL FONDO, SOY UN PAYASO»

SALCEDO.—¿No va usted a tertulias literarias?



La «juniora» Sara Sánchez-Silva, a quien está dedicado el cuento «Marcelino Pan y Vino», pasea con sus padres por el claustro de un convento de la Rioja

SANCHEZ-SILVA. (Rotundo.) Jamás.

ALVAREZ.—¿Por qué?

SANCHEZ-SILVA.—Porque yo en el fondo soy un payaso y no aceptarían muchos mis inofensivas sátiras y creerían que me burlaba de todo.

ALVAREZ.—Y, para terminar, señor Sánchez-Silva, ¿nos puede decir qué es comercialmente más productivo, el cuento o la novela?

SANCHEZ-SILVA.—Hombre, indiscutiblemente la novela.

SALCEDO.—Según su respuesta, el libro de cuentos se vende muy mal.

SANCHEZ-SILVA.—No es que se venda muy mal, pero se vende mucho mejor la novela. El cuento nos interesa a veces sólo cuando estamos en la peluquería y queremos distraer el aburrimiento leyendo las revistas que los insertan y que tenemos a mano.

BLANCA.—¿Se echa de menos una revista exclusivamente dedicada a los cuentos y novelas cortas, como fué «Fantasía»?

SANCHEZ-SILVA.—Indudablemente. Una revista de aquel tipo sería lo ideal, pues los escritores de esta modalidad apenas si encuentran donde insertar sus cuentos.

*(La conversación de Sánchez-Silva es fluida, como si las dos horas de charla de esta entrevista no pesaran sobre él. Sus gestos siguen siendo movidos y minuciosos y la respuesta es siempre pronta. Nos levantamos y el escritor nos dedica a cada uno un ejemplar de «Marcelino Pan y Vino». Salimos a la calle cuando ya oscurece. La tarde ha sido para nosotros una lección conversando con este maestro de periodistas y escritor de buenas letras.)*

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

AL R. P. MANUEL SUAREZ, O. P.

ME acuso de un mal pensamiento producido por una corazonada que me subió hasta la cabeza como una basca de dolor indomitable cuando nos enteramos en Reus de su muerte súbita, de la muerte para la que sólo están preparados los santos. Desde Cataluña hay una sensibilidad excepcional, casi un séptimo sentido, más sensible que el sexto y los otros anteriores para descubrir las claves francesas de la frontera pirenaica y del antiguo Rosellón español, donde adiviné su óbito a la manera de una tardía represalia de aquellos endiablados albigenses contra los monjes de Santo Domingo de Guzmán. Me acuso delante de su féretro, reverendo padre Suárez, de esa culpabilidad medieval, que, según mi pecadora sospecha, aun no ha prescrito, sino que está acechando a los frailes de su Orden tan española, para vengar las batallas perdidas. Mi pensamiento, que se arriente de su presencia temeraria, es haber dicho, ante la noticia, cual al final de una novela policíaca: Estos son los culpables, del mismo modo que el comisario francés ha señalado al viejo del clan Dominicci como el autor del triple crimen de Lurs. Para mi pena, sin duda, extraviada, los culpables de que su automóvil se estrellase con un árbol, en una madrugada del estío meridional, eran los antepasados de la herejía, contra la que combaten los dominicos; pero eran también los cercanos asesinos de la familia Drumond y los discípulos de la escuela de terrorismo de Toulouse y Perpignan, en un momento veraniego de la política en que se inician unas prolongadas vacaciones de la legalidad en Francia. Sobre todo, el sur de Francia es un terreno movidizo por las heterodoxias, el contrabando y la propaganda subversiva del exilio, que no se resigna a arriar su bandera.

Los grandes españoles, cuya responsabilidad les coloca en peligro, no deberían pasar por esa zona de fricción, en la que hay una enemistad antiquísima y latente porque, en el fondo, es tierra irredenta, suelo en litigio. Lo más hispánico dentro de lo francés nos trae desenlaces funestos, ceremonias funerarias, un hálito fúnebre hasta que vuelva a correrse hacia más allá el límite divisorio, hasta que se adelantan las mugas. Esta reivindicación nacional no debe inmiscuirse en sus funerales, ya que no dispongo de pruebas para transformar mi remordimiento por mi irrazonable conjetura en un yo acuso. Me acuso, pues, de mi desatino acerca del origen de su muerte, mas no renuncio a cuanto por todos los medios nos niegan los franceses. O sea la razón de nuestra existencia, de nuestra independencia, de nuestro derecho a creer en Dios, en Cristo y en el Espíritu Santo, sin que nos impongan el catecismo y la soberanía galicanas. Durante una tarde del mes de abril de 1937 estuve en el convento de San Esteban, de Salamanca, conversando en su huerto llamado Monte Olivete con varias personalidades de su Orden de Predicadores. La operación que, por mandato de la Santa Sede, tuvo que desarrollar este invierno, ya se preveía en aquella primavera salmantina tan grávida y fecunda de presagios. El Caudillo era el adalid de la Cristianidad que en minúscula parte giraba bajo los soportales de la plaza Mayor, mientras Francisco Franco tenía enfrente a la torre del gallo. Cuando canta el gallo ya no son posibles las negaciones, sino que es menester echar el sí por delante y defenderlo a capa y espada. Así habíamos en el jardín conventual del Monte Olivete, denunciando las vacilaciones en reconocer nuestra Cruzada y aquellas posturas híbridas de un catolicismo liberal y en sus desmanes hasta filosoviético, que había aflorado en la revista

española «Cruz y Raya», y del apátrida don José Bergamín, con el financiamiento del señor Pérez Senén, y que entonces florecía esplendorosamente en la revista dominicana de París «Sept». Los monjes salmantinos no se hallaban conformes con aquella conformidad francesa, alrededor del más y el menos del bien y del mal, de Moscú y de Roma; porque combatía a nuestra guerra de Liberación, como si el Frente Popular en armas estuviese ungido por todos los carismas espirituales. Escuchando a los frailes de San Esteban era fácil seguir el camino que le condujo desde la Ciudad Eterna de los Pontífices a la ciudad transitoria, a pesar de su escudo, de las logias y de las células comunistas.

En «Le Figaro», título de un periódico sacado del apodo del barbero de Sevilla, y, sin embargo, tan poco simpático con nosotros, había que leer el artículo de François Mauriac, de la Real Academia de su país como cualquier colaborador de «A B C» es académico de la nuestra, estremeciéndose su figura de repulido propietario de viñas de Burdeos, porque un monje español, de la hirsuta e intolerante España, había osado destituir al alfa y al omega del dominicanismo galicano. Nada menos que a los provinciales de las tres provincias francesas en París, Lyon y Toulouse, y nada más que al padre Congar, al padre Chenu, al padre Ferret y al padre Bois-selot: estos padres eximios para ese afán perenne de rebeldía en ciertos estratos de la Iglesia de Francia, que tanto atrae a los descarriados al modernismo como a la «teología nueva» o este venero de agua turbia donde se empeñan en beber los editores de «Le Corf» y acaso sus traducciones extranjeras. Los aspavientos del laico Mauriac que llegó hasta escribir que su conducta, reverendo padre Suárez, era equivalente, en el solar del padre Lacordaire, al intento de poner dinamita debajo del recinto de las catedrales góticas de Francia, no le detuvo los pulso de las manos para retroceder en su deber al servicio de las sagradas Congregaciones romanas. Cuando los curas se equivocaron por ser más obreros que religiosos, y cuando se confundió la juventud despistada de unos mozalbetes con un movimiento que se denomina «Juventud de la Iglesia», con una apelación demagógica, el Santo Oficio no admite demasiadas bromas en la patria de los existencialistas y de los canzonetistas masculinos, y como la doctrina está abiertamente en juego, hubo que dar a cada cual lo suyo y quitar el equívoco a los taimados sofistas. Y usted se presentó allí, reverendo padre Suárez, conduciendo su Orden con la serena seguridad que ha conducido su automóvil hasta el 30 de junio.

España se ufanaba de que el maestro general de la Orden de Predicadores fuese un español, que, no obstante su modesta cuna, era Grande de España, con esa grandeza monolítica que hemos apetecido tanto los primitivos jonsistas. Seguramente usted, que era un alma predestinada por Dios a una vida sobrenatural más intensa, no ha presumido nunca de esa acción en Francia y a través de Francia que ha venido a parar en la muerte. Como me acusaba al principio de una búsqueda de responsabilidades para explicarme su fallecimiento en un terreno hostil, ahora también me acuso de conceder más valor a un episodio de su vida que a su vida entera. Yo espero, y lo deseo con una intensidad tal vez extremista, que su biografía, cuando se redacte, ha de ser aprendida, palabra a palabra, en los noviciados de los monasterios, en los patios de armas de los cuarteles y en las aulas de las Universidades Laborales, porque comenzó siendo un niño pobre que luchó con los libros y la espada del Señor hasta que le encontraron muerto en la puerta del cielo.

# MONOPOLIOS IMPROCEDENTES

La Prensa española constituye hoy un caso singular en el mundo. Ningún país puede presentar una comunidad periodística integrada en su totalidad por católicos, y por católicos que diariamente dan prueba clara de su obediencia a la jerarquía eclesiástica y de aceptación voluntaria y consciente de sus enseñanzas.

No es sólo el dogma, sino también la disciplina lo que hay que mantener sin reservas, y a esta regla se ajusta el periodismo español. En esta servidumbre, precisamente, encontramos una de las más sólidas y eficaces garantías de la auténtica libertad en el ejercicio diario de nuestra profesión.

He aquí un hecho que por su singularidad, por su significación y por su novedad dentro del cuadro periodístico internacional reclama un tratamiento absolutamente distinto a los que pudieran considerarse necesarios o convenientes en otras situaciones y latitudes.

Mientras, en Francia solamente «La Croix» y en Italia únicamente «Il Quotidiano» son confesionalmente católicos, en España hoy todos los periódicos hacen pública proclamación de su catolicismo y procuran escrupulosamente «servir con la Iglesia», no ya en lo que a dogma y moral se refiere, sino aun en aquellas cuestiones puramente humanas y dejadas al libre arbitrio de los hombres, pero que conviene ordenar y encauzar a la luz de la doctrina y directrices que nos llegan de Roma.

En la audiencia concedida a los asistentes al primer curso de Altos Estudios de Información celebrado en Salóu decía recientemente el eminentísimo cardenal arzobispo de Tarragona, doctor Arriba y Castro: «Yo os agradezco el que hayáis acudido aquí, porque ello me da una muestra exacta de ese acendrado espíritu católico que informa al periodista español.» Señalaba el cardenal, destacando elogiosamente la labor actual de la Prensa española, cómo «toda ella está movida por un elevado sentido espiritual y admirablemente dirigida por el director general don Juan Aparicio». Esta estimación,

este reconocimiento tan autorizado de nuestra conducta y de nuestra fidelidad a lo que debe ser la Prensa de un pueblo íntegramente católico, como el nuestro, sabemos agradecerla en todo su valor los periodistas españoles.

Por lo mismo representaría un error grave establecer o promover cualquier género de distinciones en este terreno. Cualquier diferenciación, además de no responder a la realidad, de ser totalmente artificial, resultaría absolutamente impropia.

Es posible que a algunos hasta les interesara el debilitamiento de tan ejemplar unidad. Es posible que algunos pudieran pretender la escisión en este aspecto de la vida española, atentos no al servicio del bien y del reino de Cristo, sino de intereses nada legítimos; buscando, tal vez, la impunidad para propósitos inconfesables y amparándose en una calificación que desearían usufructuar en exclusiva como una patente de monopolio comercial. Es evidente que tal actitud excluyente, tanto en sí misma como por sus motivaciones y objetivos turbios, es la más contraria a lo que debe ser el verdadero espíritu de apostolado y que sus resultados arrastrarían gravísimas consecuencias en todos los órdenes.

La situación actual de la Prensa española, por lo tanto, requiere, como decíamos, un tratamiento distinto al que hubo de emplearse en otros tiempos, cuando dicha escisión era una lamentable realidad y al que necesariamente puede ser imprescindible acudir en otros países. En definitiva, de lo que se trata aquí es de mantener y vigorizar cada día más un estado de salud espiritual y un objetivo conseguido, y no de apuntalar y reforzar las unidades que en otros tiempos tenían que medir sus armas con ejércitos interiores. Se trata de potenciar cada día más la unidad existente. Y donde se registra esta unidad, toda discriminación, máxime en algo tan decisivo como es la diferenciación entre «católicos» y «no católicos», es, por de pronto, una fragante equivocación.

EL ESPAÑOL

MAÑANA SERA OTRO DIA

SOBRE LA EDUCACION

En la comedia «Crimen perfecto»—que no pasa de ser una buena novela policíaca diestramente puesta en escena—hay algo que nos parece escafofrante. ¿La preparación perfectísima del crimen? ¿El asesinato en escena? ¿La condena del inocente? ¿La habilidad del policía? No. Lo escalofriante es que, al necesitar un asesino, el que lo necesita no busca a un hampón, a un delincuente profesional o a un matador empedernido: busca a un compañero de colegio, busca al que en el Colegio hizo una trampa para adueñarse de un dinero indignamente.

No es que esto sea una originalidad de «Crimen perfecto». Por el contrario, es cosa frecuente en la literatura narrativa anglosajona que el «mal», malo hasta el delito, resulte ser uno que en sus tiempos de colegial cometió alguna falta contra el honor. En cambio, en la misma literatura es igual de frecuente el caso del eminente matemático que en el colegio fué repetidamente cateado en matemáticas, y el del millonario formidable a quien los profesores del colegio auguraban una vida ruinoso, y el de quien ha llegado a ser literato mundial, aunque en el colegio se opinaba de él que jamás sabría redactar correctamente un sobre.

Daré cuenta aquí de la conversación que un visitante español sostuvo con el director de uno de esos famosos colegios sajones:

—¿Es muy elevado el nivel medio de inteligencia de los alumnos?

—No hay nivel medio. Hay de todo.  
—¿Observan ustedes mayor inclinación a las letras o a las ciencias?  
—De todo hay. Unos prefieren una cosa, otros otra, otros todas y otros ninguna.  
—¿Cuál es la convicción política que domina en los estudiantes?  
—Sus opiniones políticas son sumamente variadas.  
—¿Sus colegiales proceden, por lo general, de una zona del país?

—No. Vienen de todos los puntos del Imperio. El amigo español desesperaba ya de encontrar el secreto y el estilo de la famosa institución educadora, cuando el director pronunció incidentalmente:

—Quizá lo único de común entre estos cientos de muchachos es que cualquiera de ellos se dejaría morir antes que cometer una trampa en el juego.

Esto, repito, es escalofriante, porque supone el planteamiento más maduro y más eficaz del problema de la educación. La educación consiste en que unos hombres, los educadores, intentan infundir a otros, los educandos, unas normas (es decir, unos impulsos y unas limitaciones) de conducta. Educación y con ducta tienen una raíz etimológica común, que significa «dirección», «educación». La educación es una tentativa de dirección, de con ductión.

Ahora bien, ¿en qué medida puede y debe un

nombre dirigir o conducir a otro? Es muy escasa la medida en que debe, y aún más escasa la medida en que puede. Y hoy día son más escasas que en otros tiempos más influidos por el signo de la docilidad. Entonces, ¿no será lo más acertado reducir a un mínimo inteligente los contenidos de la educación, los cuales, al fin y al cabo, consisten más en costumbres que en saberes (instrucción es otra cosa), por no decir que consisten en costumbres y no en saberes? Hombre bien educado es hombre que se conduce de cierta manera, no hombre que posee tal ciencia. La ciencia va adquiriéndose, olvidándose, perdiéndose, ganándose, transformándose a todo lo largo de los años de la vida, mientras que la educación se ad-

quiere para siempre en unos pocos años definitivamente formativos.

La educación anglosajona (insisto: hablo de la educación, no de la instrucción) se ha reducido a infundir la costumbre del jugar limpio; ironícese todo lo que se quiera sobre lo que los anglosajones llaman jugar limpio; lo que siempre queda es un hábito, un estilo, un esquema sencillo llamado honor, al que no puede faltarse sin una ruptura de la persona misma, tan dolorosa, que no sucederá.

(¿Creéis que no sé que todo esto, tan halagador para anglófilos, es también nuestro y está en aquello de que «La Falange es una manera de ser»?)

Luis PONCE DE LEON  
(Premio Nacional de Periodismo 1953.)

## CEGUERA POLITICA

Al comentar la caída, la capitulación de Dien Bien Fu escribíamos, en un editorial titulado «El Vietnam, nueva república popular a la vista», que, perdida la fortaleza escenario de la heroica defensa de De Castries, les quedaba abierto a las tropas nacionalcomunistas del Vietminh un doble camino: «Bien hacia Luang Prabang, capital política del territorio thai; bien hacia Hanoi, en el delta tonquinés». Que, como consecuencia lógica, si las tropas francovietnamitas no recibían en plazo breve una ayuda sustantiva, un refuerzo bélico considerable, era muy posible que el ejército expedicionario del general Navarre tuviera que retirarse hasta Saigón, y, finalmente, que todo parecía indicar que «el territorio del Vietnam está sentenciado a muerte. O mucho nos equivocamos, o pronto veremos nacer al norte del paralelo 16 una república popular, presidida por Ho Chi Minh, a la que se apresurarán a reconocer, como de costumbre, los ingleses». Apenas ha transcurrido un mes y ya las tropas francovietnamitas han evacuado el delta del río Rojo, entregando a los nacionalcomunistas de Ho Chi Minh la región arrocerá más rica del mundo, y ya se perfila la muerte del Vietnam, que, según parece, quedará guillotinado en dos, al modo francés, en las conversaciones que ahora se celebran para establecer un «alto el juego» en Indochina.

Ni traemos a la memoria de los lectores la certera «anticipación» de EL ESPAÑOL por vanagloria, que a nadie le gusta ser profeta de malos agüeros, ni significa mucho, a fin de cuentas, que la tal evacuación de las tropas francovietnamitas sea verdaderamente una «necesidad militar» real o el resultado de un pacto secreto convenido entre el jefe del Gobierno francés, Mendes-France, aunque él lo desmienta, y Chu En Lai, jefe del Gobierno comunista chino, en la entrevista que celebraron en Ginebra el pasado 23 de junio. No importa ahora, y menos importará luego, establecer la causa del mal, porque, cualquiera que sea el orden de los factores, el producto es el mismo y el remedio ni se ve, ni se adivina por ninguna parte.

Francia, con la evacuación del arrozal tonquinés, ha avanzado un paso más, quizá decisivo, porque pierde las llaves de la despensa, en el camino que la conduce a la pérdida to-

tal de sus colonias en Indochina. Y al mismo tiempo el comunismo, jugando la carta de la independencia asiática, del «Asia para los asiáticos», gana una nueva y considerable baza al mundo occidental en la partida en la que se decide el futuro político del Lejano Oriente.

No es posible dorar el rojo perfil de los hechos ni dulcificar el amargo sabor de la realidad. A nada conduce la mentira de un infundado optimismo. La hora del colonialismo en Asia ha pasado. Para la Commonwealth y para Unión Francesa. Y la hora de la política liberal dédicmonónica sustentada en el doble juego, en el manejo simultáneo de dos barajas, a la que tan aficionados y tan fieles se muestran los Gobiernos de Londres y París, ha pasado también.

Hoy, dividido, por desgracia, el mundo en dos bloques antagonicos, no cabe entre ellos transacción alguna. No se puede mantener una postura de oposición política o militar que no esté confirmada por una oposición económica. No se puede luchar y comerciar al unisono con el mismo adversario. El dilema mundial civilización o comunismo no se puede resolver con sofismas ni con argucias picaras. Es un problema de «ser» o «no ser», que sólo admite respuestas totales.

Contemplamos estos sucesos internacionales con un doble sentimiento. Lamentando que la ceguera política de las naciones europeas apegadas al viejo estilo de la dominación colonial haya proporcionado al comunismo una nueva victoria. Y con el íntimo y consolador pensamiento de pertenecer a una nación que al perder su Imperio no disminuyó ni en un palmo de terreno, ni en una raza, el contingente humano y geográfico de la civilización cristiana, y que por adoptar desde siempre la lealtad y la sinceridad como lemas de su convivencia internacional sirve sin reservas, con fidelidad plena, sus acuerdos con las demás naciones y no ha intentado jamás, ni cuando quedó sola y aislada por la amable y funesta política de conciliación con la Rusia soviética, establecer tratos entre las tinieblas y la luz, entre la verdad y la mentira, entre la civilización cristiana occidental y el comunismo.

EL ESPAÑOL

## LA POESIA DERRAMADA Y LA POESIA RECOGIDA

es el título del ensayo de PEDRO CABA, que se publica íntegramente en el número 29 de POESIA ESPAÑOLA, y que comprende los siguientes epígrafes:

La poesía de las cosas.—Poesía fundamental y cuasicreadora.—La poesía en la técnica y en la ciencia.—El que mira y el que admira.—¿La poesía literaria es la poesía por antonomasia? Poesía de lo real y poesía de lo literario.—Todo poesía. El poeta, un loco fundamental.—Pasa y cambia la poesía.

Adquiera antes de que se agote

## POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5 · MADRID

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS

# LOS PATIÑO, UNA FAMILIA DESCABALADA



Simón Patiño, fundador de la dinastía

I los Patiño repartiesen su fortuna entre los habitantes de una ciudad de cuarenta mil almas, los convertirían a todos en millonarios. No tienen intención de hacerlo, naturalmente. Pero más de treinta abogados y una legión de detectives particulares se están enriqueciendo alrededor de las desgracias conyugales de los herederos del «rey del estaño». En Francia, en Norteamérica, en Inglaterra y en Italia, los Tribunales de justicia entienden en litigios que afectan directamente a algún Patiño. La familia siempre ha hecho las cosas en grande. Ahora, sin embargo, ha tropezado con algo que no puede tomarse con frivolidad: el matrimonio. De tal manera son ejemplares las situaciones que el destino ha ido creando, que pueden tomarse incluso como demostración de que el hombre, por naturaleza, debe respetar los vínculos que las leyes divinas y humanas establecen. Aparte de ellos aunque el poderío y la influencia se hallen de parte de los transgresores, sólo conduce a sufrir calamidades sin cuento. Frente a un muro providencial se estrellan los esfuerzos de Antenor Patiño, deseoso de romper su enlace con Cristina de Borbón, y de su sobrino Georges Ortiz de Linares, el cual pretende separarse de la deslumbrante cubana Dagmar Sánchez Bethencourt, cuando ésta espera ya un hijo.

Más de treinta abogados y una legión de detectives particulares se están enriqueciendo alrededor de las desgracias conyugales de los herederos del «rey del estaño»

“¡La armonía y la felicidad no pudimos comprarlas con nuestros millones!”

Como contraste, Jaime Ortiz de Linares, hermano de Georges, ha sido abandonado por Joan Connecy, incapaz de olvidar a su primer marido y a las dos hijas que tuvo con él. Las desdichas de

Joan ponen de manifiesto, bien claramente, que el divorcio tampoco es capaz de dar la felicidad.

Aun está, por otra parte, en la memoria de todos la romántica y trágica aventura de Isabel, la Patiño que se casó contra viento y marea con Jimmy Goldsmith.

Al hilo de tantas peripecias y calamidades la prensa mundial exhibe en sus páginas la intimidad de una familia descabalada. Pocos son los periódicos que extraen de los acontecimientos la sana lección que de ellos se desprende. Pero al lector atento resulta difícil engañarle. El mismo Antenor Patiño, en un momento de amargo desahogo, se ha visto obligado a exclamar:

—¡La armonía y la felicidad son dos cosas que no pueden ser compradas con nuestros millones!

## UN DEUDOR MOROSO. ORIGEN DE UNA FORTUNA

La suerte y el tesón favorecieron a Antenor Patiño. El no era más que un modesto cobrador en una tienda de Cochabamba. Los compradores morosos le llevaban de cabeza. Su vida consistía en discutir sin descanso. Un día le enviaron al interior de Bolivia. Tenía que arrancarle el dinero que debía a un portugués que

buscaba minerales sin éxito. Patiño sabía que poco podía conseguir. Logró únicamente que cediera como pago la propiedad de una de sus minas. Cuando Simón Patiño regresó a Cochabamba oyó muy malas palabras. El patrón estaba descompuesto. En su opinión, aquel papelucho carecía de valor. Pero a Simón no le pareció lo mismo. Buscó dinero prestado y se quedó con la escritura. Sobre un borrico se fueron él y su esposa Albina a su nueva propiedad. Resultó que la mina era de estaño. Patiño se lo calló. Hizo lo posible porque no se produjera una invasión de mineros ambiciosos. Fue explotando en pequeña escala el yacimiento. Con las ganancias compró otras minas. Y un día cualquiera se convirtió en dueño del estaño de toda Bolivia. Luego pasó a presidir el trust internacional monopolizador de este metal. Se convirtió en un hombre fabulosamente rico.



Isabel Patiño y su esposo, Jimmy Goldsmith



Antenor Patiño el multimillonario boliviano conocido por el «rey del estano»

Era casi indio, con la nariz grande y aguda, como el pico de un tucán. Su carácter era férreo. Se hizo el amo de su país. En sus minas los hombres trabajaban como esclavos. Nadie podía medrar en Bolivia sin su permiso. Cuando su fortuna rondaba los cien millones de dólares, dicen que envió este telegrama a su antiguo patrón:

«Lamento que usted no creyese que la mina valía ciento noventa y cinco dólares. Stop. Su antiguo censor, Simón.»

#### A LA CONQUISTA DE LA NOBLEZA

Ni su sangre india ni su modesto origen fueron obstáculos suficientes. Simón Patiño estaba dispuesto a que sus hijos se codearan con la nobleza. Y lo consiguió. En 1927 fué nombrado mi-

nistro plenipotenciario de su país en Francia. Si hubiera querido habría llegado también a presidente de la República de Bolivia.

En 1931 su ambición da un gran salto. Antenor, el primogénito de su estirpe, contrae matrimonio con Cristina de Borbón, duquesa de Durcal y prima de Alfonso XIII. Luego va casando brillantemente a sus hijas. Una, con un conde francés; otra, con un marqués español... Graziella lo hace con un agregado a la Embajada boliviana en París: Jorge Ortiz de Linares.

Las desavenencias vendrían después. Simón Patiño —aunque de vez en cuando se vió envuelto en aventuras escandalosas— llevó una vida relativamente feliz. Los fotógrafos de Prensa le perseguían como a un objetivo destacado. En Norteamérica se vió forzado a rechazar a bastonazos a una nube de periodistas que intentaba sacarle de su coche para interrogarle. Pero los palos sirvieron para que los reporteros gráficos tomaran una serie de placas sensacionales.

Cuando Patiño murió, a los ochenta y seis años, llevaba veintitrés fuera de su país. Últimamente habían sido nacionalizadas sin indemnización sus minas. Pero para él ya no tenía importancia ese capítulo de su fortuna. Le enterraron en un fabuloso panteón de mármol azul. Sus descendientes heredaron el fruto de su trabajo. Mas algo debe fallar en su formación humana. Porque la felicidad se les escapa de entre las manos como si fuera incompatible con ellos.

#### ANTENOR PATIÑO, EL HOMBRE CUYAS INFIDELIDADES VALEN MEDIO MILLON DE DOLARES

Antenor Patiño reclama ahora a su esposa 1.176.110 dólares y nueve centavos. Esta cantidad tu-

vo que pagaría antes él. Las razones fueron poderosas. Mientras el matrimonio vivió en Europa no hubo dificultades. Pero llegó la segunda guerra mundial. París se convirtió en una ciudad incómoda. Y Antenor Patiño embarcó con Cristina de Borbón rumbo a Norteamérica. Allí las cosas fueron peor. La Prensa, siempre deseosa de escarbar en las vidas de los personajes destacados, recogió noticias escandalosas acerca de las aventuras del potentado boliviano. Desdichadamente no se trataba de fantasías de un periodista venal. A manos de la esposa ultrajada llegaron pruebas irrefutables, incluso en forma de fotografías. Ella presentó una demanda de divorcio legal ante los Tribunales estadounidenses, que en nada podría afectar a la indisolubilidad del vínculo contraído ante la Iglesia católica. No se llegó, sin embargo, a la separación definitiva. La vida en común fué reemprendida. Pero en virtud del acuerdo el marido había de abonar a su esposa medio millón de dólares. Otra cláusula de la avenencia establecía que, si se producía otra infidelidad quinientos mil dólares más debían ser abonados. Mas Antenor Patiño no supo ser fiel. Pronto volvió a quebrantar sus obligaciones. Un hijo fué el resultado de esta segunda serie de escándalos. La justicia norteamericana intervino. Patiño se negó a pagar. Hubo amenaza de embargo. Y él prefirió entonces obedecer de mal grado.

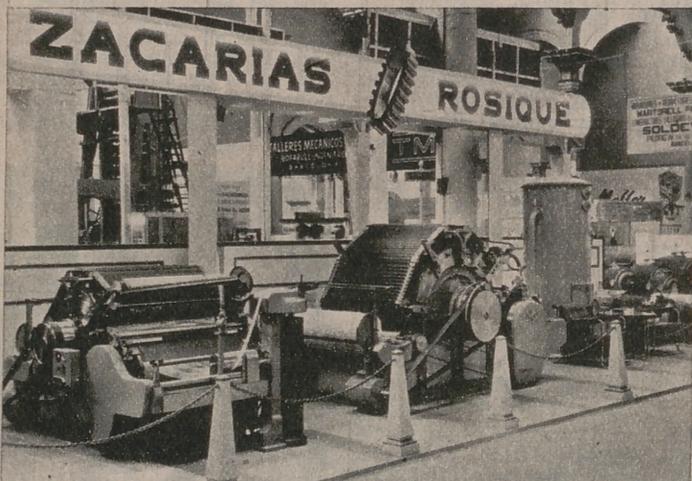
Acabada la guerra regresó a París. Allí, ante los Tribunales franceses, presentó una demanda exigiendo la devolución de cuantas indemnizaciones había entregado a su esposa. En primera instancia le dieron la razón. Su esposa apeló. Y en marcha está un proceso complicado, porque en él se mezclan las leyes de cuatro países. La Prensa francesa aprovecha con frivolidad manifiesta esta situación. Recargando las tintas con verdadera complacencia en cuanto de poco ejemplar pueda haber en los hechos, aparecen artículos y reportajes. Es un mal que abunda por el mundo y contra el cual no se suelen utilizar remedios eficaces. Aunque luego la sociedad francesa note en su propia carne las consecuencias de un libertinaje fomentado desde los periódicos.

Antenor Patiño y Cristina de Borbón tuvieron dos hijas. Una de ellas, Cristina, está casada con el príncipe de Beauveaucraon. Parece que a ella no ha llegado el maleficio que se cierne sobre los suyos. En cambio su hermana, la desdichada Isabel Patiño y Borbón, fué perseguida por la desgracia hasta la hora de la muerte.

#### LAS DESDICHAS DE UN COLECCIONISTA DE BRONCES

Bien parecido, con la afilada nariz característica de la familia, Georges Ortiz de Linares está acostumbrado a satisfacer sus caprichos. Es hijo de Graziella Patiño, nieto, por tanto, de Simón. Fué educado en un colegio nor-

## MAQUINARIA TEXTIL PARA HILATURAS



Vista del «stand» presentado en la Feria de Barcelona por ZACARIAS ROSIDE, casa especializada en maquinaria textil para hilaturas, con talleres en carretera Matadepera, 147 al 159, de Tarrasa. Entre su producción destaca la carda de chapones giratorios. Esta casa lleva siete años participando en la Feria y ha presentado como novedad en la de 1954 una interesante carda la mitad más pequeña que las normales, con la misma producción, más desborraje neumático para descargar las cardas

teamericano. Allí sólo había hijos de millonarios. Pero Georges destacaba entre ellos por lo fabulosa de su fortuna. Su vida carece de importancia, si se considera importante trabajar. Los principios morales que recibió en su infancia parecen inexistentes. Busca bronces antiguos. Pasa por un gran entendido en la materia. Su colección es valiosísima. A los veintisiete años surge en su vida una complicación sentimental. Conoce a una joven cubana de belleza deslumbradora: Dagmar Sánchez de Bethencourt. El cree poder conquistarla con facilidad. Pero la muchacha se mantiene firme y señala un único camino: el matrimonio.

Las relaciones entre Georges y Dagmar se hacen más íntimas. Desde que se conocieron, en 1949, cada día es mayor su afinidad. Dagmar y su familia llevan un tren de vida regio. Los mejores hoteles de París les sirven de residencia. Y en 1953 la aventura desemboca en lo que parecía lógico, natural e inevitable. Dagmar, con su hermana y con su madre, parte a veranear en la Riviera italiana. Georges es invitado. El, de buen grado, acepta. Cuando regresara a Francia ya sería un hombre casado.

#### EL ARTICULO VEINTICUATRO

La ley boliviana sobre el matrimonio tiene un artículo—el 24—que parece hecho expresamente para frenar la frivolidad de los Patiño. En él se establece que cuando un boliviano se casa en el extranjero la legislación aplicable a su enlace es la del país donde el matrimonio se hizo. Antenor Patiño se casó en España. Por eso no ha podido divorciarse en Francia. Su sobrino Georges lo hizo en Italia. Como allí tampoco hay divorcio, le resulta imposible deshacer legalmente su unión.

Pero el arrogante Georges no pensaba en estas cosas durante el verano de 1953. El sólo deseaba casarse. Telegrafió a sus parientes anunciando su intención. Ellos le contestaron que era una locura. En vista de que insistía le propusieron cínicamente que lo hiciera en París, donde al menos tendría libertad para divorciarse cuando quisiera. Pero Dagmar se opuso a cualquier cambio. Y Georges cedió. La boda se hizo en dos lugares distintos: En Turín se realizó la ceremonia civil ante un cónsul de Bolivia; en Villa d'Este, la religiosa. Luego vino una luna de miel gozosa y satisfecha. Y de pronto, a los pocos meses de idilio, Georges Ortiz hace una declaración insospechable en una comisaría de París:

—No puedo soportar a mi esposa. Tiene un carácter infernal. Me voy a vivir a casa de mi padre...

#### DAGMAR ESPERA UN HIJO

Lo más grave del caso y lo que pone de manifiesto con más fuerza la irresponsabilidad de Georges es que su decisión fué tomada a raíz de saber que pronto iba a tener un hijo de su matrimonio.



Georges Ortiz de Linares, hijo de Graziella Patiño, nieto de Simón, con su esposa Dagmar Sánchez, la hermana de ésta, Pilar, y la madre, señora Bethencourt

Los argumentos que exhibe contra la validez de su enlace no se sabe si han sido concebidos por un hombre sin sentido de la ética o por un deficiente mental.

—Yo no sabía entonces lo que hacía. Me encontraba tan impresionado que mi aprobación no fue válida...

En seguida se puso en contacto con abogados franceses, que creyeron encontrar una vía abierta al divorcio. Pero se trata más bien de una esperanza interesada que de una efectiva posibilidad. El artículo 24 se mantiene en su sitio, impidiendo que se lleve a cabo una monstruosidad.

Siguiendo su costumbre, la Prensa sensacionalista francesa se ha convertido en defensora del diablo. En el fondo de sus informaciones se nota una simpatía no disimulada a favor de quien lo único que intenta es romper un sagrado compromiso contraído ante Dios y ante los hombres.

La esposa, entretanto, lleva el mismo tren de vida que de soltera. Ella, de acuerdo con las condiciones económicas de su matrimonio, envía las facturas de sus trajes y sus zapatos a su marido, el cual no tiene siquiera el buen gusto de pagarlas. Según la Prensa francesa continúa vistiéndose en Christian Dior y Griffe. Un traje solo importa 145.000 francos. Y parece que las sandalias son su gran afición. Siete pares aseguran que ha adquirido desde noviembre de 1953. De antilope, de satín blanco, de Strass... Sus precios oscilan desde veintidós mil francos hasta sesenta y cinco mil. Pero estas cosas siempre las hizo Dagmar Sánchez Bethencourt. La insistencia con que se destacan parece formar parte de una solapada campaña destinada a hacerla antipática.

El padre de Georges, sin detenerse a pensar de qué clase son los compromisos que atan a su hijo, se ha puesto de su parte. Pero enfrente tiene a la madre de Dagmar dispuesta a defender los

derechos de su hija. Ambas son católicas. Su posición por tanto, tiene que ser irreductible. El padre de Dagmar no puede intervenir. Está encarcelado en Cuba a consecuencia de un duelo. Pero ni siquiera puede exhibir Georges este hecho a su favor: Fué informado de todo con anterioridad a su boda, sin que entonces opusiera el menor reparo.

#### LA FUERZA DE LA SANGRE

Joan Connelly decidió casarse con Jaime Ortiz de Linares por despecho. Es una de las mujeres más hermosas de Norteamérica. A los diecinueve años se enamoró de Bob Sweeny, campeón del mundo de golf. El tenía cuarenta años ya. Se rumoreaba que estaba próximo a casarse con Bárbara Hutton, la multimillonaria. Pudo más la joven belleza de Joan. El matrimonio tuvo dos hijas. Pero no fué feliz. Un viaje a Europa. Joan es vista en compañía de Porfirio Rubirosa. Bob Sweeny pide el divorcio. Lo consigue.

Joan entonces se va a vivir a París. Allí conoce a Jaime Ortiz de Linares. El se enamora de ella. Y ella, sin pensarlo, dejándose llevar del despecho, le corresponde. Contra la opinión de su familia, Jaime decide casarse. Y lo hace. Capri sería el lugar elegido para pasar la luna de miel.

Pero Joan no era feliz. Dentro de su alma el remordimiento actuaba sin cesar. Una noche abandona el hotel. Se refugia en una modesta pensión. Se encierra en su cuarto. Toma una dosis impresionante de somníferos. Milagrosamente puede ser salvada. Reunida con su segundo marido, van a Roma. Pero allí emprende de nuevo la fuga. En cuanto puede habla por teléfono con su primer marido. Este se muestra generoso. Desde Nueva York la autoriza para dirigirse a su casa de Londres, donde se hallan sus dos



Isabel Patiño con su marido en un restaurante de París, poco antes de su muerte

hijas. Allá se encamina rápidamente. Era su gran necesidad.

Jaime Ortiz de Linares trata de encontrarla. Pero Joan se oculta. Ha desaparecido definitivamente de su vida. Porque hay algo más fuerte que el capricho. Es el amor de madre quien la ha obligado a rectificar su conducta.

La familia de Jaime no es demasiado benévola con él. Opina, quizá con conocimiento de causa, quizá con demasiado desahogo, que nunca fué muy despejado.

#### LA TRISTE HISTORIA DE ISABEL PATIÑO

Ocho pretendientes de sangre real la esperaban. Pero Isabel Patiño prefirió dejarse guiar por su corazón. Tenía dieciocho años cuando, en 1953, fué coronada Isabel II de Inglaterra. La hija de Antenor Patiño y de Cristina



Georges Ortiz de Linares

casase con un noble. La situación trascendió a los periódicos. Isabel fué recluida por su padre en el palacio del marido de su hermana Cristina—el príncipe Beauveau-Craon-en-Meurthe-et-Moselle. De nada valieron las imposiciones. Después de dramáticas peripecias los dos enamorados se juntaron en Inglaterra. A Edimburgo encaminaron sus pasos, porque allí no había impedimentos legales a su unión.

de Borbón fué invitada a la ceremonia. En Londres conoció a un hombre que la enamoró. Jimmy Goldsmith, de veinte años. Era apuesto, alegre y optimista.

No se trataba de ningún necesitado. Su padre poseía una gran cadena de hoteles y restaurantes. Pero Antenor Patiño había heredado la manía del fundador de su estirpe. Quería que su hija se

Antenor Patiño y su esposa también acudieron a la Gran Bretaña. Iban dispuestos a terminar con la rebeldía de su hija por cualquier medio. Algo debió ablandarles el corazón. Sorprendentemente dieron marcha atrás. La boda se celebró. En todo el mundo fué recibida con simpatía.

Pero esta aventura romántica tuvo un final triste. Cuatro meses después del enlace, cuando el joven matrimonio vivía en un apartamento de la calle Scribe, de París, Isabel Patiño se encontró enferma. Traslada a la clínica Hartmann, de Nenilly, surgió la necesidad de realizar una delicada intervención en el cerebro de la enferma. Mas Isabel iba a ser madre. Su estado se hizo gravísimo. Totalmente desesperado. Y la hija de la sentimental Patiño sólo pudo ser salvada por medio de la operación cesárea. Así, dramáticamente, vino al mundo la última nieta de Simón Patiño, el hombre que llegó a ser dueño de su país con ayuda del tesón y de la suerte.

#### UN PRINCIPIO QUE NO PUEDE SER OLVIDADO

Estas son, contadas con discreto comedimiento, las desgracias que han afectado en estos últimos tiempos a una de las familias más poderosas de la tierra. Sólo el caso de la infortunada Isabel puede ser juzgado con compasión y benevolencia. En los demás aparece tan sólo un prurito de saltar sobre las leyes divinas y humanas al hilo de la propia conveniencia. Ni las pretensiones de Antenor Patiño, ni las de sus sobrinos Georges y Jaime, pueden ser justificadas desde un punto de vista ético. El matrimonio, de institución divina, no está sometido a alternativas: Se contrae para toda la vida. Olvidar ese principio conduce a muy malos pasos. Tan amargos, que ni siquiera la mayor fortuna de la tierra puede ser bastante para mitigarlos.

VIAJE USTED A LOS CUATRO CONTINENTES

POR "IBERIA"

Líneas a Nueva York, Argentina, Brasil, Uruguay, Guinea y toda Europa

# CUANDO NUESTRO CARNET DE IDENTIDAD DECLARA SESENTA AÑOS, NUESTRO CORAZON PUEDE TENER CUARENTA



## EL HOMBRE PUEDE VIVIR 150 AÑOS

les viven por término medio sesenta y dos años, y las españolas, sesenta y siete. Si las cosas marchan bien en España en este sentido, aún van mejor en Norteamérica. En los Estados Unidos las mujeres pueden llegar a los setenta años y los hombres a los sesenta y cinco. En líneas generales, y refiriéndose siempre a los países civilizados, si la duración media de la vida humana era de cuarenta años en 1900, cincuenta años después esta media oscila entre los sesenta y los setenta.

El retraso de la hora de la muerte y la prolongación de la vida trae consigo el envejecimiento

de la Humanidad, especialmente en los países civilizados. En Norteamérica, en el año 1900, los individuos de más de sesenta y cinco años representaban sólo el 5,8 por 100 de la población; en 1950, el 9,4 por 100, y en 1953, el 9,8 por 100. En Norteamérica hay actualmente trece millones de seres que cuentan más de sesenta y cinco años, y esta cifra aumenta en razón de 400.000 anuales. Otro tanto sucede en Gran Bretaña en donde había un 10 por 100 de personas mayores de sesenta y cinco años en 1931, que en 1971 se habrán duplicado, sumando un 20 por 100, según estima el plan Beveridge. Una estadística reciente ha demostrado que en Europa viven cerca de 12.600 ancianos de ambos sexos que han superado los cien años. Donde hay más centenarios es en Yugoslavia, que tiene más de 4.000. Le siguen Bulgaria, con 3.888; Rumania, con 1.704; España, con 410; Francia, con 213; Italia, con 197, e Inglaterra, con 92. En esta estadística destaca un hecho curioso, que contradice la afirmación de que la vejez se consigue llevando una vida sana, moderada y sobria. Resulta que en Dinamarca, con tres millones y medio de habitantes, sólo tiene dos centenarios. Sabido es que este país va a la cabeza, por su elevado nivel de vida y por sus bajísimos índices de mortalidad.

### EL HOMBRE PUEDE VIVIR CIENTO CINCUENTA AÑOS

A los norteamericanos, en su incansante afán de superación y de batir marcas calificadas como insuperables, ya les parece pobre esta meta de setenta años de vida media y desean, y parece ser que lo van a conseguir, vivir unas decenas más de años. Un profesor del «Jefferson Medical College» de Filadelfia ha anunciado que el promedio de vida de los norteamericanos, cuando menos los de Pensilvania, se acercará a los cien años en los veinticinco próximos.

No obstante parece ser que eso es poco todavía, porque, según diversos biólogos, ratificados por el investigador Bogomoletz, cualquier persona puede vivir, por término medio, de ciento veinticinco a ciento cincuenta años. Y esto no es mucho, porque aún hay personas que han vivido mucho más tiempo.

No se trata del relato bíblico de Matusalén ni de

A la inmensa mayoría de las personas que sobrepasan los sesenta e incluso los setenta años les humilla que se les hable de la jubilación, y entre todos ellos existe un movimiento y un deseo común, que tiende a alejar el momento de este reconocimiento oficial de su vejez. Y no es por una cuestión económica. Es más bien por un problema fisiológico y moral. Si a la mayoría de las personas de más de sesenta años les molesta y les indigna que se les llame viejos, es porque en realidad no lo son. Igual que hay mujeres e individuos desgraciados que envejecen prematuramente y a los treinta años ya son seres decrepitos, lo mismo existen personas en las que la juventud y la madurez perduran durante largos años. Constituye, pues, un error muy grande confundir la edad cronológica con la edad biológica, esto es, los años que se han vivido con el vigor y la fortaleza, tanto física como mental, de que se goza.

Estos errores y discrepancias originan situaciones dramáticas y conflictos ridículos. No hay que desentenderse de estos problemas de los ancianos ni considerar a éstos como una carga familiar o social y un obstáculo en el escalafón.

En España este problema viene siendo estudiado y solucionado desde hace años, tanto por nuestros médicos como por nuestros gobernantes. En las Cortes Españolas se aprobó en diciembre de 1948 la prolongación de la carrera judicial y fiscal, con categoría de magistral, en dos años. Más recientemente, por ley de 5 de abril de 1952, se prorrogó la vida militar de los generales, jefes y oficiales, también en dos años.

En el aspecto médico se acaba de celebrar en Valencia el II Congreso Nacional de Gerontología y Geriatria, organizado por la Sociedad Española de este mismo nombre, que está integrada por 150 miembros.

### DOCE MIL CENTENARIOS EN EUROPA

Según los datos del Instituto Nacional de Estadística, el español de 1954 tiene mayores posibilidades de vivir más tiempo que el de 1944. Mientras que en esta fecha la edad media de vida para el hombre era de cuarenta y cinco años y para la mujer de cincuenta; en la actualidad los españo-

ninguna fantasía de Conan Doyle, que escribió un cuento sobre un mago egipcio que, tras descubrir el secreto de la vida, sobrevivió cinco mil años. Tampoco me refiero al bulo del célebre barón de Munchausen. Hay casos concretos e historias de hombres que vivieron de ciento ochenta y cinco a ciento noventa y cinco años. Entre éstos se encuentra el de un campesino húngaro; el de Wertinger, que vivió ciento ochenta y cinco años, y el de Ezarten, que duró otros tantos. En España, es famoso el cardenal Solís, que vivió en Sevilla durante el siglo XVIII, alcanzando los ciento veinticinco años. Entre los longevos, es muy célebre Tomás Parr, que nació en la parroquia de Alberbury en 1483, se casó en segundas nupcias, con ciento veinte años, y hasta los ciento treinta y cinco dirigió con extraordinaria fortaleza el trabajo de su casa. También se casó con ciento veinte años, y por segunda vez, el norteamericano Juan Shell, en 1919. Dos años más tarde, en 1921, murió también en Norteamérica el hindú Ka-Be-Nah, conocido vulgarmente por el apodo de «Carne asada», a la edad de ciento treinta y cuatro años. Como a todo hay quien gane, le sobrepasó Zaro Agha, que falleció con ciento cincuenta y seis años, en 1930, víctima de un accidente automovilístico acaecido en Nueva York.

Parece ser que existe cierta correlación entre la duración del embarazo y el crecimiento y la duración de la vida. El elefante vive doscientos años seguramente porque tiene un embarazo de dos años. Aristóteles afirmaba que cuanto más largo es el crecimiento tanto más dilatada es la existencia. En ese sentido, Buffon decía que la vida dura lo que el crecimiento multiplicado por cinco. Para este naturalista, el desarrollo humano se verificaba en veinte o veinticinco años. Haller multiplicaba los años que duraba el crecimiento, que para él eran veintiocho, por ocho, y afirmaba que la vida del hombre debía durar de doscientos a doscientos quince años. En los tiempos modernos, Lazarev, tras de someter a minuciosas observaciones en su laboratorio a dos personas de ciento cincuenta y ciento cuarenta y dos años, acaba de asegurar que el organismo humano es, potencialmente, capaz de funcionar sin contratiempos durante ciento ochenta años...

#### CUANDO NUESTRO CARNET DE IDENTIDAD DECLARA SESENTA AÑOS, NUESTRO CORAZON PUEDE TENER CUARENTA Y NUESTRO HIGADO OCHENTA

Si se cuentan a millares las personas que sobrepasan los cien años, y teóricamente se puede vivir de ciento cincuenta a doscientos años, ¿por qué a nosotros nos parece una edad fabulosa la de ochenta? Y si ni siquiera llegamos a ella, ¿a qué se debe también?

La vida humana desde el momento de su concepción hasta la hora de la muerte sigue una órbita que está supeditada a múltiples influencias. Cuando se nace, cada persona lleva consigo parte de su propio destino e incluso la marca aproximada de los años que puede vivir. Posee todas las posibilidades de su especie, de su raza y de su estirpe, y está marcado por las taras y predisposiciones congénitas, familiares y hereditarias. Luego aparece el ambiente: el trabajo, los choques emotivos y las enfermedades que proceden de los microbios, de los alimentos, del clima y del género de vida. Todos estos factores alargan o acortan las horas de nuestra existencia.

Tan escasamente se sabe de la vida y de la muerte, que se desconoce el íntimo secreto del envejecimiento y de la vejez. Como se ha visto, al médico ya le es permitido salvar y prolongar la vida; pero, en cambio, la ciencia todavía no es lo suficientemente todopoderosa para retrasar el envejecimiento. Hoy día, una persona de sesenta años es tan vieja como la de hace un siglo en iguales circunstancias. El envejecimiento sigue una marcha inexorable e irreversible. La Gerontología y la Geriatría lo único que hacen es mantener al viejo sano en cuerpo y mente, pero no son capaces de devolver la madurez y la juventud perdidas.

Es bastante difícil definir la última etapa de la vida y decir cuándo se inicia y qué tiempo dura. A este respecto se han pronunciado frases muy ingeniosas. Se ha afirmado que el hombre tiene la edad de sus arterias, de su tejido conjuntivo o de sus glándulas de secreción interna, a las que también se les ha denominado el reloj de la vida. En

realidad la vejez no depende de un sistema determinado, y menos aún de un órgano. Se sabe que no todas las partes del cuerpo humano envejecen y mueren a la vez. Si yo dijese que un hombre de sesenta años de edad según su carnet de identidad puede tener un corazón de cuarenta, unos riñones de cincuenta y un hígado de ochenta, sé que pocos me creerían. Pero esto es cierto. Tan cierto como que a los muertos, después de enterrados, les siguen creciendo los pelos y las uñas. Entre todas las partes del organismo las que envejecen más pronto quizá sean las arterias coronarias, que a los veinte años presentan el mismo desgaste que se observa en las arterias radiales a los sesenta y cinco años. Por eso se ha dicho que el hombre tiene la edad de sus arterias, porque la patología arterial es el precio de los años. Desconocida en el lactante, alcanza su grado máximo en el anciano.

Con estos hechos, ahora nos podemos explicar lo que comentaba al principio, o sea, que muchas personas, a pesar de sus sesenta años bien cumplidos, se sientan y sean todavía, orgánicamente, jóvenes. No todos los órganos y tejidos envejecen a la vez, y por eso mismo tampoco se puede equiparar el envejecimiento cronológico al biológico.

#### SIETE INYECCIONES CUESTAN TREINTA MIL PESETAS

La vejez depende de un armónico declive de la actividad biológica de todos los elementos integrantes del ser humano. En cuanto se rompe ese armónico descenso surge la enfermedad, que da al traste con la senectud. Para muchos, la vejez equivale a enfermedad, a achaques, a molestias sin cuento. Nada de esto es cierto. La ancianidad no es anti-natural. Es un estado evolutivo fisiológico de la existencia. Es el último período de la vida por el que se pasa, inexorablemente, si ésta no cesa. Es como la infancia y como la madurez; pero nunca un estado patológico y anormal de la madurez. La senectud ni es una enfermedad ni una consecuencia de una enfermedad, aunque ésta venga a destruirla y a derrumbarla. Por lo tanto, si es una etapa fisiológica y natural de la vida, aunque sea la última, no es posible evitarla. Lo más que se puede hacer es retrasarla hasta sus límites naturales e incluso hasta sus límites teóricos, que es lo que se está consiguiendo con la ciencia moderna.

Antes, lo que pretendían ingenuamente los antiguos era recobrar la juventud. Con la ilusión de conseguirlo, se hicieron célebres muchos intentos, los más de ellos disparatados. Recordemos el bebedizo de Medea, el oro potable de los alquimistas, el «acqua vita» de nuestro Arnaldo de Villanova, el arcana de Paracelso, el lecho celeste de Graham, los extractos de Brown-Sequard, las ligaduras de los conductos deferentes de Steinach, los injertos de Voronof y los sueros de Bogomoletz y Bardach, por cuyo tratamiento, que consta de cinco a siete inyecciones, se pedía hace poco tiempo, en París, de 150.000 a 300.000 francos.

#### HOY SE RETRASA EN VEINTE AÑOS LA HORA DE LA MUERTE

En la actualidad no se pretende remediar la senectud devolviendo al ser agotado la madurez perdida. Lo que trata la Medicina es de combatir las enfermedades y los géneros inadecuados de vida, que empobrecen a los organismos y adelantan y precipitan la muerte. Todavía hoy, de cada 1.000 fallecimientos, sólo corresponden unos 200 a lo que suele llamarse muerte natural, que más que muerte natural lo que indica es una ignorancia de la verdadera causa de la defunción. En cambio, fallecen de enfermedades del corazón y el aparato circulatorio unas 400 personas por cada mil; de cáncer, unas 125; de tuberculosis, 100. De desgaste natural, de vida que se agota y se consume hasta el último pabillo mueren en realidad muy pocos. Pero, sea lo que fuere, el hecho es que la medicina y la ciencia moderna salvan cada día más vidas, o, mejor dicho, retrasa en cinco, en diez y en veinte años la hora de la muerte.

Ahora bien, ya que no es posible devolver a los cuerpos decrepitos la lozana juventud, ¿merece la pena retrasar la última hora y prolongar, más que la vida, la vejez? La vieja y estupenda ilusión de los alquimistas de la juventud eterna queda, por ahora, reducida a unas decenas de años más de existencia.

## LA GERONTOLOGIA, CIENCIA DE LA VEJEZ

En nuestros tiempos el primer paso para resolver un problema difícil es inventar una ciencia. Si en la Edad Media se intentó confiar la prolongación de la vida humana a elixires y bebedizos, ahora la tarea se ha puesto en manos de unos especialistas, los gerontólogos, que son médicos dedicados a la nueva disciplina llamada Gerontología. Más o menos la palabra significa ciencia de los viejos. Por su mismo fin—hacer más llevadera, más alegre e incluso más larga la existencia de los ancianos—, resulta la Gerontología una negación, casi un antídoto, de la eutanasia. El médico tiene como tarea concreta curar y mantener ardiendo la centellica de la vida sin distinción de edades. Pero esta meta exige en los años de senectud métodos distintos de los corrientes.

La primera dificultad estriba en encontrar ancianos absolutamente «normales». El anciano teórico e ideal sería aquel que nada más sufriese los achaques del tiempo y el desgaste puro y simple que acompaña al vivir. Esto casi no se encuentra. El que más y el que menos ha padecido alguna vez enfermedades y alteraciones biológicas que dejaron huella en su cuerpo. Por eso, sobre todo, para obtener resultados útiles es preciso estudiar millares y millares de ancianos antes de poder establecer conclusiones firmes. Aquí, como es natural, pesa la juventud de la Gerontología. Esta ciencia sólo data de 1940, y aunque en estos catorce años pasados ha obtenido victorias le queda todavía mucho terreno por recorrer y muchos triunfos por conseguir.

La cuestión es desvelar el íntimo secreto del envejecimiento. Ahora sólo se dispone de una serie de teorías—de muy diversa índole—que pueden ser consideradas como instrumentos de trabajo. La vejez representa la fase final de la existencia, con la regresión de un grupo de órganos o del organismo entero, y la pérdida gradual, más o menos intensa, de la capacidad de adaptación y defensa frente a las agresiones del medio ambiente.

### LOS ANCIANOS SE PARECEN A LOS NIÑOS

Las personas maduras, al pasar a viejas, se transforman física y mentalmente. Quizá lo que más cambie en ellas sea la cara. Humorísticamente se ha dicho que los neologismos Gerontología y Geriatria no proceden del vocablo griego vejez, sino de «geró», que en gitano significa «cara». Sería ingenuo describir aquí el rostro de los viejos. Su inconfundible fisonomía se debe a que en sus huesos maxilares se produce una modificación en la forma, sobre todo en la mandíbula, cuyo ángulo se hace más obtuso, retornando al aspecto que tenía en el momento del nacimiento. En el anciano los tejidos orgánicos pierden agua, se infiltran de grasa y son menos elásticos. Al mismo tiempo disminuyen de talla, su esqueleto se atrofia, modificándose la superficie corporal. Disminuyen las funciones aisladas, lo que conduce, en conjunto, a un rendimiento físico inferior. En la esfera mental declinan las facultades intelectuales, la memoria y la vida espiritual. Fallándoles el futuro, los ancianos reviven el pasado y se hacen conservadores. Sin embargo en la senectud no es todo derrumbamiento, descenso y retroceso, pues en las edades extremas de la vida se han podido comprobar adquisiciones nuevas. La reflexión, la ponderación y el juicio se acentúan quizá debido a la mayor experiencia, a la menor ambición y al apaciguamiento de las pasiones.

En el capítulo de remedios tienen buena fama, aunque no bien comprobada, el suero de Bogomoletz, que, por otra parte, no pudo salvarse de morir a los setenta y dos años, y las implantaciones de tejidos humanos, especialmente de placenta, que realiza Filatov, las que, según parece, ejercen afortunados efectos en la arteritis y en la regeneración tisular, debido seguramente a su contenido en prolan y a su riqueza en vitamina E, la que se encuentra también en la jalea real de las abejas, otra sustancia a la que recientemente se le han achacado facultades rejuvenecedoras.

### EL SENTIDO CRITICO SE PERFECTONA EN LA SENECTUD

La muerte natural por vejez, por agotamiento paulatino, es excepcional. Es bastante difícil que un anciano fallezca por debilidad senil. No hay



El 22 de abril pasado llegó a París desde Lausana Jacques Taruffi, este anciano de ochenta y dos años que hizo el trayecto a pie a razón de 50 kilómetros por día

enfermedades propias y exclusivas de la senectud. Pero algunos se presentan con mayor frecuencia y mayor gravedad. En cambio otras llevan un curso más benigno. Al redactar este trabajo tengo delante de mí muchas estadísticas y cifras, pero todas o casi todas se refieren a hospitales y asi-



¡Ha perdido su rastro!

Aplicuese

# D-ten

el desodorante mágico!  
con clorofila



Dana  
EN EL MUNDO ENTERO

PRECIOS  
SOLIDO EN BARRA 25 PTAS.  
RECAMBIO: 17 PTAS.  
LIQUIDO "PETALOS" 20 PTAS.  
FRASCO VARIORIZADO 34 95 PTAS.  
RECAMBIO: 15 PTAS.

los, en donde, como se sabe, se refugian los elementos más débiles de la sociedad, aquellos que han sufrido más los choques de la vida. Por lo tanto estas cifras no son completas ni exactas. Hecha esta advertencia diré que en Inglaterra las enfermedades más comunes entre los ancianos son las degenerativas, las infecciones crónicas, la isquemia y el cáncer. En Barcelona las dolencias más frecuentes son la hipertensión, que se presenta en un 17,6 por 100 de los casos; la asistolia, en un 10; la insuficiencia cardiovascular, en un 6,9; la cardiosclerosis, en un 6,7; la úlcera gastroduodenal, en un 6,2, y las neumonías, en un 5,4 por ciento. En Valencia las infecciones crónicas más corrientes entre los viejos son las tíficas, erisipelas, broncopulmonías y gripes. Por regla general las infecciones son menos graves que las de otras edades, salvo la neumonía, en las que se sigue cumpliendo el refrán que dice, «pulmonía sin calentura, muerte segura», a pesar de los antibióticos. Los cánceres están enmascarados por otra enfermedad cualquiera y son de difícil diagnóstico. Duran varios años, no produciendo nada más que ligeras molestias. A veces ni siquiera matan, pues los viejos fallecen por una afección secundaria cualquiera.

En la vejez, mientras que las pruebas de la inteligencia en general muestran una disminución con la edad, por el contrario la capacidad de vocabulario, información general y razonamiento, se mantiene bien, si no se hace con rapidez. La pretendida pérdida del poder creador de los ancianos se compensa con una mayor simplificación y esquematización, con predominio de la lógica. En los últimos años de la vida el poder creador y la invención son contrarrestados por un sentido crítico más acentuado y un mayor espíritu de comprensión, siempre y cuando que las facultades mentales no se derrumben. Lo posible en las enfermedades de la vejez es conseguir el retorno al estado normal de la senectud y no al estado normal de la madurez. En la existencia humana los



La señora Mary Mac Nelly, de Dublín, con sus ciento ochó años

médicos no pueden marchar contra el reloj como sucede dándole la vuelta a las películas cinematográficas.

### CIENTO OCHENTA Y UN MILLONES DE DOLARES DESTINAN LOS ESTADOS UNIDOS PARA INVESTIGACIONES MEDICAS EN 1954

No solamente se preocupan los científicos y los gobiernos de las bombas atómicas y superbombas de hidrógeno. También dedican gran parte de sus desvelos y nada pocas cantidades de dinero a investigar las enfermedades y descubrir su eficaz tratamiento. Entre las enfermedades se encuentran, como es natural, la vejez. En los Estados Unidos, que es donde el movimiento científico en torno a la Gerontología y a la Geriátrica ha alcanzado el mayor nivel, se dedicarán este año 181 millones de dólares a investigaciones médicas, cifra que es diez veces superior a la gastada en igual concepto en 1951. En Norteamérica funciona en el Instituto Nacional de Salubridad una sección de Gerontología con fondos federales.

En España existen numerosos centros oficiales científicos y privados dedicados a la Gerontología. Hay que mencionar en primer término la labor del catedrático de Patología Médica de la Facultad de Medicina de Valencia, don Manuel Beltrán Baguena, que explica la cátedra de Geriátrica y es presidente de la sociedad que lleva este mismo nombre, cuyo secretario es el doctor Vega Díez, que a su vez regenta un servicio en el Instituto del profesor Marañón. Otro funciona en la Cruz Roja de Madrid, dirigido por el doctor Blanco Soler. También hay uno en Barcelona y se va a abrir, si no se ha abierto ya, otro más en Córdoba. Por lo demás, nuestra Sanidad Nacional inició hace ya años su campaña contra la senectud, inaugurando en marzo de 1949 en Valencia el Primer Centro Nacional de la Obra de Protección a la Vejez, en donde también existe una Sección de Estudios Geriátricos dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, estando ambos organismos médicos bajo la dirección del mencionado doctor don Beltrán Baguena. Otros especialistas españoles de la vejez son Galán, Trias de Bes y Planellas.

### EL CORAZON NO ENVEJECE

Si la Gerontología y todos los estudios anejos a ella sólo sirvieran para hacer más triste el final de la vida con malos augurios y catálogos de calamidades, poco valor práctico tendría. La vida misma, siempre optimista, se encargaría de desmentirla. Son frecuentes los relatos en que respaldado el buen humor de los centenarios e incluso sus ganas de vivir. Entre los científicos se discute la predisposición a una senectud precoz de las personas de constitución asténica o atlética, de temperamento inquieto, irritable o triste, de los obesos, de los solteros y de los que dependen de un sueldo. Se suelen dejar a un lado las consecuencias de la jubilación. Probablemente esto se debe a que la jubilación bien entendida es un antídoto contra la senectud. Si a un hombre no se le jubila automáticamente al llegar a una determinada edad, habría que jubilarle por las buenas el día en que dejara de ser provechoso. Entonces, sin remedio, el choque psicológico que esto le produciría le haría caer en un pesimismo hondo e irremediable. El anciano, en muchos casos, sigue siendo útil para la sociedad. Cuando tal ocurre la jubilación no le cierra las puertas a otras actividades. Por el contrario, el que necesita descanso y tranquilidad, la jubilación se lo proporciona. Lo cierto es que el corazón no envejece. El caso del sabio británico Bertrand Russel, casado por cuarta vez a los ochenta años, y en plena lozania intelectual, lo prueba. Y como él hay legiones de valeducinos con más vida dentro quizá que muchos jóvenes. La Gerontología ha de conseguir que la ancianidad sea para todos una etapa atractiva de la existencia. El día que lo logre, todos se lo agradeceremos.

Octavio APARICIO LOPEZ

**NUEVO en ESPAÑA** VA ESTAN A LA VENTA LAS FAMOSAS HOJAS DE AFEITAR

# KRON-VEST

4 creaciones de prestigio universal 4

GRAN MOGOL JAGUAR

EMBAJADOR CANCELLER

Participe en el sencillo concurso mensual de hojas de afeitar KRON-VEST y fácilmente podrá ser poseedor de un magnífico reloj todo de oro macizo marca WALTER-ROVER, que figura entre los mejores del mundo. Por cada paquete de diez hojas de cualquier clase KRON-VEST, recibirá un folleto participación concurso. Solicítelo a su proveedor.

# LA HUELGA DE AGOSTO DE 1917 Y EL "PLANTE" DE la CARCEL MODELO



Arriba: Traslado de heridos de la Cárcel Modelo, producidos por el intento de fuga, entre vigilantes y presos. Izquierda: Sección de ametralladoras mantienen el orden en Cuatro Caminos.— Derecha: Detención de un revoltoso el primer día de huelga en la Puerta del Sol

## LA MUERTE DEL "SARDINA" MIS PRIMEROS TRABAJOS PROFESIONALES EN LA REDACCION DE "EL GLOBO"

(APUNTES PARA UNAS FUTURAS MEMORIAS)

Por Francisco CASARES

DE mis iniciales recuerdos como repórter madrileño ha quedado para siempre grabado en mi memoria el que cronológicamente ocupa el primerísimo lugar. Muchos periodistas—como es lógico—comienzan con una labor sencilla, la mayor parte de las veces anónima. Pero a mí, empujado por una irrefrenable vocación, me correspondió debutar con un suceso sensacional. Tanto que no considero exagerado afirmar que constituye uno de los jalones fundamentales de la historia del primer medio siglo. Se trata de la huelga revolucionaria de agosto de 1917, que capitanearon los tristemente famosos Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Angulano. Los tres, dirigentes relevantes del partido socialista, integraron el Comité de aquella huelga, que no era un movimiento de reivindicación obrera, sino un episodio definitivamente político, primer chispazo de una serie de levantamientos subversivos que a lo largo del tiempo, con arreglo a una táctica y una técnica diestramente articulada, habían de

llevar hasta la constitución del Frente Popular y el intento de revolución marxista ajustada a los dictados y a las orientaciones de la Rusia soviética. Los cabecillas se dispersaron. Alguno dejó de tener notoriedad, como Angulano. Otro—acaso como penalidad para su posición más moderada—como Saborit, tuvo, en la etapa de la República, calificaciones de menos cuantía. Besteiro fué Presidente de las Constituyentes y terminó sus días bajo la benevolente tolerancia de nuestro Movimiento, porque actuó con espíritu de conciliación en las fases finales de la Cruzada. Largo Caballero, el estuquista, acaso el menos dotado de inteligencia y cultura, llegó a la jerarquía de jefe del Gobierno en el período de la lucha civil, y murió en el exilio. Ellos fueron, entonces, juntos y compenetrados, las figuras visibles de aquel inicial conato revolucionario.

Con la información de esa huelga hice mis primeras armas, apenas cumplidos los dieciocho años y con un bagaje de ilusiones y de fervor profesional que, gra-

cias a Dios, no han admitido hasta ahora la menor debilitación. He tenido siempre el convencimiento de que lo esencial en el periodismo es la vocación. Y yo creo que la sentí desde la escuela. Era todavía un niño y en pliegos de papel cuadriculado confeccionaba un periódico semanal de cuatro páginas, titulado «La España Moderna», que era manuscrito—y con «monos»—y le vendía su único ejemplar los sábados a mi abuelo, don Francisco Sánchez Rejano, oficial mayor del Senado y Gran Cruz de Isabel la Católica. En ese boceto de periódico había de todo lo que era preceptivo entonces en una publicación diaria: el «fondo», los comentarios de actualidad, los «supuestos» telegramas de provincias y extranjero, la sección de sociedad, los sucesos, la información política y los toros. No se daba allí ni una línea de deportes. Más tarde, durante el bachillerato con otro compañero igualmente aficionado al periodismo—y que hubiera sido un excelente profesional de no haber muerto prematuramente—, confeccionaba otro periódico, igualmente manuscrito,

que ya tenía atisbos y pretensiones de revista literaria. ¡Y pedante, como era de rigor! Quiero señalar con esta digresión que nací para periodista. Y apenas llegado de Africa, donde serví como soldado voluntario, y obtuve mi primer premio periodístico—cinco pesetas por una carta que se convirtió en artículo en el «Heraldo de Tetuán», en la fiesta de la Patrona de Infantería del año 1916—, busqué por todos los medios el enrolarme en un periódico de Madrid.

### «EL UNIVERSO», «EL GLOBO», MIS APTITUDES

Como mi padre era uno de los jefes de la Secretaría del Senado, le pedí que hablase a alguno de los informadores que iban a diario por la Alta Cámara y que tenían relación de amistad con él. Me presentó a don José Menéndez Carabía, periodista católico, gran persona, que era secretario de redacción de «El Universo», un diario de escasa circulación costeado por el marqués de Comillas, y que dirigía don Rufino Blanco, uno de nuestros caídos. Estaba la redacción de este periódico en la calle de Olózaga, cerca de la Casa de Socorro, a la que llevaron en marzo de 1921 el cadáver de don Eduardo Dato. Con Carabía, que yo recuerde, trabajaba Federico Leal, otro buen periodista, que pertenecía al Cuerpo de Correos. Allí me presenté una noche nervioso, ilusionado, pensando que ya había resuelto mis aspiraciones. Trabajé tres o cuatro días, y con mucha consideración y cariño me dijeron que «no servían». Fracase, sencillamente. Pero mi vocación, como dejo dicho, era incontenible. Tenía confianza en mí mismo. Y no quería ser más que eso: periodista. No sé cómo me las arreglé, no tengo seguridad absoluta de lo que hice. Pero me acuerdo de que por mediación de Javier de Burgos, que había sido discípulo de mi padre y que me recomendó una tarde en el café Comercial de la glorieta de Bilbao a don Pedro Baños, escritor, poeta y bibliotecario de la Diputación Provincial, entré a formar parte de «El Globo», periódico minúsculo que tenía su redacción en la Puerta del Sol, en el entresuelo de la casa que hace esquina a la calle de Preciados, y en cuyo piso principal se hallaba instalado el Centro de Hijos de Madrid, uno de los muchos círculos regionales que por aquel tiempo funcionaban y que eran, más o menos encubiertamente, casas de juego. Presidía ese Centro don Facundo Dorado, un viejo republicano—de los románticos—adinerado con buena dotación de vanidad, que creía, como han creído tantos políticos, en la eficacia de tener un periódico. Se lo compró a don Magdaleno de Castro, antiguo periodista con mediana posición económica, que lo había heredado de su padre. Y que mantuvo como «sapon», un diario que llegó a tener notoriedad, dirigido por Francos Rodríguez y otras personalidades de la política y el periodismo español.

En aquella redacción encontré

a algunos amigos que todavía viven y que eran profesionales por acciones, como Miguel Cabrera, abogado, que defendió a María Luisa, la hija del capitán Sánchez, cómplice con él de la alevosa muerte y emparedamiento de Jalón; Cirilo Reverter, un valenciano muy inteligente, secretario de personajes políticos y alto funcionario de Hacienda; Albert, que, como los demás, dejó pronto el periodismo y llevaba entonces la información política; Ceferino Valencia, que ha ocupado puestos destacados en el foro y es actualmente director general de Jurisdicción del Trabajo; Luis López Barberán que hacía de redactor jefe y llevaba, de hecho, el periódico porque el director oficial—don Facundo—no se ocupaba para nada de él; José Pontes Baños, buen poeta, escritor de pluma elegante, que murió muy joven. Luego, y por mi indicación, entró allí Luis Ardila, al que tuve también de compañero en «La Epoca», y que sigue en la brecha como redactor de «Pueblos».

Hacíamos el periódico con el mismo ímpetu ilusionado que si hubiera sido el mejor de los rotativos. Nada de cortar de otros ni de servirse de las informaciones de las agencias. Se iba a los sitios, se tomaba la reseña de todo directamente. Y nos creíamos que confeccionábamos cada tarde el mejor periódico de Madrid. Como redactor de «El Globo» me tuve que ocupar de la huelga del año 17. En la Puerta del Sol, debajo justamente de nuestras ventanas, que después fueron de los billares del Oriental, se produjeron choques violentos entre huelguistas y la fuerza pública, que yo relaté, como testigo presencial, con la simplicidad que era natural en un debutante de poco más de dieciocho años. También hubo escaramuzas sangrientas en otros lugares de Madrid, especialmente en Cuatro Caminos. Era ministro de la Gobernación, a la sazón, el conservador don José Sánchez Guerra, que reprimió con mano dura el movimiento revolucionario.

### EL GENERAL ECHAGUE, EN LA MODELO.—REPRESSION DE UN «PLANTE»

El episodio más dramático y, sobre todo, más impresionante—no lo olvidaré nunca—se produjo en la Cárcel Modelo, ya desaparecida. Se supo en la redacción que en la celular—así se llama oficialmente en la nomenclatura penitenciaria—se habían sumado los reclusos a la sedición. Y que lograron un «plante» para contener el cual resultaban impotentes los funcionarios de prisiones y la guardia militar de la prisión. Se enviaron fuerzas por Capitanía General, y yo, como reportero encargado del grave conflicto, acudí a la Moncloa. No sé cómo me las arreglé. La juventud presta alientos y facilita audacias que después, con la serenidad de los años, le parecen a uno inverosímiles. El caso es que, pese a la anomalía de las circunstancias y a la severa vigilancia castrense, entré en el recinto de la Modelo y me hallé en el mismo «abanico», frente a todas

las galerías y rastrillos del establecimiento.

Cuando llegué estaba la población penal en pleno «plante». Sonaban estrepitosamente los cerrojos de las celdas, muchos de los cuales habían logrado arrancar, y los presos comenzaban a salir de sus calabozos en actitud alarmante, con ánimo de arrollar a los vigilantes y dejar por la fuerza el recinto. Sólo recuerdo el nombre de otro periodista que se hallaba allí: don Aurelio Matilla, capitán de Infantería, muy grueso, casi apoplético, que era redactor de «La Correspondencia Militar». Era entonces hombre de orden, militar celoso de su carrera y con gran cariño para la actividad periodística. Después cambió con la República. Nos reunimos con el director y los jefes principales de la cárcel. El director era don Alvaro Ruipérez, hombre de prestigio en el Cuerpo. No tenía, naturalmente, la obligación de poseer un valor acreditado, y no lo tenía. Sudaba copiosamente invadido por lógico pavor. Los soldados contenían como podían a los reclusos desmandados. El espectáculo para un novicio era sensacional. Para un novicio y para el más veterano de los periodistas, claro está. Tomaba, no obstante, con cierta seriedad, las notas en mis pequeñas cuartillas y gozaba pensando en la «fabulosa» información que iba a publicar en «El Globo». Información que leerían trescientas o cuatrocientas personas. Y que yo recortaría ilusionadamente como primer testimonio de mi profesional ejercicio. Pero eso era lo de menos.

Hacia mediodía se presentó en la Cárcel Modelo el capitán general de la Región, don Ramón de Echagüe. Iba impecable, con uniforme de Caballería, altas y bien lustradas botas de montar y una fusta en la mano. Recuerdo, como si la estuviera viendo ahora mismo, su figura. Alto, enhiesto, con unos bigotes blancos, engomados, a lo Kaiser. Se detuvo en el centro de la prisión, desde donde se veían, conjuntamente, todas las galerías. Dió, rápida, enérgicamente, unas órdenes a sus oficiales, y a los pocos minutos todos los presos sublevados se hallaban encerrados en sus celdas, y unos carpinteros y cerrajeros, custodiados por la fuerza militar, recomponían las puertas y los cerrojos de los calabozos.

Cuando la fase culminante de la rebelión y del sometimiento «manu militari», se superaron, el Capitán General, sin que se le alterase un músculo de la cara, sin gritos destemplados, ni actitud nerviosa, se dirigió al señor Ruipérez, director del establecimiento penal, y le pidió:

—Déme la lista de los cabece-

llas.

El director pensó que el rigor que se dispusiera a aplicar el general sería atenuable si le daba muchos nombres. Y le contestó:

—Mi general, realmente son muchos. Está muy diluida la responsabilidad del «plante».

—¿Cuántos calcula usted?

—Pues, unos cuarenta y cinco.

—Bien. Que los saquen de las celdas y los bajen al patio.



Panorámica de la Puerta del Sol en 1917, escenario de los sucesos huelguísticos de agosto

El director de la cárcel, temblando, atemorizado, se dió cuenta de lo que el jefe militar se proponía. Y suavizó su indicación:

—Bueno, mi general, me permito advertirle... En rigor, verdaderamente dirigentes de la sublevación, no son tantos. Yo me refería a los que se han distinguido algo más, a los que tienen antecedentes de levantiscos.

El Capitán General, sin inmutarse:

—Bien, señor director. ¿Cuántos?

—Pues... serán, desde ese punto de vista..., la mitad, aproximadamente...

—Los que sean, señor director. Que los saquen y los bajen. Dése cuenta que está proclamado el estado de guerra. Y que yo no dispongo de mucho tiempo.

—Es, verá usted, mi general... Y siguió el diálogo. El general pedía los nombres de los dirigentes de la rebeldía. El director trataba de reducir. Del mismo modo que al principio pensó que dar una cifra grande podría evitar la magnitud de la sanción, después se dió cuenta de que los que señalase, muchos o pocos, estaban condenados irremisiblemente. Y por fin, tras de titubear, y sobre todo de regatear, dió cinco nombres, los que evidentemente habían dirigido la protesta airada de los penados.

Se sacaron esos cinco. El general los mandó bajar a uno de los patios largos que rodeaban los muros de la celular. Precisamente el que daba a la calle de Moret y donde años más tarde, yo vería ejecutar a los asesinos de los oficiales de Correos ambulantes del exprés de Andalucía. Uno de los reclusos rebeldes se apodaba «El Sardiná», y al bajar las escaleras que conducían a la explanada, trató de huir. No parece lógico que pensara que podía llegar hasta la calle y librarse de la irrisparable sanción que había sido decretada. Sería el miedo, el pánico irrefrenable lo que daba velocidad a sus piernas. Y se dió una orden. No sé quién la pronunció. No puedo concretar de qué labios salieron. Lo que me consta es que «El Sardiná» no llegó al patio. Sus otros camaradas de subversión, sí. Pero con el mismo desenlace. La rebelión había quedado conjurada. ¿Hubo Consejo de Guerra? Eso quedará pa-

ra siempre en las zonas nebulosas de lo que la Historia no puede pormenorizar. El general habló primero con el director de la cárcel. Después estuvo reunido con algunos de los jefes y oficiales que le habían acompañado. Por último, cinco de los más destacados, entre los reclusos que habían producido el «plante» carcelario, y herido a algunos de los soldados que trataron de reducirlos, pagaron cara su hazaña. Este fué uno de los episodios que me tocó presenciar, personalmente, durante el transcurso de la huelga revolucionaria socialista del verano sangriento de 1917.

«El Globo» dió con todo detalle aquellos sucesos. La información fué precisa, amplia. Y objetiva. Mi redactor jefe me felicitó. No es jactancia, sino reflejo veraz, exacto, de los hechos. El pequeño periódico, que apenas tiraba medio millar de ejemplares y que se hacía con tanta ilusión y esfuerzo como si se tratase de un gran rotativo, reprodujo fielmente los graves acontecimientos de aquellas históricas jornadas. Con más detalle y lujo informativo que los grandes diarios. Y es que el repórter comen zaba. Y cuando se comienza, no se le pueden a uno presentar dificultades, porque todas son leves. Y si no lo son, se saltan. Después de los sucesos estuve acudiendo varios días a Gobernación. El Ministro, señor Sánchez Guerra, nos daba noticias de la huelga, de los propósitos que guiaban a sus promotores, de la detención del Comité. Poco más tarde, y con todos los honores—como habría de suceder años después, en los tiempos precursores de la República—, salieron los cuatro cabecillas de la huelga, de la cárcel, con la investidura parlamentaria.

Esa información la guardé amorosamente varios años. Era la primera que había realizado. Y no por referencias, sino por visión directa. En el correr del tiempo he hecho muchas. Y he sabido de todos esos trucos y artimañas de que se vale el periodista para «salir del paso». Las informaciones que recoge uno solo y que copian los demás. La «rueda». El servicio, que no fallaba de Teléfonos. La llamada al compañero solícito. Pero entonces comenzaba. Me pudo tocar como a muchos, la tarea sen-

cilla, la mesa de redacción, las audiencias del Gobernador y del Alcalde, el Ministro tal o cual. Me correspondió algo más duro, más vivo y difícil. Acaso así me probé a mí mismo. Lo que si puedo asegurar es que, por muchos años que pasen, el episodio de la Cárcel Modelo no lo olvidaré nunca. Y que en cierto modo, me satisfizo iniciarme con algo que tenía dificultades. Porque ello me demostraba que «servía» para el oficio elegido. Y que no tenía razón en «El Universo» cuando le dijeron diplomáticamente a mi padre que no tenía todas las aptitudes que debía tener para ser un buen periodista.

De la Cárcel Modelo hablaré en otros pájales de estas Memorias. Me hubo de deparar la suerte, o la desventura, pisar aquella tétrica casa por circunstancias igualmente sensacionales. Y hacer allí mis informaciones. La cárcel desapareció. En ella había actuado mi padre, que, antes que funcionario del Senado, perteneció, poco tiempo, en su juventud al Cuerpo de Prisiones. El fundó, con los que ganaron la primera oposición a dicho Cuerpo, la celular de Madrid. El primer director, con el autor de mis días, fué don José Millán Astray, padre del glorioso general no hace mucho fallecido. Era médico de la prisión, en aquellas primeras etapas don José de Burgos, tío carnal del poeta y hermano del famoso sainetero autor de «Las mueres».

La Modelo ha sido escenario de grandes episodios de la vida política española. A ella hemos tenido que acudir más de una vez los informadores políticos. La vista del proceso seguido a los asesinos del exprés la ejecución, el Comité de dirección de la República. Y la matanza del 22 de agosto. Esta la supe desde la Embajada Argentina. Después, felizmente, la demolición. Estaban demasiado manchadas de sangre aquellas naves. El vestigio era excesivamente fatídico. Ya todo es historia. Pero de los recuerdos de la Cárcel de la Moncloa difícilmente será ninguno—el de nuestra Cruzada, como digo, no lo presencié—tan indeleble para permanecer en mi memoria como aquella jornada de la huelga de agosto.

# LA DESIGUAL CARRERA DE ELSA SCHIAPARELLI

Su primera vocación fué la literatura, luego la escultura, pero su gran triunfo lo obtuvo como creadora de modas

que está escribiendo al día Carmen Tessier, historiadora radiográfica del «Tout-Paris».

En Francia hay tres Elsas famosas: dos de carne y hueso y otra de humo, de niebla, personaje de ficción que flota por los cabarets de Kessel y por los muelles de Carco. Se llama «La Cavalière Elsa» y su padre es Mac Orlan, el famoso novelista de «La bandera». No hay lector francés de «entre guerras» que no haya leído ese libro, conservando de la lectura recuerdos sensitivos. De las otras dos del mismo nombre, una es la protagonista de este reportaje—madame

Elsa Schiaparelli—, y la otra es Elsa Triolet, la esposa del poeta comunista Aragón.

Esta última no es famosa precisamente por sus libros, que nunca han tenido gran éxito, a pesar de ganar un Premio Goncourt. Obtuvo la nombradía gracias al libro de poemas de su marido titulado «Los

ojos de Elsa».

«SCHIAP»

Este diminutivo, a la americana, es el que sirve a los amigos de madame Elsa para nombrarla. Claro está que, habiendo vivido largo tiempo en



En esta composición fotográfica aparece Elsa Schiaparelli y una de sus creaciones. También ella, como todos los poderosos del mundo, tuvo su «signo» al nacer. Dicen que tembló Roma

TODA la vida pública de la

Francia contemporánea tiene una aureola a lo Balzac. Parece como si se hubiesen parado las costumbres, los modos, los intereses, los amores, los ideales a la hora política de Luis Felipe. Y hasta existe una continuidad entre la inmensa obra del buen Honorato y esa otra «Comedia humana», en 27 tomos, que son los «Hombres de buena voluntad», firmados por el señor Jules Romains. Afinidad también en los modos de vida literaria, ya que si el padre de «Goriot» añadió aquel «de» a su apellido, dándole gusto a la sintaxis y al lustre nobiliario, lo mismo le ocurrió al «citoyen» Louis Farigoule cuando escogió su apellido solar, digno de un escritor de la Italia mussoliniana.

Van estas consideraciones en nombre de una sucinta noticia de la página de «potins» de «Les Nouvelles Littéraires». En el mentidero hebdomadario citan a madame Elsa Schiaparelli diciendo que «elle a déposé son bilan». Esta expresión jurídica francesa es un amable eufemismo para significar que uno ha hecho quiebra con todas las de la ley. Recuerda el «efe de livores» castellano, siempre con excelente curso, aun cuando el livor consista en un desgarramiento visceral por culpa del cianuro. Y eso de «deposer son bilan» (entregar el balance) recuerda a Balzac a sus usureros, a las cuentas impagadas de su imprenta, a la estadística que podría hacerse sobre el número de veces que utiliza la expresión en sus obras, tan cargadas de angustias superiores a las de los existencialistas de plantilla.

La noticia es de las gordas, merece el ancho comentario de quien la motiva. Cuando desaparece un nombre importante del «¿Quién es quién?» internacional, hay que apresurarse en la redacción de su ficha, porque los más lucidos fastos se olvidan y el lector se queda sin recuerdos para la vejez. Inútil decir que la mitad de los placeres intelectuales del hombre es este recordar el pasado con noticias, el peso de los datos en la memoria, araña de las más sutiles y lejanas asociaciones de ideas.

## LAS TRES ELSAS MAS FAMOSAS

Ante todo, un poco de Bottin, que es el Registro Civil de todos los individuos con profesión reconocida. Pero no del Bottin de las estaciones francesas, colección de tomazos a la disposición del público, sino del Bottin casi secreto, de ese



Dos de los últimos modelos lanzados por Madame Schiaparelli, uno en piqué y otro en organza, estampados, (Verano 1954)



Schiaparelli ha creado estas gafas con pestañas para proteger los ojos de los ardores del sol

América del Norte, la cosa no tiene mayor misterio. Todos los que han tenido alguna relación larga con las costumbres de los Estados Unidos acaban apropiándose sus modos, sus «hobby» y sus «tics». Así el periodista italiano Luigi Barzini, quien ha añadido el «junior» a su firma para que no le confundan con su padre, de idéntico nombre de pila y también periodista.

Elsa Schiaparelli nació en Roma, de padre italiano y de madre con muchas sangres mezcladas por los caños de las venas. Su bandera se pintaba con los colores de Escocia, de Italia y de Egipto. Elsa nace en el palazzo Corsini, propiedad de su padre, nombre señero en la aristocracia romana. Lleva el nombre de su criada porque, como sus padres esperaban un chico, no supieron escoger un nombre de niña, alucinados por la desilusión, que en aquellos tiempos—D'Annunzio en los corazones y estilo «liberty» en los decorados—se alimentaba de naderías. La gran modista confiesa que odia su nombre de pila con toda el alma. Y, sin embargo, yo creo que le va bien; tiene resonancias nórdicas, de muchacha sueca que sale adelante a fuerza de darles codazos a los hombres y de afirmar su manera de ser contra viento y marea.

El padre de Elsa era matemático, y de los «hinchas», de esos que condensan cuarenta años de vida en veinte tomos de líneas con patitas de mosca. La primera vocación de su hija fué la literatura, luego la escultura, pero eran vocaciones fugaces, titilantes, el «yo quiero ser almirante» del niño que juega en la bañera de casa con un velero de materia plástica. En realidad, ella siente dentro del corazón esa llamada para «hacer algo grande en la vida», pero no sabe concretarla todavía. Tiene una vaga disposición para el arte; le gustan los tonos de los hábitos cardenalicios; las aguas moradas de las sedas sagradas empiezan a inspirar a una de las futuras dictadoras de la moda.

#### UN BILLETE DE VEINTE DOLARES

Cuando quieren casarla con un ruso, se escapa de casa, refugiándose en Inglaterra. Allí encuentra a su marido, se casa y se marchan a Nueva York, donde nace su hija Gogo, al mismo tiempo que el matrimonio se deshace.

Aquí la tenemos en Nueva York y sin un céntimo, sin el apoyo de nadie, con una criatura pequeña en los brazos y con la necesidad absoluta de hacer algo y en seguida. Estas situaciones sirven para dos clases de personas: para los autores de folletines o de seriales cromísticos o para los seres que luego transforman de arriba a abajo la profesión a la que se dedican.

En uno de sus peores días—hueco el estómago, hueca la cabeza, hueco el corazón—encuentra un billete de veinte dólares por el suelo. Con ese dinero y otro poco que le prestan logra llegar a París, don-

de consigue el divorcio y la nacionalidad francesa.

En París, al principio, vive como puede, conoce la humillación de la buharda inhóspita, las comidas reducidas a su más mínima expresión, los recorridos de todas las agencias de colocación con su marido «Vuelva usted otro día».

En el mundo de la alta costura se manejan ya los grandes nombres de Poirier—el emperador de los modistas—, de Molyneux—inglés, a pesar de su nombre galo—, de Patou—el «non plus ultra» del refinamiento—y de mademoiselle Chanel. Corre el dinero y los modistas logran grandes fortunas. Además de poseer sus suntuosos salones de recepción, tienen un hotel en Neuilly, criados a montones, pinacotecas personales y el famoso «Hispano-Suiza», que entonces era lo que es hoy el «Pegaso». Hasta hay una novela fácil de Pierre Fromdale titulada «El hombre del Hispano».

#### DEL ASFALTO A UN PALACIO DE NOVENTA Y OCHO HABITACIONES

Elsa Schiaparelli trabaja para madame Agnés, modista de algún renombre entonces. Faenas de segunda o de tercera categoría. Gana algo para vivir, pero no puede transformar en realidad el gran movimiento sísmico que le anuncia el corazón.

Un día aparece en el taller de madame Agnés un norteamericano dedicado a la compra de modelos europeos exclusivos, que luego se reproducen al otro lado del Atlántico bajo la fórmula «standard», es decir, en serie. Se encapricha de unos jerseys creados por Elsa y le compra cuarenta modelos acompañados de sus correspondientes faldas.

#### ALTA COSTURA Y PERIODISMO

Todo el mundo le abre las puertas del éxito de par en par. Trae algo nuevo; una manera revolucionaria de ver los colores; un sentir con seis meses de anticipación los gustos de su clientela. Lanza las primeras blusas estampadas como pa-



Siete maniqués de Schiaparelli: Ella, Claire, Yolande, France, Françoise, Dexter y Victoire

riódicos, con un trozo de «sucosos» por el hombro y una declaración de guerra sobre el busto, cuando no cae la palabra «Relache» (descanso, suspensión de las funciones, refiriéndose a los teatros) a la altura del corazón.

Pero Schiaparelli no quiere parecerse a nadie. La mayoría de los modistas pasean largas horas por las salas de los museos, intentando poner al día los vestidos de las damas dieciochescas o las vaporosidades románticas de las heroínas de Musset, pero nuestra Elsa inventa las pieles rojas o azules o verdes, insiste con el color malva y con todos los matices de morado.

Gana dinero, pero no tanto como una de sus mayores rivales, mademoiselle Chanel.

«Schiap» vive bien, pero continúa fallándole algo en el corazón, aquel corazón que tembló por primera vez con un estertor de la Ciudad Eterna.

#### UN PERFUME EN UNA PIPA

¡Ya está! Elsa Schiaparelli, como tantos otros grandes modistas—Patou, Balenciaga, Lelong, Rochas, Nina Ricci—, se afreve con los perfumes, con el universo faústico de las esencias, de los títulos poéticos, de los frascos de formas extrañas, a veces inspirados en los dibujos de Leonor Fini.

La «originalísimas» da también en este campo muestras de sus facultades extraordinarias en cuanto a espíritu revolucionario. No le basta con la modificación de los gustos de las mujeres francesas—que pasan a veces del «Origan» de Coty a su «Zut», es decir, cambian un Velázquez por un Miró—; quiere también que la presentación sea algo «strombolítica», y un día amanece París con la sorpresa de ver en los escaparates del número 21 de Place Vendôme los más insoñables frascos de perfumes acompañados de nombres exóticos, con clor a grandes expresos de lujo, a «confort» anglosajón, a picardía internacional con ángel.

Uno de esos perfumes—creo que se trata de «Shocking»—estaba contenido dentro de una pipa de cristal, y ésta, a su vez, reposaba sobre el fondo almohadillado de un escritorio de gran lujo. Era el tipo de perfume ideal para regalárselo a una lectora de Huxley.

Otro perfume famoso se titulaba «Zut», interjección francesa que equivale a buen número de expresiones españolas que sirven para indicar el desprecio, la indignación, la indiferencia, todo ello dentro de un muestrario de matices que empieza en el desabrimiento y acaba en el taco. Perfume que cuando se acerca al apéndice nasal nos parece violento, áspero, pero luego se torna suave, misterioso, insinuante, con un lejos de delicias.

#### EL DIARIO MUERE AL MEDIODÍA

La frase del margen es uno de los cánones del periodismo, una advertencia a los articulistas pesadotes que tratan un tema liviano con la intemadada profundidad de un pozo de ciencia.

Elsa Schiaparelli la hizo suya aplicándola a la alta costura. Uno de los mayores tormentos de su vida ha sido ese de la provisionalidad de las creaciones, del «bel morir» de los vestidos, de la sombra ajada sobre los colores «de los que hablará todo París».

Citemos una de sus confidencias: «Un fabricante de automóviles dibuja un modelo valdero para largos años, cambiando sólo los accesorios secundarios o la forma del «capot» cada invierno; pero un modelo de vestido de la antepenúltima moda está tan atrasado como un periódico de la víspera.»

La lucha por lo nuevo, por lo nunca visto, por marcar con un sello personal el atuendo de millones de mujeres es algo feroz que recuerda los combates a los que se dedican las grandes compañías norteamericanas de ferrocarriles, los Young contra los Vanderbilt, por ejemplo. Un modista tiene que estar en todo, saber de todo, atreverse con todo.

Elsa Schiaparelli suele decir que le encantan las visitas del duque de Windsor, pero que la ponen nerviosa sus continuas modificaciones del escarpate, dictadas siempre por un gusto exquisito, pero dictadas también por una ausencia total de sentido comercial.

#### CUANTO COSTABA UN VESTIDO DE ELSA SCHIAPARELLI

Veamos ahora cuánto costaba el tipo medio de vestido de la gran modista. Los datos son de hace

cuatro años, ya que si fueran más recientes caerían directamente dentro del pecado de indiscreción.

Tejido (más 10 por 100 de gastos de almancenaje) ... .. .	18.797,00
Mano de obra e impuestos ... .. .	15.445,65
Gastos de fabricación ... .. .	1.544,55
Amortización ... .. .	3.578,70
Gastos generales, comisiones, beneficios.	45.000,00
Impuesto sobre la producción (12,5 por ciento) ... .. .	12.500,00
Impuesto sobre las operaciones comerciales (1 por 100) ... .. .	1.000,00
Impuesto local (1,5 por 100) ... .. .	1.500,00

Total francos ... .. . 99.365,90

Insistimos sobre el hecho de que estamos hablando de un tipo medio de vestido y no de las grandes creaciones para recepciones, coctails, bodas de rumbo, etc.

Ya sé que esta cifra parece enorme, fabulosa, sobre todo la que aparece bajo el epígrafe «Beneficios», pero hay que tener en cuenta que se trata de un modelo exclusivo, que su creadora ha gastado horas y más horas de buen gusto, de sentido artístico, de inteligencia, para lograrle y, sobre todo, que existen muchos trabajadores de la llamada clase intelectual a los que se les reconoce beneficios mucho mayores.

Compárese la lista anterior con los datos que doy a continuación. En Francia, un novelista como Simonin, que no es un gran escritor, sino sencillamente un especialista del argot o caló con mucha imaginación y un olfato terrible para el negocio, gana cuanto sigue.

Téngase en cuenta que, además de los beneficios que indico, su novela ha gozado de una adaptación cinematográfica (medio millón-un millón de derechos de autor) y que, por otro lado, los impuestos de un hombre de letras no pueden ser comparados a los de una industria de lujo.

Albert Simonin: «Ne touchez pas au grisbi» («No toques la pasta o la manteca», en... español); editor, Gallimard-Colec; «La série noire». Precio del volumen, 220 francos.

100.000 ejemplares, a 220 francos ... .. 22.000.000

Derechos de autor (10 por 100) ... .. 2.200.000

... Y se puede publicar una de esas novelas cada tres meses (¡el ritmo de los «Episodios Nacionales», del pobre don Benito Pérez Galdós!).

Y si pasamos a considerar los beneficios de los pintores franceses de renombre, los datos entresacados siguen dándonos la razón. Una acuarela de Dunoyer, de Segenzac o de Utrillo valen 100.000 francos; unos dibujos de Brianchon o unas «manchas» de Dufy, el doble.

#### EL MAL MOMENTO DE LA ALTA COSTURA

Este mal momento de la alta costura francesa es consecuencia de la euforia de los años posbélicos. Ahora es cuando se habla de ella con mayor intensidad por culpa de un «caso» como el presente, pero lo cierto es que dura desde hace tiempo. Se defienden los modistas con «boutique», donde venden modelos de serie, llamados de «medio lujo», pero hay muchos grandes creadores con el agua al cuello.

Mademoiselle Chanel intentó saltar otra vez sobre el escenario con luces guñosas de la moda deslumbrante, pero todos los cronistas estaban conformes en reconocer que se le había parado hace bastantes años la rosa de los vientos artísticos.

¡Mademoiselle Chanel! Tan famosa como un Valéry o un Gide, representando a Francia en el mundo entero con la misma importancia que un jefe de Estado... y entregándole al invertido de Maurice Sachs más de 60.000 para que le modernizara un poco el «fondo» de su biblioteca, para que se la pusiera bien llena de todo lo que contaba en aquel momento en la república de las letras.

Y si el «dictador» se defiende, si Christian Dior moviliza todos los malos humores de las lectoras del «Daily Mirror» en un santiamén con aquello de las faldas a la altura de las «girls» de Anita Loos, es porque detrás de él está monsieur Bous-sac, acaso el primer contribuyente de Francia; monsieur Boussac, de los tejidos con «garantía total»; monsieur Boussac, de «L'Aurore» y de los caballos de carreras...

Antonio VIGLIONE

Vista general de la barriada «Canero», construída por «La Sagrada Familia» en Córdoba

# UNA GRAN OBRA CORDOBESA

4.000 viviendas entregadas, y la gran obra constructora continúa

*La llamada crisis de la vivienda. La escasez de habitación digna no es solamente una cuestión de nuestro país, sino que ese problema de nuestro tiempo es bastante general en el mundo. La fuerte preocupación social de la España de nuestros días ha buscado soluciones acertadas a la escasez de casas y a la asequibilidad de los alquileres.*

*Y entre las muchas fórmulas logradas está la del obispado de Córdoba con la constructora benéfica que ha sabido crear con el nombre de «La Sagrada Familia» y que ofrece, si no un acceso a la propiedad, por lo menos las posibilidades de una vivienda confortable y digna a renta muy baja y al alcance de todas las pequeñas fortunas del mundo del trabajo. El ejemplo cordobés, del que nos ocupamos hoy, es algo que Su Excelencia el Jefe del Estado calificó en su día en forma muy elogiosa.*

## La Asociación Benéfica «La Sagrada Familia», creada por el obispo

La Asociación Benéfica «La Sagrada Familia» es una obra social tan reciente que toda su historia es todavía actualidad. Una obra gigantesca que ha sido calificada de «compañía inmobiliaria de los económicamente débiles», pero que si es una gran constructora de viviendas de familia no tiene enteramente ahí su verdadera finalidad, pues mucho más alto que la construcción de casas, aunque sea tan al por mayor y a la carrera como ha sabido hacerlo esa Asociación cordobesa, es el crear hogares cristianos bien cementados y dignos en lo material, para que un buen espíritu de familia viva protegido a cal y canto.

El domingo 9 de junio de 1946 hacía su entrada en la ciudad de Córdoba el nuevo obispo de la diócesis fray Albino González Menéndez-Reigada, de la Orden Dominicana de Predicadores. Un

obispo blanco, «albino» de nombre y de hábito, para la gran explanada del llano cordobés, y un obispo blanco para la Sierra Morena, la serranía que mira, desde lejos, a la gran ciudad bronceada de recuerdos moriscos junto al orgullo de su mezquita catedralicia.

Quizá el alma un tanto morisca de Córdoba deseaba, desde mucho tiempo, que en el trono de la catedral-mezquita, rodeado de centenares de arcos de herradura, pincelados de rojo, se sentara un obispo que, al menos en el hábito que no hace el monje, tuviera un aspecto califal.

Pero fray Albino, lejos de recrearse en ese atavismo o salto atrás del sentimiento, a las pocas horas de su entrada en Córdoba comenzaba ya a ocuparse, sobre la más viva actualidad, de la resolución y avance hacia el futuro.

### CASAS DE UNA PLANTA Y PARA UNA SOLA FAMILIA

De la inmediata visita a los suburbios, de aquel entrar el obispo en las casas más pobres y hasta en las barracas, los chozos y las cuevas, nacería la idea de la constructora de viviendas Asociación Benéfica «La Sagrada Familia».

«Córdoba necesita diez mil viviendas nuevas —comenzó a repetir el obispo fray Albino—, porque del hacinamiento de las personas se siguen consecuencias fatales, tanto en el orden moral como en el social y psicológico, así como en el orden puramente fisiológico y sanitario.»

Fray Albino cuenta que la preocupación por la vivienda familiar llegó a quitarle el sueño, y que de ese insomnio nació la Asociación Benéfica «La Sagrada Familia», que hoy, a los siete



Perspectiva de la barriada «Fray Albino»

años de su primera piedra, constituye una de las más gigantescas obras sociales de las muchas de que España puede enorgullecerse.

Tanto es así que de varios lugares de nuestro país han ido a Córdoba especialistas sociales que quisieron conocer de cerca esa magnífica realización que ha desdoblado casi el casco histórico de la ciudad, extendiéndola en grandes barriadas de viviendas protegidas de una sola planta y para una sola familia. Porque aquí se dice que la vivienda en bloque y colmena «no es más que una forma atenuada de hacinamiento».

Los factores que decidieron la edificación en una sola planta son de tipo espiritual, pero existen también consideraciones de carácter climatológico, de respeto al individualismo y hasta de economía, ya que se trataba de ahorrar vigas de hierro, que influyeron en que las viviendas sean de tipo unifamiliar y en que tengan todas ellas un patio, por el cual —según el obispo de Córdoba— «los trabajadores darían media casa». Un patio en el que cultivar flores y hortalizas junto al pequeño surtidor.

#### COMO ESTA EL PATIO Y SU IMPORTANCIA SOCIAL

Un patio que ponga el sol trace de la casa y el frescor de la noche para quien, en el riguroso verano cordobés, quiera dormir a la serena. Un lugar para los hombres, las gallinas, los conejos. Una zona verde a domicilio para que entre las flores, que en Andalucía nacen solas porque por algo es ésta la tierra de María Santísima, se crien y canten los canarios.

El patio en la vivienda unifamiliar retiene a los beneficiarios en su casa, apartando a los trabajadores de la taberna, ya que les ocupa en adornos y chapuzas. En cambio —según la opinión de los directivos de «La Sagrada Familia»—, la vivienda en bloque despersonaliza al individuo, que en vez de «Fulano de Tal», se convierte en el del quinto derecha». El bloque —dicen aquí— masifica al individuo y diluye a la familia en una colectividad de convivencia en la que hay que tolerar ruidos y molestias. El hombre siente en el bloque un impulso a destacar fuera de casa su personalidad, que se manifiesta en un deseo de salir a la calle.

Esas consideraciones de principio eran necesarias para conocer el espíritu de lo que aquí se ha hecho en una solución tan vital como es la de construir viviendas protegidas. Una vez quedaron fijos esos puntos fundamentales

dentro de la Comisión ejecutiva de «La Sagrada Familia» comenzó aquel llamar a las puertas de la generosidad cordobesa, en el que intervino personalmente el obispo fray Albino.

Con un escogido equipo de colaboradores, «La Sagrada Familia» quedó constituida legalmente el 5 de febrero de 1947, a los nueve meses de haber tomado posesión fray Albino de la mitra cordobesa.

#### CUANDO EL CAMPO DE LA VERDAD NO ERA COMO AHORA

La flamante entidad fue lanzada a una campaña de propaganda de Prensa y radio, en la que pregonaba su propósito de construir ocho mil viviendas para obreros, artesanos y empleados modestos. Aquellos eran años de sequía en el campo cordobés y de paro estacional, por lo que la empresa de construcción de gran número de viviendas suponía un gran alivio al paro obrero, que afectaba también a la ciudad de Córdoba. Ocho mil casas parecieron entonces una cifra fabulosa nacida más de la imaginación y la buena voluntad que de un meditado espíritu realista. Fué considerado aquél un programa quimérico e irrealizable. Ocho mil casas no las tienen muchos pueblos de la provincia cordobesa y aquello de que el obispo iba a sacarse un núcleo urbano de la manga hizo sonreír a muchos y hasta fué motivo de chistes más o menos graciosos.

A las primeras llamadas de ayuda respondió el Ministro de Trabajo con un donativo de 483.630 pesetas, mientras la Dirección General de Ganadería cedía en venta, por una cantidad insignificante, los terrenos que en el llamado Campo de la Verdad fueron, en tiempos, descansadero y ruta de ganados trashumantes.

Como un símbolo, aquel extenso Campo de la Verdad iba a ser el gran solar de las ilusiones de «La Sagrada Familia», mientras el Ayuntamiento cordobés cedía también por su parte terrenos comunales, y el rejoneador don Antonio Cañero regalaba 50.000 metros cuadrados de su finca «La Viñuela» para la edificación de nuevas barriadas de casas al otro lado de la ciudad, en la carretera de Madrid.

#### AQUELLA CORRIDA DE TOROS QUE PROMETIO MANOLETE

Para obtener más fondos se organizaron festivales benéficos, funciones líricas y corridas de toros. Manolete prometió torear en una corrida a beneficio de la Asociación Benéfica «La Sagrada Familia», en que hasta los toros

iban a ser regalados por los ganaderos. Pero el gran torero cordobés no pudo cumplir su promesa, al morir poco antes de la fecha acordada para la fiesta. La corrida fué celebrada y la generosidad popular intentó ponerse a la altura de la ayuda que Manolete quería dar a la constructora cordobesa de viviendas.

También para procurarse fondos iniciales fué sorteado un chalet en combinación con la Lotería de Navidad; se recogieron más donativos y fueron otorgados importantes préstamos sin interés, hasta el punto de que la Ciudad de Córdoba contribuyó, por diversos conceptos, en dos millones de pesetas en una obra que, en estos momentos, ha aumentado el capital de la ciudad en más de doscientos millones de pesetas.

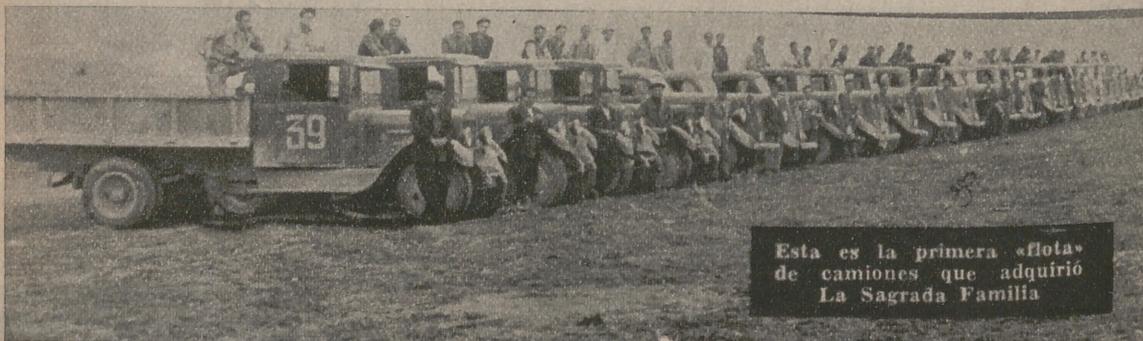
Así nació esa obra gigantesca que puede admirarse hoy en ese Campo de la Verdad por el que hemos andado bajo la canícula, pero sin que ello nos pesara, porque todo queda compensado con creces por la contemplación de una muestra tan grande de lo que es capaz de hacer la voluntad humana de un obispo excepcional. Son más de 20.000 los beneficiarios de las viviendas hasta ahora construidas y entregadas en esa gran extensión de casas, y en ellas se manifiesta la alegría de vivir de unas familias que antes habitaban refugios impropios de la antigua y confortable cultura cordobesa.

Largas calles de arbolado y pequeños jardines llevan a los distintos parajes risueños de la barriada «Fray Albino» por todo ese gran Campo de la Verdad lleno de vida, al atravesar el cual se oye la música de centenares de aparatos de radio, mientras las puertas abiertas ofrecen el alegre espectáculo del buen gusto familiar que arregla por dentro las viviendas a su capricho, con muebles modernos adquiridos quizá a crédito o a plazos, pero que ya anticipan una felicidad hogareña que ha llegado a 4.000 familias.

#### PRIMERO, EL PAN

La vida comercial ha surgido por todas partes en el Campo de la Verdad, que cuenta con toda clase de tiendas y servicios públicos. Allí se ha establecido una oficina de Correos y Telégrafos, una central telefónica, librerías, farmacias, estancos, un mercado, economatos, un casino, el cine Séneca, bares y toda clase de tiendas.

Es curioso, pero aun la Asociación Benéfica «La Sagrada Familia», que ha gastado ya en edificaciones de inmuebles más de 200 millones de pesetas; esa Asociación que creó un obispo todavía no ha construido una



Esta es la primera «flota» de camiones que adquirió La Sagrada Familia

buena iglesia parroquial. He ahí un motivo de escándalo. «La Sagrada Familia», que tiene 63 camiones, que cuenta con modernísimos hornos elípticos para cocer ladrillos, que ha montado serrerías y carpinterías mecánicas, una fábrica de objetos de cemento; que construyó en estos lugares un estadio deportivo rodeado de torres metálicas que sostienen potentes reflectores; que tiene talleres propios de automovilismo; que se preocupó en organizar varios equipos de fútbol, estudiantinas, orfeones y orquestas de punto y púa; esa «Sagrada Familia» que ha montado la panificadora mecánica más grande de toda Andalucía, con muchas centrales distribuidoras de pan..., no edificó aún una iglesia parroquial, quizá empeñada en que antes debe ser en el necesitado el pan.

#### ORGANIZACION INDUSTRIAL DEL CICLO COMPLETO

Una perfecta organización industrial que ha buscado para la constructora benéfica el ciclo completo ha hecho posible esa realización grandiosa con un buen ahorro de gastos. La carpintería de la entidad construye al año 5.000 ventanas y 3.500 puertas. La fábrica de cerámica lanza anualmente nueve millones de piezas, mientras las canteras propias producen materiales por un peso anual de 1.320.000 kilogramos, y la fábrica de cemento da anualmente 584.000 piezas de las que se necesitan en la construcción de las viviendas. E igual podemos decir de la gran herrería y la cerrajería, que lo mismo pueden reparar un pico que necesitan los canteros que hacer la más artística reja; esos talleres que, una vez concluida su jornada laboral, se convierten en escuelas profesionales para los aprendices.

Toda esa organización industrial del ciclo completo o de la autarquía de la constructora benéfica de viviendas la hemos visto sobre el mismo terreno, sobre los gigantescos hornos elípticos que cuecen millares de ladrillos a la vez, pasando nosotros del sofocante calor de las llamas, que se unen al sofocante de estos días, al aire frío de los ventiladores mecánicos de los secaderos. Además de esos hornos hemos visto los de la panificadora mecánica, que funcionan a «fuel oil» y a leña. Las máquinas batidoras y refinadoras de la masa, la cadena sin fin de unos procedimientos enteramente mecánicos que abaratan el producto de algo tan necesario que la misma frase de que «no solo de pan vive el hombre» nos indica la importancia que tiene ese alimento básico en la Humanidad.

Y así como las ciudades, que son las principales, todas las demás industrias de esa obra que, con el pretexto de la construcción de viviendas, lo que ha hecho también es contribuir a la industrialización cordobesa, creando fuentes de riqueza permanentes.

#### LA CADENA DE LA FORMACION PROFESIONAL

Son industrias que, terminada la jornada de trabajo, sirven to-



La fiesta del árbol en la barriada «Fray Albino»



Las calles de las nuevas barriadas se pueblan de niños

das ellas de centros de formación profesional para los aprendices. O sea, que nada se desperdicia en ese ciclo completo, que logra la autosuficiencia de la gran Empresa, da trabajo a muchos centenares de obreros y sirve de cadena de centros de formación profesional.

Hasta un periódico semanal se edita en esa gigantesca barriada, que se gobierna sin alcalde y se guarda con un par de municipales, casi innecesarios. Barriada gigantesca de puertas abiertas en la que hasta una simple cortina puede servir de puerta de seguridad. Ni un hurto, ni una nota discordante, sino absoluto respeto al arbolado, a los jardines de fachada y a la pequeña propiedad familiar, cuyo respeto garantiza la armonía de ese gran conjunto de disfrute colectivo.

La calle principal se llama de Pío XII, y de allí parte una línea de autobuses hasta el centro de Córdoba; una línea de autobuses que también depende de la Empresa benéfica, que ahora explota e incrementa todo el servicio de transportes de la ciudad. Y como se necesitan conductores, ahí está la Escuela de Automovilismo de los 40 camiones Studebaker, casi todos de tipo basculante; los 19 camiones tipo 3 HC, adquiridos por subasta, y los cuatro camiones cubas o cisternas que llevan agua a las distintas

obras de construcción. Son automóviles que llevan al lado de la cabina unos grandes números amarillos. Cuando uno de esos coches tiene un percance o avería es llevado al gran taller mecánico, que calificaríamos de modelo si no lo fueran todas las obras de «La Sagrada Familia». Y allí, entre tornos, taladros, esmeriladoras, soldadoras eléctricas, está un «gato» de 100.000 kilogramos, un «gato» gigante. En esos talleres lo mismo se puede ir a reparar un pinchazo que a carrozar completamente un camión. Y añadamos que el almacén de repuestos es el más grande de toda Andalucía.

#### ESPECIALIZACION POR PATRONATOS Y SERVICIOS

Hay que decir que la potencia industrial y económica de «La Sagrada Familia» procura no hacer una competencia desleal a las demás Empresas, sino que sirve a sus propios fines de abaratamiento de productos y portes, así como a los de formación profesional y técnica.

«La Sagrada Familia» se completa con una serie de Patronatos auxiliares: el de San Eulogio, de carácter social, profesional y de gobierno y administración; el de la Fuensanta, que tiene un carácter asistencial; el de San Alberto Magno, de carácter edu-

## AVANZADA DE LA «OBRA SOCIAL CORDOBESA DE HUERTOS FAMILIARES»

A la obra gigantesca de «La Sagrada Familia» hay que añadir la acertadísima gestión de lo que se llama la «Obra Social Cordobesa de Huertos Familiares», emprendida y realizada felizmente por el Gobierno Civil de esta provincia.

Esos huertos familiares han sido parcelados en Hinojosa del Duque, Granjuela, Villanueva del Rey, Montoro, Pedro Abad, El Carpio, Villafranca de Córdoba, Guadalcázar, Montemayor, Nueva Carteya, Cabra, Puente Genil y Adamuz, delimitados unos y entregados ya los más.

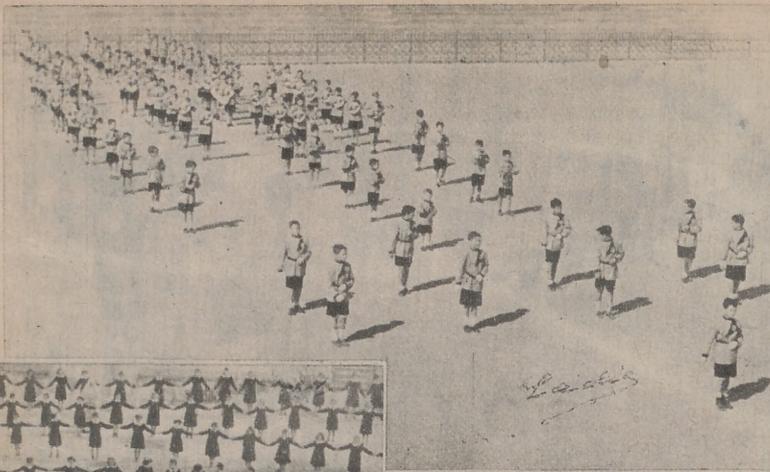
El Patronato, que cuida de la «Obra Social Cordobesa de Huertos familiares», calcula que hasta ahora han producido esos huertos a la renta nacional bienes por valor de más de 22 millones de pesetas, y que los ingresos de quienes los cultivan a horas extraordinarias se han incrementado en más de un 20 por 100.

Y, por otra parte, está la gigantesca Universidad Laboral que se edifica en las cercanías de Córdoba y que casi va a unir el pueblo de Alcolea con la capital, con el mejor «puente de Alcolea» que puede ser reconstruido, el de los pabellones modernos de la alta enseñanza profesional y técnica.

Como puede verse, la acción de la Iglesia, el creer; la del Estado, el poder, y la institución universitaria, el saber, se conjugan en el avance social que hace que Córdoba no viva solamente de sus recuerdos históricos y que, con todo el respeto que su gloriosa Historia merece, no sea ésta un lastre ni una impedimento a su avance en la vida moderna.

Si falta hoy, al lado de Córdoba, la ciudad mora de Medina Azahara, al lado de Córdoba se ha levantado una población nueva de viviendas blancas para que continúe el destino civilizador de esa gran ciudad adelantada. Un destino civilizador que Córdoba cumple por el amor. Y la paz.

F. COSTA TORRO  
(Enviado especial.)



La rondalla infantil de «La Sagrada Familia»

a través de la vivienda, se pueden formar hogares cristianos, dando además la satisfacción al hambre y sed de justicia que tantos años ya veníamos anhelando. En esta realidad social se han servido de manera exquisita nuestros propósitos de orden social y de justicia.» Mientras felicitaba al Generalísimo al obispo de Córdoba y a los cordobeses por tener tan gran pastor.

### UNA GRAN INVERSION DEL ESTADO PARA LOS TRABAJADORES

Ahora, como hemos dicho, están entregadas 4.000 viviendas mientras continúa el gigantesco plan de construcciones en el que está previsto llegar en fecha bastante próxima a la cifra de 10.000 viviendas, en la que se ha empleado a sí misma la Asociación Benéfica «La Sagrada Familia».

La distribución del presupuesto de esta obra gigantesca se desglosa en los siguientes porcentajes: 10 por 100 en valor de los terrenos; un 30 por 100 de aportación en metálico por la entidad constructora; un 20 por 100 de prima a fondo perdido con que contribuye el Ministerio de Trabajo y un anticipo de 40 por 100 sin interés, que concede el mismo Ministerio de Trabajo con cargo a la lucha contra el paro.

Respecto al 30 por 100 que tenía que poner la institución constructora, ésta fué cubierto de la manera siguiente: 1) Por una subvención del Ministerio de Trabajo por valor de medio millón de pesetas, con cargo a los fondos de la Lucha contra el Paro. 2) Por donativos de los cordobeses por un total de 1.066.825 pesetas. 3) Por préstamos sin interés hechos por particulares por un total de 447.000 pesetas. 4) Por sorteo de un chalet y una corrida de toros benéfica, 537.107 pesetas, y 5) Por otra subvención del Ministerio de Trabajo de medio millón de pesetas con cargo a la Lucha contra el Paro.

El resto, hasta los diez millones y pico de pesetas que tenía que adelantar la Empresa constructora, se cubrió con un empréstito solicitado del Instituto de Crédito para la Reconstrucción Nacional mediante la garantía de primera hipoteca al 4 por 100 de interés anual.



Niñas de uno de los grupos escolares en un juego gimnástico

cativo (cinematografía, deportes, enseñanza primaria, bibliotecas...) y como obra aparte podemos citar la del «Hogar de Nazaret», que recoge a vagabundos y mendigos para enseñarles a fabricar escobas, escobones y sopillos, por cuya confección les paga un sueldo a destajo.

Para completar la formación profesional en aquellas oficios y profesiones que no se incluyen en las realizaciones de industrias que tiene la constructora benéfica se hacen ahora una serie de locales que serán destinados a pequeñas industrias domésticas y artesanías. Por esos locales no será pagado ningún alquiler o renta a cambio de que sus beneficiarios enseñen a un determinado número de aprendices.

El 29 de abril de 1953 Su Excelencia el Jefe del Estado entregaba a sus beneficiarios 1.500 viviendas construidas por «La Sagrada Familia» y en aquella ocasión el Generalísimo pronunció un discurso, muy elogioso, en el que de la constructora benéfica cordobesa dijo lo siguiente: «La obra de «La Sagrada Familia» encierra en sí lo que quisiéramos que hubiera en todos los pueblos y en todas las capitales españolas. El mejor símbolo del hogar cristiano, la demostración de cómo,

El número 29 de

## POESIA ESPAÑOLA

publica originales de ADRIANO DEL VALLE ALEJANDRO BUSUIOCANU, RAMON DE GARCIASOL, MANUEL ALONSO ALCALDE, PEDRO CABA, ALFONSO CANALES, PABLO CABAÑAS, JUSTO PEREZ CORRAL JOSE MARIA NAVE ROS, CARLOS DE LA RICA, JUAN EMILIO ARAGONES, JESUS LOPEZ PACHECO, MANUEL MOLINA, JOSE MARIA SOUVIRON y SALVADOR PEREZ VALIENTE. Adquiera antes que se agote

## POESIA ESPAÑOLA

Precio del ejemplar:  
DIEZ PESETAS

Administración: Pinar, 5  
MADRID

# MENSAJE A LOS POETAS, DE CARA AL VERANO

Por José GARCIA NIETO

ES bueno dirigirse a vosotros, amigos míos, de vez en cuando. Bueno y frecuente. Pero lo que ya no es tan del día es que hablemos de puertas adentro, entre nosotros, y, aunque para todos, como si nadie nos oyera. Yo, sin autoridad alguna, pero con todo el fervor de que soy capaz, voy a hacerlo ahora, y precisamente ahora, cuando a la gente se la incita ya a pocas cosas, cuando las muelles visperas del verano convocan al mundo al descanso. Es la fecha elegida por vosotros en España hace ya unos años para reuniros a dialogar y a poner un poco en claro vuestras preocupaciones. A nadie podía extrañar esto. Habéis hecho siempre de la holganza piedra de escándalo para los demás; bien está que en los días en que todos descansan una vez más empiece vuestra atención. No se perdona fácilmente a quien tiene sus tierras de labor emplazadas en las provincias del ocio; pero es privilegio o castigo con el que venís marcados desde el principio de los tiempos y no debéis renunciar a él de ningún modo.

Os va a reunir de nuevo un Congreso de Poesía, de nuevo en una ciudad española os vais a encontrar los que tenéis el canto por oficio, la búsqueda de la palabra poética por difícil misión secular. Y vuestros problemas—¡oh, generosísimo menester el vuestro!—no van a afectar para nada a gremios o a entidades, a grupos sociales vecinos ni a zonas económicas de fricción. Vais a hablar una vez más desnudos y en nombre de la desnudez, una vez más sin beneficio, pero sí con el oficio llevado en la altura de la mejor ejecutoria. No vais a pedir nada y vais a exigirlos; pero ni el no pedir va a aumentar vuestra gloria, ni el dejar pasar la ocasión sin el fruto de una conquista se os va a perdonar ni os lo vais a perdonar vosotros mismos.

Vais a pasar de nuevo entre las gentes, haciendo grupo ahora—vosotros, tan solitarios, tan de uno en uno siempre—y vais a oír la frase milenaria, repetida a través de los tiempos con las mismas palabras, y, sin embargo, con la infinidad de músicas que pone la diferente intención, apoyada en la escala que va desde la indiferencia hasta la admiración, por donde puede decir el sarcasmo, y el desprecio, y el papanatismo, y la ignorancia, y hasta la tristeza del que un día ha sido entre vosotros y ahora se ve fuera y sin remedio. «Si, son los poetas», oiréis bajo cualquiera de las entonaciones. Es el momento después de que os quedéis solos en vuestra soledad en compañía, que dijo el bueno de Campoamor y que midáis con el más riguroso de los patrones el alcance de vuestra postura de excepción.

Estáis solos como nunca, habláis para menos gentes que nunca, se os han ido, en general, los oyentes de poesía, como se va quedando sin hierba un campo pisado y sin cultivo donde la pisada insiste sobre la pisada y la arena endurecida se opone ya a cualquier nuevo brote. Aquí también los que se alejan insisten sobre los alejados, y, poco a poco, vuestra voz va sonando en el vacío, en ese vacío que sólo pobláis vosotros escuchándonos unos a otros. Creen las gentes que no les sois necesarios, que no clamáis desde sus deseos, que no «les expresáis», como pedía Laín Entralgo a los poetas del primer Congreso.

Es irreparable, de momento, esta soledad; pero tampoco debéis hacer gala de ella. Nada humano os es ajeno, y hombres sois como los demás hombres. Se podría decir que en todo menos en la palabra. Y esto os tiene que doler casi como un castigo. Al pie de una Babel de enloquecidos constructores se creen los hombres cuando se acercan a vuestra poesía. Los mejor dispuestos insistirán dos o tres veces en sus preguntas, y al no ser contestados se alejarán y acaso para siempre.

Pero yo no os voy a pedir que cambie vuestra herramienta, sólo pido que la repaséis con cuidado y entre vosotros mismos, que la contrastéis unos con otros ahora que una vez más vais a encontraros, que al calor de un hogar donde no debe arder la hojarasca de la vanidad, ni el incienso del mutuo elogio, ni la olla del caldo común donde la escudilla que nada saque se asista de la de

al lado, que a ese fuego, os digo, os digáis crudamente vuestras verdades. Tenéis una misión y habéis de cumplirla. No se os puede pedir más. «El que sepa cantar salmos, que cante», dijo San Pablo. ¿Sabéis vosotros que sabéis?

Después de contestada esta pregunta no os vanagloriéis si la respuesta es afirmativa y volveos sencillos y sinceros como nunca, que esto puede ser el camino de que os salvéis y salvéis a los demás, de que los alejados vuelvan a vuestro verso, de que la fuerza de vuestra insobornable verdad atraiga a los remisos, llegue con su evidencia hasta los más distantes, aplaque con su acaso oscura, pero poderosa razón a los detractores. Dejad la palabra de vuestra mano, no la retengáis demasiado para que se sepa vuestra. No se puede retener el trapezio sin peligro de muerte; ya lleva vuestro impulso y vuestro golpe de hombre para mover el aire y trasladarse en el tiempo. «El que quiera salvar su vida la perderá.» Perderá su obra el que quiera salvarla, y hay mucho de esta preocupación en los poetas actuales. Son cuidadores de nombres más que de versos, cultivadores de pedestales más que de poemas. Dicen no para ellos ni para los hombres, sino especialmente para aquellos hombres que puedan decir de ellos. Esto lastra la poesía, la uniforma y la dirige estrechamente. El maestro provoca su manera en el alumno. El alumno cree que sirviéndole y espejándole conseguirá del maestro la frase de elogio que lo sitúe y destaque entre los demás. Y así, unos y otros; pocos, muy pocos, en suma, como hemos dicho, se hablan entre sí, más para decir: «Soy yo, ¿me conoces?» que para proclamar esa palabra sola, desnuda y dada a luz de un golpe que puede vivir sobre el tiempo, fuera y libre de su creador.

No debéis cambiar por nada vuestra libertad y vuestra independencia. No me he pasado al enemigo en las líneas anteriores. Ni siquiera se os puede exigir en nombre de la claridad; en nombre de la verdad, sí. Cuando estas dos palabras coincidan os salvaréis vosotros y os salvaréis además entre los hombres, lo que ahora parece tan difícil. Sois los adelantados, y tampoco se puede pedir mucha compañía en vuestro destacado puesto de «escuchas». Abrid el camino sin miedo, que ya os adelantarán, que ya pisarán por lo desbrozado; pero no os enmarañéis en lo selvático, no giréis sobre la propia confusión. Abrid, cortad, proclamad entre soledad y firmeza. Sí, y con la mayor libertad del mundo, pero salvando también para la poesía sus mayores libertades. La poesía por la poesía es algo mucho más entero y verdadero que aquello del arte por el arte. Acaso os están dirigiendo hacia demasiados sitios. Y vuestra determinación es vuestra. Vuestra y de vuestra poesía. Hablad entre vosotros de esto. Que hablen de política los políticos y de sociología los sociólogos. Vosotros os vais a encontrar de nuevo y podéis de puertas adentro, decíamos, poner en claro muchas cosas. Tenéis la mejor palabra en vuestros labios y los oídos más preparados para escuchar. Dad, por lo menos, a los hombres que no entiendan la seguridad de que vuestra verdad, que un día será la de ellos, permanece viva e inmaculada. Conjuráros secretamente por la más hermosa de las campañas; la de partir hacia una guerra donde al que combate no le es dado ver el triunfo. Y poneros todos de acuerdo para que con una voz o con otra, con el trueno o con el susurro, la antorcha de la poesía—esa antorcha de que ha hablado Juan Ramón Jiménez—pase de vuestra mano a la de los poetas que vengan sin desánimo y sin interrupción. Deciroslo ahora, cara al verano, cuando los demás van a descansar.

# FIN DE CURSO NORTEAMERICANO

Al estudiante se lo dan todo preparado, prefabricado y hasta preparado. Los exámenes en sí no ofrecen la emoción de los nuestros. El Código del Honor Escolar "chivato" dignificado. Café, cigarrillos y prisas. Noches en vela. El estudiante ideal. ¿Qué es una "fraternity"? Profesores y alumnos. Los fines de semana. A divertirse, que no se quiera.

(Impresiones de una estudiante española en los Estados Unidos)

MUCHO café, muchos cigarrillos y muchas prisas.

Estas parecen ser a primera vista las principales características del fin de curso en un «college» americano. En ello está contenida la emoción de las semanas de exámenes, cuando las clases ya finalizaron y sólo le queda a uno para irse a descansar a la casita de Connecticut o a la granja de Ohio más que el pequeño detalle de examinarse.

La semana de exámenes es, pues, como la apoteosis del curso, es decir, la apoteosis del café, la apoteosis de los cigarrillos y la apoteosis de las prisas.

A nosotros, a los estudiantes extranjeros, ya nos lo venían anunciando un par de semanas antes, para que nos preparáramos se conoce. En el comedor de las clases, en los «dormitory», en la cafetería, no se hablaba de otra cosa: el fin de curso y, como fase inevitable, los exámenes.

Es decir, en U. S. A. el estudiante es ni más ni menos como en todas partes, con algunas ventajas sobre los europeos, y es que allí se le dan a uno todo preparado, prefabricado y hasta prepensado. Al estudiante no le queda sino recoger lo que le sirven con tanta gentileza.

A la cosa, pues, le restan bastante emoción: allí un estudiante no tiene opción, no puede escoger entre presentarse o no a un examen; tiene que ir de todas maneras. No importa que se refugie en la enfermería, alegando los consabidos fuertes pinchazos en el hígado o que se quede en el cuarto de la residencia haciendo pajaritas de papel mientras sus compañeros acuden al aula: la cosa está tan bien llevada que la dirección del «college» hará llegar amablemente una copia del examen hasta las manos del doliente enfermo o hasta el mismísimo pupitre atestado de mañosas pajaritas. No hay manera de escaparse. No hay emoción. No existe el dramático «no me presento», pronunciado en la madrugada del día fatal, después de una noche de indigestión científica.

El colegial americano lo sabe y no se rebela ante su sino. Sólo entre los extranjeros, entre los «europeos», se produce de vez en cuando este fenómeno.

—¿Y si no vamos?—preguntaba en una ocasión una francesa en un grupo.

Pero los ojos redondamente abiertos de los americanos les decían claramente que aquella voz hablaba en «extranjero».



—Tienes que hacerlo...  
—¿Y por qué, vamos a ver?  
—insistía la una vez estudiante-turista de los pasillos de la Sorbonne—. Porque si yo no sé nada no sé a que voy a ir...  
Razonamiento cargado de lógica que hubiera sido comprendida por cualquiera de sus congéneres europeos. Pero la solución americana era inexorable: «You have to do it... you have to...» y, claro está, todo el mundo iba.

## EL «HONOR SYSTEM»

Tampoco los exámenes en sí ofrecen la emoción de los nuestros. Para admiración, asombro y hasta incredulidad de estudiantes compatriotas escribiré aquí lo que es y en lo que consiste el famoso «Honor System». La base de este sistema está en considerar al educando como ser honorabilísimo, de conciencia exquisita en materias escolares hasta el punto de que cualquier alumno se reportará a sí mismo ante un tribunal constituido por sus compañeros, por cualquier falta cometida con o sin testigos y que vaya en contra del Código del Honor escolar. Y más aun, más que esto: si el «pecador» en cuestión quiere zafarse del tribunal,

cualquier compañero, testigo del desmán cometido, está obligado a delatarlo, a reportarle ante el «Honor Court». En total: «el chivato» dignificado.

Así que en los exámenes uno se encuentra lo que se dice perdido. Es para poner los dientes largos a cualquiera el ver cómo el profesor sale tranquilamente del aula, después de entregado el formulario y el papel a rellenar de sabiduría, y comprender que copiar es empresa completamente imposible. Está uno vendido. Vendido por todos los compañeros de los alrededores, que serían capaces de llevarle a uno de una oreja ante el ya famoso tribunal por desacato tan inaudito al Código como es copiar en un examen.

¡Adiós, pues, a la emoción de las chuletas sacadas a hurtadillas, de los ayudantes que vigilan o del catedrático que dormita! ¡Adiós, pues, al agradable «sopleo», virtud principal del buen compañero! Nosotros sabemos bien lo despreciado, lo villipendiado que es en nuestros centros estudiantiles aquel que no apunta.

Bueno, pues allí no. Allí el que no apunta es el que cumple con

su deber, el admirado por todos: la quintaesencia del buen compañero, en una palabra. Empeño vano sería solicitar angustiados alrededor de uno la mano amiga que saca del atolladero: el silencio más absoluto sería la respuesta. Y si el angustiado, llevado de su desesperación, llega hasta el extremo, hasta el lamentable extremo, de copiar... ¡al tribunal con él!

Con todo esto fácil es comprender lo poco atractivos que resultan allí los exámenes, lo carentes de contenido emocional que se tornan.

Pero al estudiante americano le gusta la emoción, le gustan las cosas «exciting» y mucho. ¿Qué hacer si los exámenes en sí han sido previamente despojados de interés por los inventores del «Honor System»? ¿Qué hacer si no hay forma de ir «a ver qué pasa», y dejarle al catedrático con la palabra en la boca diciendo: «Me retiro»? Y cómo el ansia de emoción existe en el corazón de todos los colegiales, esa emoción, esa carga de «excitement», la vierten en el ambiente.

Y entonces viene lo del café, lo de los cigarrillos y lo de las prisas.

## CAFÉ Y CIGARRILLOS EN LOS DORMITORIOS

En un «dormitory» de un «college» americano, en una «society» o «fraternity», a partir del día 15 de mayo, el aire está infectado de humo, el suelo de tazas y la casa toda, a todas horas, de prisas.

Al examen hay que rodearle de ambiente, aunque —¡afortunados ellos!— comparado con las exigencias de las Universidades europeas, las exigencias de las americanas sean mínimas. Al examen

hay que darle la categoría de cosa terrible. Y se le da a fuerza de cigarrillos, porque es la única cosa que el estudiante americano es libre de hacer sin que una serie de reglas se lo vengán a impedir.

En época de exámenes el colegial estadounidense pasa las noches en vela a fuerza de infusiones y humo, aunque haya estado perdiendo el día entero en partidas y más partidas de «bridge». Se las pasa en vela, aunque no tenga exámenes siquiera, porque la época lo exige, porque es tradicional y porque hay que ver el aspecto tan distinto que adquiere el «living» cuando dieciséis chicas en «shorts» de diferentes colores deciden estudiar al mismo tiempo.

Vulgarmente la creencia es que para estudiar, estudiar, lo que se dice estudiar, lo único que hace falta es soledad, codos y el libro de texto. Pero no es esta la creencia de la casi totalidad de los escolares americanos, que, para estudiar en «serio», lo primero

En vísperas de exámenes los estudiantes pasan las noches en vela entre cafés y cigarrillos



Los estudios geográficos figuran entre los preferidos por los norteamericanos

que hacen es reunirse en grupo de más de quince; lo segundo, preparar un oloroso café, y lo tercero, esperar jugando al «bridge» y oyendo discos, a que sean las once de la noche, por lo menos, para empezar a estudiar, es decir, para tomar una postura inverosímil sobre el sofá, sobre una mesa o en las blanduras de la alfombra y saborear el café con un libro de texto en la mano. Esto no se puede hacer por la tarde, tiene que ser, como hemos dicho ya, a las once de la noche por lo menos, porque la tarde o la mañana no tienen ambiente, no son propias de la época de exámenes.

En el mismo cuarto se estudia química, sociología, ciencias domésticas, se escribe a máquina y se discute de —¡cómo no!— Marilyn Monroe. Nadie parece molestarse por las entradas y salidas de los demás. Y en verdad su poder de asimilación debe de ser formidable, porque nadie se queja de falta de concentración y exceso de ruido. Eso..., eso sólo



lo nos pasa a los otros, a los «europeos», que, en resumidas cuentas, debemos de ser unos sensibileros.

### EL ESTUDIANTE IDEAL

A la Universidad americana se puede decir que no le interesa en absoluto formar «leaders» intelectuales. Es más: pensamos que considera el «leader» intelectual como elemento contraproducente.

Y si el «leader» intelectual no interesa, como consecuencia lógica el «empollón-máquina» ha quedado desterrado de los centros universitarios de aquel país. Nosotros podemos hasta imaginar el día de la expulsión de los «empollones», arrojados, como otros mercaderes, de los templos universitarios.

Es ésta una especie casi por completo desaparecida de los Estados Unidos y, como no encuentra allí el ambiente propicio, o bien languidece y muere o bien se transforma en el ideal de colegial americano.

Si el «empollón» es casi perseguido por la Universidad americana y hasta el ser muy estudioso no es considerado como virtud suficiente en aquellos centros, ¿cuál es el papel, el significado que los centros docentes americanos se conceden a sí mismos? Está muy claro: la sociabilización del individuo.

La Universidad actúa como nexo de unión entre el individuo y la sociedad, le ayuda a adaptarse, le lleva de la mano para que aprenda a charlar en un grupo, y le empuja suavemente para que dé su opinión, para que discuta.

Lo social adquiere en la Universidad americana una categoría e importancia como difícilmente podríamos imaginar las gentes de este Continente. El alumno mejor no será aquél que, encerrado en su cuarto día y noche, estudia hasta la neurastenia, sino el más popular en «campus», el que levante la voz en los innumerables «meetings», el que esté dispuesto a emplear su tiempo en uno o varios de los numerosos «clubs» o «associations», que en cada centro existen, el que organice bailes y de ideas, el que colabore con sus compañeros y sepa dar francas

palmadas en la espalda. Ese será el estudiante ideal.

Y a la hora de las elecciones estudiantiles, cuando llega el momento de constituir el «Student Government», son éstos los que se llevan la mayoría de votos.

Fácil es calcular el poco tiempo que le queda a un estudiante con una mediana popularidad para dedicarlo a sus libros. Pero esto apenas importa: la Universidad está satisfecha de él porque no sólo se adapta al grupo, sino que ayuda a los otros a adaptarse a su vez.

América no persigue el tener un país constituido por sabios ciudadanos aislados que se saquen los dientes unos a otros a las primeras de cambio, sino una nación habitada y dirigida por satisfechos hombres del mismo nivel intelectual perfectamente adaptados al medio social en el que han de vivir. Es el reino del «average man». Y a ello responde la labor de la Universidad.

### LO QUE ES UNA «FRATERNITY»

Antes cité la palabra «fraternity» y ahora voy a explicar lo que esto significa dentro de la vida de un «college» o Universidad americana.

Cada fraternidad está constituida por un cierto número de estudiantes que se titulan hermanos, como las estudiantes miembros de una «sorority» se llaman entre sí hermanas. Dentro de la comunidad hay un cierto número de obligaciones y el domicilio es común. Se las conoce y distingue por letras distintas del alfabeto griego. Así se dice: «Los hermanos de Pi, Kappa, Phi» o la «fraternity» de «Delta, Tau, Omega».

Para el novato, el «freshman» recién llegado al «campus», recién nacido a la vida de la Universidad como quien dice, la elección de «fraternity» reviste caracteres de la mayor importancia. Nosotros conocimos a un novato, a un «freshman», y durante las primeras semanas de curso, aquel hombre se fué esombreciendo, entristeciendo, agrisando, encogiendo, hasta que al cabo nuestra pregunta se hizo inevitable.

—Pero, por Dios, ¿qué te pasa?

—Nada, que me aburro, que no sé qué hacer... Estoy aislado...

—Pero, hombre de Dios, ¿eres capaz de aburrirte en una escuela

donde hay miles de muchachos como tú?

—Pues... pues ahí está lo malo.

—¿Cómo lo malo

—Sí, lo malo, sí... lo terrible: nadie me habla. Nadie habla a un «freshman».

El indignarse se imponía.

—¡Pero eso es un crimen...!

¡Una indignidad!

—No, no. No es nada de eso. Es sólo tradición...

—Pero no deja de ser un crimen, aunque sea tradicional.

—No... que va. Tú no entiendes. Ahora no nos hablan durante siete semanas. Así nadie puede decir que un miembro de una «fraternity» nos ha coaccionado para entrar en ella y no en otra cualquiera.

—¿Y qué importancia puede eso tener?

—Pues eso: la igualdad de oportunidades. Este es un país democrático.

—Sí, sí... Ya comprendo. Pero tú tienes que estar hecho polvo.

—Claro, fíjate... Mi más íntimo amigo es «hermano de Pi, Kappa, Phi» y nos hablamos desde lejos... por señas. ¡Y eso sin que se den cuenta!

Le dejé cabizbajo, con la mirada errabunda, continuar sus interminables paseos por el «campus», sin saber en qué «fraternity» ahorcarse. Porque, eso sí, cada cual se tiene que acoger a un grupo, cada cual ha de pertenecer a «algo», para sentirse protegido, incluso en la vida de la Universidad. Es cierto, ciertísimo, que en todo «college» o «University» existe un grupo llamado de los «independientes», de los que no pertenecen a ninguna fraternidad, de los que no viven con nadie, ni tienen obligaciones para con nadie, de los rebeldes, en una palabra. Pero estos son los menos y además también forman grupo: el grupo de los «independientes».

La ventaja o desventaja de pertenecer a una fraternidad o permanecer libre está clarísima. En primer lugar, cada fraternidad posee una magnífica casa donde cada hermano encuentra cama y techo. En segundo lugar, también disponen de cocina propia, costeada rigurosamente por la comunidad, y que supera con mucho a la cocina general del colegio. Y en tercer lugar, las fraternidades son famosas por sus fiestas en los fines de semana.

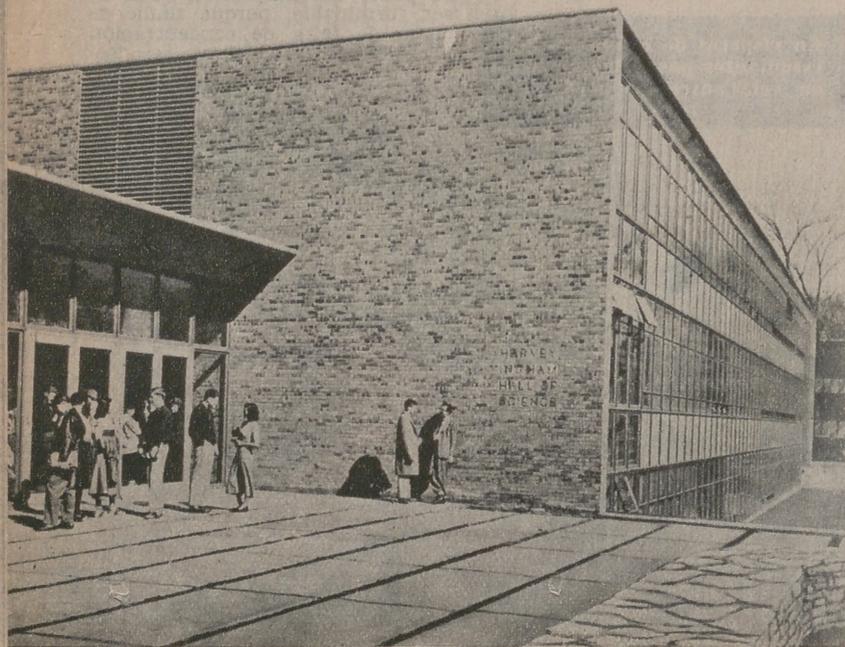
Creo que éstas son razones suficientes y necesarias para atraer a los colegiales, y pasado el plazo fatal, cada «fraternity» se apresura a invitar a aquellos candidatos a los que ha ido «echando el ojo». Candidato hay que recibe invitaciones de veinte o veinticinco fraternidades.

El ingreso en la fraternidad tiene sus dificultades de diversas índoles. Los novatos cumplen obedientes los castigos que se les imponen para reparar la falta de ser recién llegados. No hay profesor ni ayudante estadounidense que se conmueva ya ante ningún adefesio que se le entre por las puertas de la clase: vengan alumnos con bozal o en traje de baño en pleno mes de enero, el profesor no se altera: sabe que son los novatos.

### MUSICA A CUATRO MANOS

Un profesor y un alumno es cosa bien corriente en un «cam-

Edificio de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Drake, en Des Moines





La ceremonia de investidura de grado se celebra con esta solemnidad en la Universidad de Columbia

pus». Un profesor y un alumno sentados a la misma mesa en la cafetería, bebiendo sendas botellas de Coca-Cola, es cosa más corriente todavía.

Entre profesores y alumnos no existe barrera de separación, no hay lucha. No ocurre lo que en los viejos centros europeos, donde maestros y discípulos forman dos frentes, siempre preparados al ataque, aunque exista admiración, respeto y hasta colaboración intelectual.

Allí la colaboración entre educando y educador es de muchas clases además de intelectual. El alumno tiene un acceso directo, directísimo, hasta el maestro, confía en él y le es leal. Y esto, naturalmente, nace del comportamiento del profesor a su vez.

Nada más lejos de un aula americana que la rigidez. Las clases son puro diálogo espontáneo de alumnos a profesor, de profesor a alumnos. Y el profesor «ayuda». Un producto desconocido en aquellas Universidades es el catedrático «hueso». Existe, bien es verdad, el «hardteacher», pero éste no responde a la misma idea de nuestro tradicional «hueso». El «hardteacher» es únicamente el catedrático que hace estudiar, el que exige. Pero también el que ayuda, el que es accesible, el que bromea en la cafetería y procura sacar adelante a sus alumnos, porque el suspenso se lo imagina tan fracaso para él como para el propio alumno.

Quizá a todo ello contribuya el hecho de que el profesor suela vivir dentro del «campus». El

profesor vive su día entero en la Universidad; apenas sale de ella, participa en sus fiestas sociales, en sus acontecimientos académicos. De ahí lo demás.

Hay «tés» de profesores para alumnos y de alumnos para profesores, reuniones en común una vez por semana para jugar juntos a algo, para discutir, para ver una película, para tomar

una taza de café todos reunidos. Se llama a los alumnos por su nombre, se va de grupo en grupo con la taza en la mano y hasta, si hay un piano cerca, se hace un poco de música a cuatro manos: profesor y alumno...

**LA CARRERA SIN FRENO DE LOS «WEEK-ENDS»**  
Lo primero que salta a la vista de la vida de una Universidad



Un paseo por el «campus» entre clase y clase



En el comedor de una «fraternity». Los «hermanos» cambian impresiones a la hora de comer

estadounidense es que lo más importante del programa estudiantil son los «week-ends». Chicos y chicas viven por y para el «week-end». Es su dorada idea. Lo que les mantiene animados de lunes a viernes. Se puede decir que se arrastran angustiados, abrumados por las prisas de la semana para llegar hasta la tarde del viernes.

Si se ha llegado moribundo hasta el viernes a fuerza de asistir a «meetings» y jugar partidos de alguna cosa, la lógica nos empujaría a imaginar un fin de semana cargado de paz: largos paseos de los enamorados por las orillas del lago cercano, una sesión de cine o quizá, si las circunstancias lo imponen, ir a bailar comedidamente.

Pero los fines de semana de estos colegiales no tienen nada que ver con la idea de paz; es más: están ferozmente refidos con ella. Los fines de semana son la vorágine, el horror, la carrera sin

freno, que si no es con la lengua fuera, es porque la carrera suele ser en coche.

La diversión en aquel país —ya lo decía Julio Camba— está en razón directa con la velocidad, el estrépito y el dinero gastado.

El mortecino estudiante del mediodía del jueves, se convierte en un meteoro a partir de los dos de la tarde del viernes: es la inyección de vitalidad que el «week-end» significa, la gloria que Dios envía cada semana a los buenos estudiantes: partido, cocktail, cena, reunión, baile... van, vienen, se cambian y se vuelven a cambiar de ropa, porque, eso sí, en el país de la llaneza las complicaciones de la etiqueta dejan tamafitas a las de la corte del Rey Sol, y a un baile «formal» es un desacato ir con los calcetines que se permiten en otro «informal». Lo mismo que a un «medio formal» no se pueden llevar los tules y las gasas propios de los bailes formales.

Las fraternidades rivalizan en la organización de «week-ends». La originalidad es difícil cuando se organizan fiestas cada sábado del año, pero los chicos discurren y se afanan y sus esfuerzos se ven coronados por el éxito.

Se dan lemas para fiestas de disfraces tan alentadores como «woo-hoo-doo», o tan prometedoros como «Montecarlo». Cada fraternidad lanza su lema a principios de semana y el traje a elegir se deja a la inspiración y discreción de los invitados. Dicho sea de paso que lo de la discreción en este caso es un eufemismo. Y una vez la fiesta en marcha, a divertirse, aunque no se quiera. Corre no el vino, sino los cocktails. El whisky, un «manhattan» o un «cuba libre» son capaces de muchos milagros, si bien nosotros dudamos de que sean celestiales.

#### MAÑANA EMPIEZAN LOS EXAMENES

Si durante el curso lo de más fueron los «week-ends», el fin de curso supone el resumen y la superación de las glorias del año. ¿Imaginan ustedes la alegría, el placer inmenso del último «week-end», del último «big-week-end» escolar? Y también, claro es, la nostalgia, la tristeza del año que se va, que se aleja después de ascenderle a uno un grado en la escala social del estudiante. Si uno era un pobre «freshman», a partir de ahora será un «sophomore», un estudiante del segundo año. Si uno pertenecía a la clase «junior», ahora le cabrá el honor de convertirse nada menos que en un «senior», alumno del cuarto y último año.

El último «big-week-end» ha de estar a la altura de la seriedad de las circunstancias. Fin de curso y fraternidades: grandioso momento, grandiosa oportunidad de organizar el «week-end» más movido del año, el que le deje a uno más cansado. Se sabe que a la semana siguiente empiezan los exámenes, se saben incluso con exactitud las horas y los días de cada prueba... ¡No importa! Y el último «week-end» es modelado con cuidado de artifices por cada fraternidad para que salga perfecto de sus manos, para que salga bailarín y ruidoso e impudente, para que atruene la ciudad y no deje vivir a nadie. Y lo hacen anunciar como se anuncia el más grande de los circos: con desfile, mascaradas, globos y cohetes. Y luego, cuando el día llega, ¡el caos! Sí, el caos cósmico en reproducción perfecta y sin descripción posible.

En la madrugada del domingo, cansados, más que cansados, rendidos, molidos, deshechos, se reintegrarán con la conciencia saturada de felicidad, a sus cuartos, sin excepción atestados de todo lo más heterogéneo e inverosímil que se pueda imaginar; y sacarán el bote de «instant-coffee» y el cartón de cigarrillos y lo pondrán encima de la mesa de trabajo, porque mañana, sí, señores, mañana... ¡empiezan los exámenes!

Maria Jesús ECHEVARRIA

(Especial para EL ESPAÑOL desde Russell Sage College-Troy-New York)



En los fines de semana los estudiantes norteamericanos se desplazan al campo y lugares de esparcimiento cercanos a las Universidades

# 120 MUCHACHOS CIEGOS EN UN CAMPAMENTO DEL FRENTE DE JUVENTUDES

## UNA LECCION DE CONVIVENCIA

Se les inculca que son hombres útiles y se les hace participar en todas las tareas



En el tablero se fijan órdenes del día escrito en Braille

MIENTRAS en Italia ha terminado, con hombres deshechos y agotados en las cunetas, esa patética marcha de los ciegos sobre Roma, para pedir protección a Alcide De Gasperi, nosotros marchamos, camino de El Escorial, al Campamento de «Santa María del Buen Aire», donde ciento veinte muchachos ciegos han pasado de sus colegios de la O. N. C. E., de Sevilla, Valladolid, Pontevedra y el madrileño de Chamartín, a este Campamento mixto, que el Gobierno de Franco, a través del Frente de Juventudes, ha puesto a disposición de la Organización Nacional de Ciegos, para que sus muchachos puedan convivir con sus camaradas videntes.

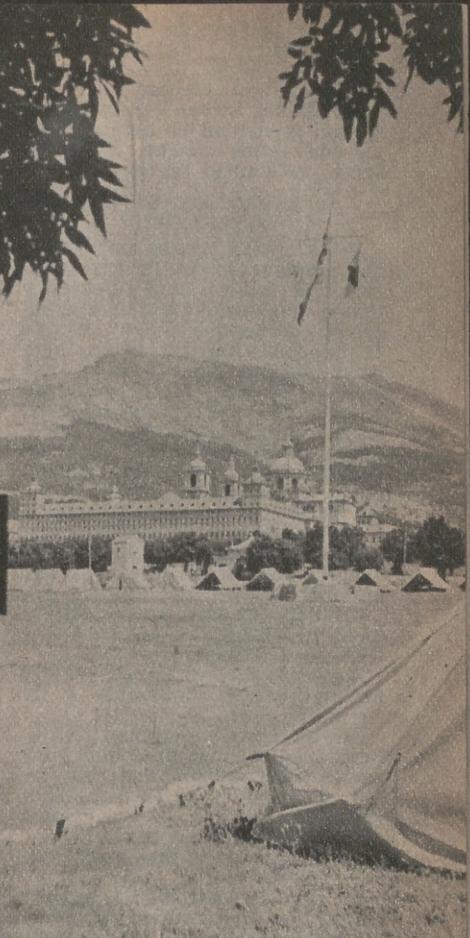
### UN CUERPO DE GUARDIA QUE MIRA AL SOL

El calor en la carretera es implacable, y ni el coche que nos conduce, yendo a noventa, consigue, con la velocidad, arrancar un poco de aire refrigerante. Al fin, divisamos la mole gris del Monasterio, y a sus pies, la He-

rrería, erizada de blancas tiendas, donde se encuentra emplazado el Campamento.

El coche entra despacio, mientras un toque de corneta hace formar la guardia. Ante nosotros, este cuerpo de guardia, erguido y firme, tiene, sin embargo, una extraña quietud en tres de los muchachos que lo forman. Sus rostros están levantados hacia el cielo, y parece que miran al sol o al mástil donde ondean airoso las banderas. Pero pronto nos damos cuenta de que estos tres muchachos no miran hacia ninguna parte; sencillamente, porque no pueden ver. Hemos llegado, pues, al Campamento de ciegos y videntes, y en este cuerpo de guardia ya tenemos la prueba de la igualdad que reina en todos los servicios y aspectos, en esta ambiciosa empresa de que un ciego sepa que puede llegar a cualquier sitio que lluegue su camarada de pupilas vivas.

La consigna que el Frente de Juventudes dió a sus muchachos videntes fué que no usaran con los chicos de la O. N. C. E., de una excesiva piedad que los pudiera humillar por su defecto físico.



El Monasterio del Escorial visto desde el Campamento «Santa María»

«Tened con ellos una gran camaradería. Ayudadlos, pero sin que se den cuenta...» Y las obras han superado a las palabras. Nosotros los hemos visto juntos y, en verdad, existe entre ellos más que camaradería, pues todos los muchachos se tratan en una perfecta y entrañable hermandad, y desde el flecha vidente más pequeño hasta los Mandos del Campamento, todos se superan en mantener la igualdad, para que los ciegos se den cuenta que trabajan y hacen las guardias y demás servicios castrenses con el mismo derecho y eficacia que los camaradas videntes. En cinco días se ha llegado a



Este balón no es como todos, lleva dentro un cascabel para que puedan jugar con él los ciegos

crear el clima de que en un Campamento, y en este terreno para los ciegos desconocido no necesitan, sin embargo, que los videntes les sirvan de lazarillos. Y esta seguridad de hombres útiles que se les inculca, les podrá servir de mucho en la vida.

### CANCIONES EN LA HERRERIA

Estos niños ciegos se mueven por el Campamento con la misma soltura que los Flechas videntes, y uno me cuenta que esto les ha sucedido desde que están en este campo, pues han tenido que agudizar su instinto. Tanto, me aclara el chico, que ya no van en fila y apoyados los unos en los hombros de los otros, como tenían por costumbre. Mis pequeños interlocutores me han hablado de su mundo interior. Uno, sin saber por qué, me pregunta:

—¿Verdad que yo tengo el pelo rubio? Luego me aclara: Es que mi compañero dice que soy moreno.

Cuando le digo que, efectivamente, es rubio, ríe satisfecho, y le hace burla al otro:

—¿Ves como yo lo sé mejor? Es que tú estás «cegado» y no ves nada.

Mi asombro no tiene límites. Pero luego comprendo que ellos emplean la palabra «cegado» como sinónimo de ignorante. Ahora es un gitano el que canta más allá, alegremente:

—«Ay, ay, ay, te juro que te miro y no te veo...»

Y ríe, enseñando su blanca dentadura, y yo termino por unir me a su risa, pues la paradoja me hace enorme gracia.

Les dejo para seguir mi recorrido. La luz cegadora de la sierra arranca reflejos brillantes al césped, y sólo bajo los añosos cedros se puede hallar un poco de sombra. Aquí y allá encontramos en nuestro camino enormes piedras, inmoviblemente incrustadas en el suelo. Son las que quedaron hace siglos después de llevarse las que se extrajeron para construir el Monasterio.

De pronto, rasgan el aire unas voces viriles.

Pasa una Centuria. Erguidos, marciales, cantando acompasados y en correcta formación, ciegos y videntes van mezclados.

### ¿COMO PUEDO YO SERVIR A MI PATRIA?

Vuelvo a encontrar a otro grupo de invidentes, y me cuentan, alborzados, que aprender la instrucción militar es su mayor ilusión. Efectivamente, y sólo así se

puede explicar que en estos cinco días que lleva el Campamento funcionando desfilen sin el más pequeño fallo y se sepan ya todas las canciones patrióticas de la Organización Juvenil. Este chico que me refiere estas cosas está estudiando en su colegio de la O. N. C. E. Magisterio, y, de pronto, y con esas preguntas sueltas, peculiares en los ciegos, me dice:

—Oiga, aquí en la clase de «Espíritu Nacional» nos aseguran que también nosotros podemos servir a la Patria. ¿Y será posible esto?

—Sí, naturalmente, hombre —le contesto—; tú, cuando seas maestro, puedes prestar tu cooperación al servicio de España, enseñando a los niños todas las cualidades que deben adornar a un español de bien, como tú.

También me dicen estos chicos que se han venido con sus instrumentos musicales, pues raro es el que no toca alguno con maestría. Y rien al contarme que la primera noche que pasaron aquí, como no sabían aún el Reglamento, se les ocurrió ir a tocar unas jotas ante la tienda del Jefe, que es aragonés, y tuvieron que interrumpir la improvisada serenata, porque aquél salió a decirles que después de retreta tenían que dormir, y no estaba permitido hacer música.

### UN GITANO ESPABILADO

Ahora es el gitano el que se acerca, y los otros me cuentan la jugarreta que le gastó al Jefe de Escuadra: que por unos medios y otros, consiguió que éste le hiciera su cama dos días. Dándose así el caso gracioso de que la novatada fué a la inversa, y el gitano ciego engañó a su camarada vidente, que ya era veterano en otros años de Campamento.

El día que llegaron, les fueron orientando así:

—Mirad, ahí enfrente de vosotros están las tiendas de Jefatura y de Servicios Técnicos. A derecha e izquierda, las tiendas de los camaradas; por ese camino, la Intendencia; por ese otro, el agua; por allí, la capilla. Y así lo explicaron todo, y luego, como por casualidad, les acompañaron y les indicaron la situación de las grandes piedras y de los árboles, para que no tropezaran.

### «QUIERO PASEAR CONTIGO»

Los ciegos parecen tener un sexto sentido, y esto, unido a la

intuición y cuidado de los Jefes, ha hecho posible el que no haya ocurrido aún ni un solo accidente o caída. Cuando algún vidente ve a un chico de la O. N. C. E. en un camino difícil, se acerca a él y le dice: «Quiero pasear contigo», y se van juntos. Ahora, y enfrente de donde nosotros estamos, ha surgido el ejemplo. Ha pasado un flecha pelirrojo no vidente, que es uno de los pequeños, ya que sólo tiene once años, y ha vacilado entre tomar un camino u otro. Inmediatamente, un flecha vidente de su misma edad ha ido hacia él y le ha dicho: «¿Dónde vas? ¿Quieres que me vaya contigo, que estoy aburrido?»

No cesan de pasear ante nosotros muchachos no videntes que rien y hablan contentos y felices. ¿Quién dijo que los ciegos son tristes? No es posible creer esto aquí. Dos de ellos se han parado ante el horario del Campamento, que está escrito también en método Braille, y se enteran de lo que les interesaba. Me acerco a ellos y les pido que me lean en alta voz para ir cotejando con la hoja del horario de los chicos videntes, que está colgada al otro lado. El muchacho, que estudia Magisterio, lee rápidamente y sin equivocarse. Al terminar, le doy las gracias y tengo un pequeño despiste: le he tendido la mano al despedirme, y, naturalmente, mi mano cayó laxa sin que nadie la estrechara, pues el chico no podía ver mi gesto.

Vamos asistiendo a la vida del Campamento. Todos los servicios que hay que hacer y las clases que se les dan lo hacen siempre en forma mixta, o sea, siempre juntos, en el trabajo y en el estudio, videntes y no videntes. Después de la clase de gimnasia hemos oído dar las novedades al Subjefe:

—A tus órdenes. Veinte rebajados y cuatro en servicios técnicos.

Inquirimos si es por enfermedad, y nos contestan que no, sino que son chicos no videntes a los que les ha rebajado el médico, que pasa la revista diaria, porque tienen quemaduras del sol en la piel de los brazos y de la espalda. Pero que les ha costado convencerles de que no podían hacer la vida corriente mientras no les dieran de alta.

### NOS TRATAN COMO A HERMANOS

Ahora conocemos al reverendo padre agustino Buenaventura Pérez, que pertenece a la Comunidad del Monasterio y le han nombrado capellán del Campamento. Aquí, todos le llaman el «páter», y es tan conocedor de las reacciones de los muchachos, que en cinco días se ha ganado la confianza de éstos y les distingue uno por uno. El les habla, les llama por sus nombres, y los muchachos le rodean halagados de que sean tan importantes, que el «páter» no olvide sus nombres. En este grupo que rodea al padre, hay ciegos de nacimiento y otros a causa de meningitis o por accidentes, como este muchacho de quince años que, estando cavando en unas viñas, tropezó la



Un partido de fútbol entre dos equipos de muchachos ciegos

azada con una piedra, y el metal saltó roto y se le fué a inscribir en los ojos, y después de varias operaciones no se le consiguió salvar de la ceguera total.

—¿Cómo os orientáis tan bien?—les pregunto a este grupo.

—¡Ah! Pues muy sencillo. Por este camino sabemos que el ruido de ese arroyo que corre tiene que quedar a la derecha. Y por aquel otro sitio, sabemos que el ruido de freír de la cocina tiene que quedar a la izquierda. Y otros trucos más que tenemos.

Y se ríen gozosamente.

El padre empieza a hablar con ellos, y yo voy tomando notas en mi bloc.

—Decídme—pregunta el padre—. ¿Por qué parecía que el primer día vinisteis algo mohinos?

—Pues, «páter», mire usted, la verdad, porque como siempre vivimos juntos todos los que estamos «así», creíamos que los «ótro» no querían alternar con nosotros. Nos parecía que íbamos a estar aquí como huérfanos y abandonados.

Otro interrumpe:

—Mire usted, veníamos como gallinas a corral ajeno.

—Bueno, y entonces—pregunta otra vez el padre—, ¿qué impresión os causó ver que era todo lo contrario?

—¡Pues figúrese usted! ¡Recibimos una tremenda alegría! ¡Ahora estamos tan satisfechos de que se nos quitasen de golpe todas las prevenciones! Parece que todos somos iguales, tanto ellos como nosotros.

—Y las marchas, ¿pensasteis que ibais a poder hacerlas?

—¡Qué va! Ni soñarlo. Pero ellos, en las marchas, son nuestros ojos... ¡Cómo nos podemos querer ya como hermanos en tan pocos días...!—termina el muchacho con emoción, mientras el padre y yo cambiamos una mirada de asombro.

¡Esto es mucho más de lo que se esperaba conseguir!

Aquí, en este grupo de ciegos, conozco a Máximo, a Carlos, que es delantero centro del equipo de fútbol; a Peyró y a tantos otros que departen ahora con el padre de poesía, de arte, de ajedrez.

Ante mí pasan constantemente flechas no videntes. Son éstos los pequeños, y entre ellos van el pelirrojo y Varona, que es como un ángel moreno de Tieppolo, y que sonríe siempre y mira al cielo con sus ojos sin luz. Lo detenemos, y nos dice que tiene once años y que su hermanita menor tampoco ve. Luego, sonriendo como siempre, nos dice que es una gracia de Dios el ser ciego, pues así se tiene más sacrificios que ofrecer.

—¿Te han enseñado eso en tu colegio?—le preguntamos.

—Sí—me responde, y sonríe, una vez más, con una sonrisa tan maravillosa, que nunca hemos visto en otros niños.

Cuando Varona se aleja con su compañero el pelirrojo, pienso que nunca, cuando vemos un ciego, imaginamos que fué niño y que no pudo ver un soldadito de plomo o un deforme caballo de

cartón. Pero reniego de mi excesiva sensibilidad. ¿Por qué este sentimentalismo, cuando estos niños y adolescentes sólo tienen en sus rostros una expresión de alegría y ninguna añoranza?

### LA LECCION DE LA PISCINA

La piscina es amplia, cuidada, con su trampolín, su tobogán y hasta rodeada de flores. Los ciegos y los videntes toman su baño diario. No salgo de mi sorpresa. Los ciegos ya se tiran desde el tobogán, alentados por los videntes y Mandos que les enseñan.

—¡No tengas miedo; lánzate, anda, valiente!

Y el chico se zambulle desde el tobogán, y ya en el agua, ríe feliz y contento, satisfecho de que él sea tan decidido como los videntes. Se da el caso asombroso de que un ciego de quince años enseñaba a nadar a un flecha pequeño vidente. También hemos visto a muchos ciegos que sabían nadar enseñando a sus compañeros pequeños no videntes, y, naturalmente, casos a la inversa. Son tan felices en la piscina, que todos lanzan un «¡Oh!» de desencanto cuando suena el toque de alto el baño.

Al terminar de vestirse ya es la hora de la comida. Esta se verifica, como es natural, al aire libre. Después, el capellán dice las oraciones de bendición de la mesa, que son contestadas por chicos y Mandos.

—La chiquillería come voraz, pero con increíble pulcritud, y unos flechas videntes ponen sobre la cabeza de un chico ciego un gorrión amaestrado, y todos los demás ríen como si pudieran ver la escena.

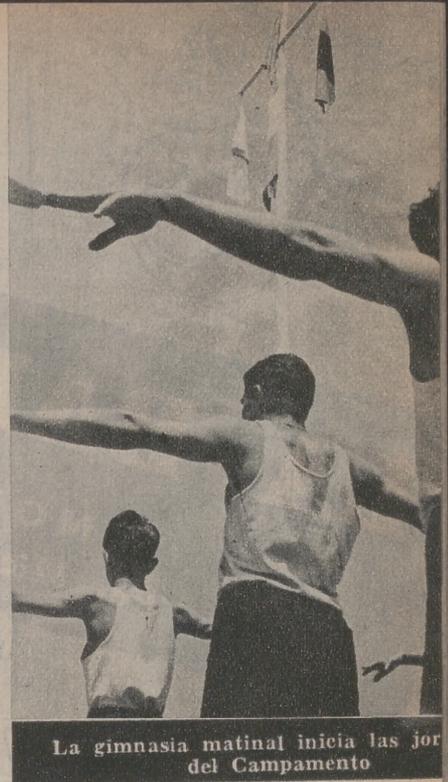
Después de la comida, se procede al fregado de los platos. Videntes e invidentes los fríegan con arena, en vez de jabón, y en verdad que se quedan muy limpios. Los ciegos se ríen de su torpeza.

Ahora tocan a reposo. Dos horas para el descanso en las tiendas y para librarse del sol, que puede ser perjudicial después de comer. Tan sólo dos ciegos no se recogen, y al preguntarles que por qué no se recogen, me contestan que ellos tienen que hablar por la emisora del Campamento. Y están nerviosos de considerarse tan importantes. Uno va a dar un recital de guitarra, y el otro, cuyo equipo ganó ayer en el Campeonato Nacional que se está celebrando aquí entre los chicos de la O.N.C.E., responderá en una breve entrevista sus impresiones sobre el partido.

Luego, y para acostumbrar a los chicos a la buena música, se oye el poema sinfónico de Strauss «La muerte del héroe».

Un toque más de corneta, y el reposo se rompe. Empiezan a salir de las tiendas. Para espabilarlos está la inmediata lección de cantos. Los no videntes están aprendiendo todo con asombrosa rapidez, y con su buen oído hacen en seguida las segundas voces.

Inmediatamente que ha terminado la lección de canto, viene el formarse grupos de chicos senta-



La gimnasia matinal inicia las jor del Campamento

dos en el césped, rodeando a los seminaristas, que, en pie, les van explicando las verdades de la Religión, y se les permite preguntar e incluso discutir. Los tres grupos, alejados unos de otros y con el impresionante paisaje al fondo, forman una estampa difícil de olvidar.

### LOS CIEGOS TAMBIEN JUEGAN AL FUTBOL

Y al dar las siete, ya están los muchachos del O. N. C. E. con sus camisas de fútbol y sobre el campo para jugar con el balón, provisto de un cascabel, que de esta forma les facilita el juego. Juegan maravillosamente y con el mismo ímpetu y entusiasmo que cualquier equipo de fútbol de muchachos normales. Pero lo verdaderamente asombroso son las voces del público no vidente que jalean a los jugadores. Así:

—¡Vaya jugada, Carlos!

—¡Anda con él, Olivares!

Y aun no hemos comprendido cómo estos muchachos ciegos saben el juego de los que están en el campo.

Al final, ya viene la cena, el acto de arriar banderas y el «Fuego de Campamento», durante el cual los no videntes lo amenizan con sus instrumentos. Y, por último, ya en las tiendas y acostados, la visita de los seminaristas, por unas y otras, para rezar un misterio del rosario con el chico que lo desea.

Cuando nos marchamos la Herretería ya casi está en sombras y el aire de la noche desfleca los cedros. Dentro de un momento el Campamento quedará en silencio. Hasta el día siguiente.

Blanca ESPINAR

(Fotografías de Mora.)



**A** PARENTEMENTE don Floro recibió con entereza la noticia de que Julio Alvarez traspasaba la barbería. No obstante, por dentro sintió como un impacto en algún lugar sustancial.

Julio Alvarez, el barbero, sostenía el espejito detrás de su nuca, tierno y servicial. Y don Floro empezó a recobrarse. Aun le parecía sentir junto a la oreja el rumor efusivo de las tijeras de Julio Alvarez: «Cuchichi-tatatá, cuchichi-tatatá». Respiró profundamente, pero carecía aún de fuerzas para incorporarse. Julio Alvarez, con su desproporcionada cabeza y su rostro sonrosado y satisfecho, era un individuo poco caracterizado a pesar de sus setenta años y de sus fluviales mostachos tormentosos.

—El señor está servido—dijo Julio Alvarez.

—¡Ah!—dijo don Floro, y entonces, quieras que no, se levantó. Mientras Julio Alvarez le cepillaba la americana, don Floro dijo—: No comprendo su decisión precisamente en una fecha en que el diario anuncia un remedio interesante contra la calvicie.

—El mal viene rodado—dijo Julio Alvarez, sin cesar de sonreír. Me pagan un buen traspaso.

—Dinero, ¿eh?—dijo don Floro tímidamente, opacamente.

Don Floro era un tipo pingorotudo, de barba recortada y voz grave y brumosa. Empleaba los ademanes apaciguados propios del hombre acostumbrado a ser servido. Aborrecía hablar en tanto el barbero le arreglaba la cabeza. Con frecuencia pensaba: «En la vida existe un arte de cortar el pelo y un arte de dejarse cortar el pelo.» El aprendió esto muchos años atrás. Por eso cuando Julio Alvarez le dijo con tono reservado (mientras las tijeras suspiraban confidencialmente: «Cuchichi-tatatá, cuchichi-

chí-tatatá»): «¿Sabe, don Floro, que he decidido traspasar el local?», no hizo comentario alguno; simplemente entornó los ojos y se deleitó en la delicadeza inefable del instrumento apurándole los pelos del colodrillo.

—El negocio no rinde y yo tengo demasiados años—agregó Julio Alvarez mientras le tendía la chistera y el bastón con puño de plata.

Don Floro pensaba: «El dinero mancilla las cosas más hermosas de la vida.» Oyó a Julio Alvarez, cuando salía, preguntar capciosamente a un parroquiano: «¿Se va a servir el señor?» Mas sólo al cerrar la puerta advirtió que había dejado dentro una parte fundamental de sí mismo. «Hay otras barberías, Floro—se dijo, para serenarse. Pero llevaba dentro del pecho una furiosa sensación de angustia. Se sintió repentinamente enfermo. Pensó que de cuantos locales reunía la ciudad, ninguno tan decisivamente ligado a su existencia como la peluquería de Julio Alvarez. A don Floro le hubiera desagradado que Julio sustituyera la pintura roja del establecimiento por una pintura amarilla, por ejemplo, pero que la barbería desapareciese, y con ella los dedos expeditivos de Julio Alvarez y sus tijeras musicales, y la suave caricia del pulverizador constituían algo que le dejaba al borde de la desesperación.

Sólo cuando se vió en la calle y pensó: «Dentro de quince días habrá una valla cubriendo la fachada y yo tendré que buscarme otra barbería; ésta es la triste realidad.» Se dió cuenta de la trascendencia del momento. Entonces se detuvo y, lentamente, como con temor, volvió la cabeza. El bastón temblaba en su mano derecha.

La barbería de Julio Alvarez ofrecía un aspecto risueño y conmovedor, con su roja pintura descolo-

rida y el moloso cartelón colgante con la cabeza rubia y rizosa de un niño y una leyenda de caracteres imprecisos: «Julio Alvarez. Peluquero. Servicios esmerados.»

Cuarenta años arriba, la barbería ostentaba la misma leyenda y la fachada el mismo color. Entonces Julio Alvarez se iniciaba en el oficio, pero sus tijeras producían ya aquel rumor musical, que era como un sedante para la sedante vida de don Floro. Cuando chico, Julio Alvarez le encaramaba en una silla alta, y era a él al único pequeñuelo de la ciudad al que no se hacía necesario advertirle:

«Estate quietecito, mono.» Floro, de niño, ya se sentía fascinado por no se sabe qué inexplicables motivaciones. A Floro le placían la vecindad de los immaculados espejos, el olor enervante de los perfumes y las liciones, el chasquido reiterativo de las tijeras recorriendo su cogote como una fría caricia, los pulverizadores, los peines, las bacías, los cepillos, las tenacillas, las barras de blanco jabón, los rizadoros, los tarros de crema para después del afeitado alineados disciplinadamente, casi marcialmente, en las relucientes repisas, y en invierno la placia, sobre todo, el ambiente tibio y recoleto que creaba la estufa de serrín en el centro del local, con la lata de agua burbujeante encima. El tubo negro de la estufa partía recto y a la altura del techo doblaba bruscamente buscando una discreta salida por un rincón. Junto a la estufa había una mesita, y encima de ella el diario local, «La Gaceta», y la revista «Gran Teatro».

Por entonces, Conrado era prácticamente un chicle, pero su madre, viuda, estaba necesitada, y Julio Alvarez le adoptó y le puso al oficio. La música de las tijeras de Conrado era aún balbuciente, de ritmo desigual, y a Floro, que por aquel tiempo no era sino un niño, ya le producía aquello un purulento fastidio, como al melomano el violín que desafina. Conrado tenía un color deslucido y unas orejas transparentes y unas manos afiladas, siempre húmedas y frías, y ya en aquella época la principal preocupación de Conrado era la salud.

—El doctor Chinchilla—decía—ha logrado conservar un frasco de sangre, sin alterarse, durante nueve meses.

Las tijeras interrumpían su simfonía: «Cuchichitatatá-cuchichi...» Se abría una pausa. Se oía hervir el agua de la marmita. Luego se arrancaba Amadeo con su proverbial aspereza.

—¡Y a ti qué se te da! De todas maneras, ni tú ni yo saldremos de pobres por eso.

Amadeo sentía pujos de socialista. Su boca era una línea sutil sobre la piel oscura. Llevaba el pelo a cepillo y sostenía la teoría de que todo aquel que se preocupa del aseo de la cabeza era un lila. A veces, con la navaja en la mano, ante los pescuezos dóciles de los capitalistas, experimentaba unos turbios desees de nivelación social. Conrado añadía esperanzadamente:

—El doctor Mínguez despacha sanguijuelas a nueve reales docena. Esto es ponerse en razón. Si la Medicina sigue progresando como hasta ahora, pronto el promedio de la vida humana será de cincuenta años.

Las tijeras reanudaban su actividad. Floro permanecía inmóvil, silencioso, grave, sobre la alta banqueta:

—¡Vaya, a este niño le ha comido la lengua el gato!—decía Julio Alvarez, de pronto, en un estado cordial.

Pero Floro continuaba silencioso, exasperado por la interrupción de Julio Alvarez, mientras, por el espejo, veía a la friclera chacha con las botinas arrimadas a la estufa, curioseando los grabados de la revista «Gran Teatro». Después cerraba los ojos. Empezaba a agarrarle el vicio. Cuando cayeron en sus manos las primeras novelas, Floro pensó que la barbería de Julio Alvarez era para él lo que para un oriental un fumadero de opio. La barbería, con su ambiente recogido, gratamente familiar, le enervaba, le adormecía en una semiinconsciencia placentera. Fué entonces cuando su madre adquirió un gato persa y Floro descubrió que su placer cuando alguien le hurgaba en la cabeza debía ser semejante al que sentía «Zuzu», el gato persa, cuando él le rascaba suavemente, insistentemente, entre las crejas.

Floro era hijo único. Dos hermanitos que nacieron allá por los años 40 y 42 murieron al poco tiempo. Pero él no tenía aún edad de conocer el dolor. Sólo pensaba en la barbería de Julio Alvarez. Le igualaba las puntas de las melenitas cada

veinte días y él llevaba un calendario para dominar su impaciencia. Las vísperas desdeñaba sus juguetes y permanecía reconcentrado y silencioso. Al aproximarse su santo, su padre le preguntaba:

—Flor, ¿qué regalo te gustaría?

Flor cavilaba:

—Que me corten el pelo—decía finalmente.

Su padre lo echaba a broma:

—Tienes la cabeza arreglada, Flor. Habla seriamente.

—Ya lo he dicho—repetía el niño, y pensaba. «Cuando yo sea grande, me arreglaré la cabeza todos los días.»

A los ocho años, reunía las propinas para hacer un corte extra:

—Chiquillo, te juro por mi madre que no hay en la ciudad mejor cliente que tú—le decía Julio Alvarez.

Amadeo le miraba esquinadamente. Flor se acomodaba en la silla alta y cerraba los ojos. «Ya va a terminar, ya va a terminar», se decía, tan pronto Julio Alvarez comenzaba a servirle. De aquí que Floro, el chiquillo Floro, gozase más con los preliminares. Sentado frente a la estufa, con los sentidos abiertos a la actividad de la barbería, aguardando su turno, Flor se consideraba la criatura más feliz del mundo.

Cuando ya fué hombre, Floro experimentaba una sorda envidia de Nano, el chiquillo retrasado mental que barría la barbería y despachaba los recados. Nano llevaba un blusón blanco y emanaba por todos sus poros el aplanador aroma de la barbería. Tenía poco que hacer, y a media mañana cocía un huevo en la lata que hervía sobre la estufa. A través de la ventana, Flor veía deambular a los transeúntes, discurrir cachazudamente al tranvía de mulas con Tinín en el pescante, y después, cuando los años fueran haciendo sensible el progreso, la rauda salida de los noticieros velocipedistas del periódico local, que se hallaba en la esquina.

En ocasiones, Lope, que siempre andaba ojo avizor, decía:

—Nano, acércate de una carrera al periódico. Parece como que hubieran puesto pizarra.

Nano regresaba en un santiamén. Decía:

—Los añados han sitiado Sebastopol y los turcos han pedido el armisticio.

O bien:

—El miserable Rodríguez ha disparado un pistoletazo contra la Reina.

O bien:

—El señor Méndez Núñez ha bombardeado El Callao.



La vecindad del periódico mantenía bien informada a la barbería de Julio Alvarez. Fué esta vecindad la que imbuyó a don Floro el convencimiento de que ninguna cosa valía lo que un esmerado corte de pelo.

Cuando Floro creció y se hizo un hombre pensó en la conveniencia de casarse. Su padre había muerto a consecuencia de una bala perdida en los sucesos de julio de 1853. Su madre se reunió con su padre catorce años más tarde. Floro se negó siempre a estudiar, y al entrar en posesión de su herencia advirtió que había obrado sensatamente. En cinco años liquidó sus bienes raíces y redujo su fortuna a un inmenso montón de papeles. De siempre le gustaron a Floro las cosas concretas. La cuestión de lindes le desazonaba. Un papel no podía confundirse nunca con otro papel. Algunos le decían: «Floro, no seas loco. La tierra es la tierra.» Floro se encogía de hombros: «Las tierras no puedo tenerlas en la mano.»

Al encapricharse con Teresita pasó una temporada incómoda, aunque él se esforzaba en convenirse de que era un hombre feliz. «Flor, qué cosa prodigiosa es el amor, ¿no es cierto?», se decía al engomarse los bigotes cada mañana. Aun no tenía a Wálter y Guadalupe era su ama de llaves. Un día oyó a Conrado decir en la barbería: «Lo más hermoso del amor es la seguridad de que otro ser en el inmenso mundo piensa en nosotros a todas horas. El amor remedia la soledad del hombre.» Conrado exponía a veces ideas lúcidas, casi brillantes. Floro se decía: «Los hombres enfermos tienen una sensibilidad más sutil que los hombres sanos.» Por entonces, Conrado había visitado ya al médico homeópata, que le curó el estómago haciéndole injerir en ayunas unas gotas de petróleo en dosis crecientes. Mas Conrado debía tener otra tara por dentro, porque, a pesar de su bigote pelicano y sus patillas ofensivas, continuaba siendo un hombre carnicero y deleznable.

Floro paseaba a Teresita en la carretela. La «carabina» se sentaba en el pescante con el auriga, pero era igual, porque Teresita y Floro, solos o acompañados, apenas si encontraban motivos de conversación. Es decir, no era igual, porque desde que Conrado expuso en la barbería su bella teoría sobre el amor, Floro se despertaba cada día bajo la bienhechora sensación de que otro ser, en otro lugar y otro ambiente, tenía puesto su pensamiento en él. Esta idea fué trabajándose por dentro, hasta que una tarde no se pudo reprimir y tomó las manos de Teresita entre las suyas con un pretendido apasionamiento. Teresita se sofocó y, después de liberar su mano derecha de la amorosa cárcel, le soltó una bofetada. Floro se consolaba diciéndose: «¡Qué honesta es!» Y si le preguntaban cómo era su novia, repetía: «¡Muy honesta, muy honesta!» Aún Floro no tenía a Wálter. Al aproximarse el verano, Teresita y él, acompañados de la «carabina», solían sentarse, al atardecer, en las sillas de la acera, a oír música y ver pasar la gente. Apenas cambiaban una palabra. Una tarde Teresita le imploró:

—¡Oh, Flor!, ¿por qué no has de dejarte el cabello largo?

Fué como si a Floro le mentasen la bicha. Teresita tenía una voz viva y desagradable.

—¿El pelo largo?—dijo Floro, desvalidamente.

—Sí, «a lo Amadeo»? ¿No te gusta el cabello «a lo Amadeo»?

—No, no me gusta.

Desde entonces, el cabello «a lo Amadeo» se convirtió para Teresita en una obsesión:

—Mira, Flor, cariffo. El cabello «a lo Amadeo» hace más varonil y más distinguido.

—¿Una horchatita?—desviaba él.

—¡Oh, ciertamente, de esta manera pareces un mozo de cordel, Flor! ¿Es que no te das cuenta?

Floro empezó a acumular un oscuro resentimiento contra Teresita. Sentado en el sillón de Julio Alvarez cada quincena, llegaba a pensar que la odiaba. Teresita se incomodaba cada vez que Floro se arreglaba la cabeza. La noche del baile de la Prensa le dijo Teresita:

—Lo haces para enojarme, Flor. ¿No es cierto que haces esto para enojarme?—casi lloraba Teresita.

—No digas disparates—respondió Flor.

—¿Es posible que no transijas en esta pequeñez aunque yo te lo suplique?—gritó ella, y su voz era un chirrido.

En ese chirrido concluyeron las relaciones de Floro con Teresita.

Cuando, quince días después, volvió Floro por la barbería de Julio Alvarez, no se vanaglorió de su fidelidad. Además, no le hubieran creído. Era al día siguiente del descarrillamiento del «Exprés» en el puente de Viana. Lope decía:

—Desde ese puente me arrojé yo hace dos temporadas.

Un cliente preguntó:

—¿Tan mal se le pusieron las cosas?

Lope dijo:

—¡Quíá! Fué por deporte. Me place arrojar me al agua desde una altura.

—¡Caramba!—agregó el parroquiano.

Lope amaba el deporte en sus manifestaciones más peregrinas. Tenía fama de volatinero y diestro nadador, y ahorrraba para comprarse uno de los ingeniosos artilugios del doctor Gamonet. En la ciudad se había comentado su hazaña apasionadamente:

—¿Luago es usted—dijo, al cabo de una pausa, el cliente—el que quiso agregarse hace unos meses a la expedición francesa al Polo Norte?

—Para servirle—dijo Lope, ruborizándose—. No me gustaría morir sin ascender antes en un aerostato.

Floro se encontraba en trance. La voz de Lope era sólo un rumor. Sus palabras componían un arrullo sin equivalencias. Las industriosas tijeras de Julio Alvarez musitaban a su oído: «Cuchichi-tatá, cuchichi-tatata». Julio Alvarez sonreía, protegidos los labios por los fluviales mostachos, pero se abstenía de dirigirle la palabra. Para Julio Alvarez no era un secreto que la labor que ahora comenzaba no podía interrumpirse aunque el mundo se hundiera. Habían pasado los años, pero Julio no olvidaba la escena del 30 de septiembre de 1863, cuando Nano regresó del periódico diciendo atónicamente:

—¡Ha estallado la revolución! ¡Ha estallado la revolución!

Las tijeras se detuvieron simultáneamente. Amadeo se quitó el blusón y salió a la calle sin pedir permiso al maestro. En las esquinas había corridas y gritos. Nadie osó decirle nada a Amadeo. Años después, Amadeo, cuando se irritaba, se ensuciaba en su nombre porque era nombre de rey. Entonces nadie le dijo nada a Amadeo porque había estallado la revolución y era posible que, de la noche a la mañana, Amadeo estuviera arreglando cabezas por dentro como ahora las arreglaba por fuera. Julio Alvarez tenía en aquel momento instantánea la cabeza de Floro entre sus manos. Permaneció un rato inmóvil con las tijeras en alto. Por primera vez, la sonrisa había huído de sus labios:

—¿Ha oído, don Floro?—dijo, al cabo—: ¡La revolución!

Floro estalló segundos más tarde que la revolución. Había hecho esfuerzos inauditos, los mismos esfuerzos del insomne para conciliar el sueño, para no salir de su enervamiento. La voz de Julio Alvarez terminó de quebrar el hechizo:

—¡Y a mí qué me cuenta! Usted, a lo que está—vocó, y cerró los ojos y reclinó la cabeza dócilmente.

Todos los parroquianos habían salido a la calle. Junto a la barbería cayeron algunas piedras y, de pronto, sonaron a distancia dos disparos:

—Echa las trampas, Nano. Hoy no se trabaja más—dijo Julio Alvarez desfavorido.

Mas él concluyó el servicio a la luz vacilante de un quinqué. Cada vez que sonaba una detonación, Julio se estremecía y las tijeras perdían su ritmo habitual: «Cuchichichichi-tatá, cuchichichichi-tá.» Fué la única vez en la vida que a don Floro no se le hizo breve el aseo de su cabeza.

Julio Alvarez no olvidaba estas cosas porque en estas pequeñas cosas residía su crédito y la eficacia de su negocio.

Con otros clientes Julio gustaba de hablar de política, imprimiendo a sus juicios una sana pasión localista:

—¡Eso digo yo! Tampoco Núñez de Arce va a llegar lejos! ¿Ha oído usted eso de «Soy liberal porque la libertad es la idea generadora de progreso humano y la vida de las sociedades modernas»? ¿Qué le parece? ¿Cree usted que pueden decirse más cosas en menos palabras?

Julio exultaba. Advertía su interlocutor:

—Pero, donde esté Castelar... ¿Ha leído su discurso por lo de Manterola?

—¡Al cuerno Castelar! Dele años a Arce y verá de qué somos capaces en esta tierra.

A los quince días de plantar Floro a Teresita, Julio Alvarez no había olvidado que su pasión localista debía ser reprimida en tanto la grave cabeza de don Floro dependiera de sus manos. La grave cabeza de don Floro acababa de decidir que puesto que ya no podría tener una esposa que se llamase Teresita, tendría un lacayo que se llamase Wálter. En el círculo le decían a menudo que un hombre de su rango y de sus circunstancias personales no guardaba debidamente las apariencias sin un lacayo inglés. «Eso será caro, ¿no?», inquiría Floro. «Los caprichos hay que pagarlos, Flor; eso es indudable. Pero ten en cuenta que un buen lacayo inglés puede incluso afeitarte cada mañana, si así lo deseas», dijo su amigo Justo. «¡Eso no!», dijo don Floro, porque la sola idea de que alguien le pusiera la mano en la cara le repugnaba.

No había vuelto a pensar en el criado inglés hasta ahora que Julio Alvarez le acariciaba voluptuosamente la cabeza con el pulverizador, a las dos semanas de romper con Teresita. Al recibir la carta de su primo Cástor, desde Londres, se desilusionó. Le escribía su primo: «No es fácil, contra lo que tú supones, encontrar un criado albino que atienda por Wálter para ir a servir a ésa.» Entonces Floro marchó a Madrid. Desde niño—ahora se daba cuenta—había llevado en la cabeza el propósito de que un día dispondría de un criado que se llamase Wálter. Visitó una agencia en Madrid y analizó uno por uno todos los pretendientes rubicos inscritos. Al fin, se decidió por uno, ético, flexible y escrupulosamente educado:

—¿Su gracia?—inquirió.

—Domiciano, para servirle—respondió el joven.

—Ese nombre no me vale—añadió Floro.

—¿Cómo le gustaría al señor que fuese mi nombre?

—Wálter—dijo Floro, con una sinceridad conmovedora. Necesito un hombre como usted que atienda por Wálter y eluda las «erres». Estaría dispuesto a darle una soldada de quinientos reales mensuales.

—Desde este momento soy Wálter, señor. En cuanto a lo de eludir las «erres»...

Floro sonrió:

—Eso es más fácil—dijo—. Usted no me dirá «señor», sino «señoc»; no me dirá «todo está en orden», sino «todo está en oodén». Todo ello con un matiz nasal. Parece ser que en inglés la «erre» no suena. ¿Entiende?

—Entiendo, «señoc»—dijo Wálter, que era un muchacho despabilado, imprimiendo a sus palabras una entonación nasal.

Floro se lo trajo para casa. A partir de este momento, Floro organizó su vida sobre la base del celibato. Su aventura frustrada con Teresita constituyó una lección provechosa. Wálter entraba a despertarle a las nueve de la mañana con una taza de chocolate y unos bizcochos por delante. A las diez Floro ya estaba en el círculo leyendo los periódicos. A las dos pedía la comida sin moverse de su sillón del Círculo. A las cuatro de la tarde se acostaba. Wálter en raba a despertarle a las nueve de la noche con otra taza de chocolate y otros bizcochos. Luego Floro volvía por el Círculo hasta las cuatro de la madrugada. A las nueve, como un cronómetro, le despertaba Wálter:

—Son las nueve, «señoc».

Por la tarde se repetía la misma escena:

—Son ya las nueve, «señoc».

Floro levantaba un párpado perezoso y divisaba a su lacayo firme, con la bandeja en la mano. Demandaba cansinamente:

—¿Es por la mañana o por la tarde, Wálter?

—Por la mañana, «señoc».

—Gracias, Wálter.

En el Círculo mataba las horas; no buscaba allí una diversión, sino un remedio. Fuera de los periódicos, Floro no leía nada y hablaba poco. Simplemente dejaba transcurrir las horas arrellanado en un sillón calculando los días que faltaban para visitar la barbería de Julio Alvarez. Tenía un cabello fuerte y abundante, pero no obstante se friccionaba cada mañana la cabeza con el regenerador «Royal Windsor». La máxima aspiración de Floro consistía en necesitar los servicios del peluquero con intervalos más frecuentes que los actuales de dos semanas. El círculo, pues, no era en Floro una frivolidad, sino un recurso. Y así, sin que nadie lo advirtiese, sigilosamente, Floro iba creando su propia historia y la barbería



de Julio Alvarez, la suya, y, sin que nadie lo advirtiera, ambas historias se enlazaban, se confundían, porque la vida de don Floro corría ligada a la de la barbería de Julio Alvarez. Y cuando Julio le anunció el 4 de mayo de 1875 que iban a reformar el local, don Floro sintió que las piernas se le embotaban y temió que aquel duendecillo aplaciente que se acercaba a él tan pronto como las tijeras de Julio Alvarez, o de Conrado, o de Lope, o de Amadeo entraban en funciones huyese ahora de la barbería remozada para no volver jamás:

—¿Tan necesaria estima una reforma?—preguntó Floro patéticamente.

—Hay que poner la barbería a tono con el progreso—dijo Julio Alvarez levantando levemente sus bigotes tormentosos.

—¿Y el carácter? ¿No cree usted que el carácter está por encima de la civilización?—añadió Floro.

—Pienso adecentar el local sin que pierda su fisonomía—respondió Julio, percatado de su responsabilidad.

Floro pasó veinte días viviendo sobre ascuas. Cada mañana visitaba las obras, y experimentó una honda satisfacción el día en que advirtió que los pintores repintaban de rojo la fachada. Externamente la barbería no sufrió otro cambio que la sustitución de la bacía por un cartelito con la cabeza rubia y rizada de un niño y la tradicional letrina debajo: «Julio Alvarez, peluquería. Servicios esmerados.» A los veinte días la valla protectora se vino abajo y Floro penetró en la barbería con el corazón encogido.

Poco a poco se fué calmando. La estufa seguía allí y seguían allí las mismas lunas y las mismas repisas, y, sobre todo, seguía inalterable la música



de las tijeras y el aroma pesado, enervante e higiénico de las lociones. Tan sólo las paredes estaban recién pintadas, los baldosines nuevos y la columna de junto a la estufa forrada de espejos. Cuando Floro se reclinó en el sillón y cerró los ojos constató que nada había cambiado. El duendecillo trepó por sus rodillas y se le metió dentro tan pronto las tijeras de Julio Alvarez iniciaron su actividad.

Don Floro era el único ciudadano que disfrutaba en la barbería de Julio Alvarez del privilegio de la elección de operario. Generalmente era Julio el elegido supuesto que Julio llenaba las exigencias de un don Floro normal. Pero a veces don Floro se encontraba nervioso, otras cansado, y otras en fin, sombriamente sinuoso. Para estos casos se reservaba a Conrado, Lope o Amadeo. Cada uno tenía su técnica y su estilo. Cada tijera su rumor. Cada mano su procedimiento. Seguramente no existiría otro hombre en la ciudad que como don Floro fuese capaz de descubrir al operario con los ojos vendados, sin otros indicios que el parloteo de las tijeras y la disposición del peine y de las manos.

Conrado era exageradamente lento y comedido. Un operario concienzudo que se enfrentaba con una cabeza con la misma unción que Berruguete con un pino. Para Conrado, su trabajo no constituía un medio de ganarse el sustento, sino una actividad artística. Frecuentemente le desagradaban sus obras. En esos casos le invadía un hermético mal humor. En una ocasión, enmienda tras enmienda, guiado por un noble y dignísimo anhelo de superación, dejó a un magistrado rapado al cero. Sus manos eran blandas, torpes y puntuosas. El peine en él era lo que la sombrilla para el volatinero: un recurso para conservar el equilibrio. Sus dedos dejaban en el cuello una dirusa sensación de humedad. La música de sus tijeras tenía en su solemne profundidad, en sus pausas, maduras inflexiones un lejano acento de órgano: «Cuchi-ta-ta-tá, Cuchi-ta-ta-tá.

Lope, por el contrario, era todo vivacidad. Rara vez sus tijeras daban un golpe en el vacío. Para él todo era sustancia: «Cuchi-cuchi-cuchi chichichi chichi-tá, Imprimía a sus movimientos una euforia deportiva. Para él una cabeza era un mach. En ocasiones comenzaba una cabeza simultáneamente que Conrado y se decía: «He de sacarle diez minutos.» Con Amadeo se sentía más modesto: «He de terminar antes que él. Si me gana es señal de que por pitos o por flautas no me lanzaré este verano al río desde el Puente Mayor.» Sus manos eran resueitas e implacables. Sus silenciosos mandatos no admitían objeción. Jamás vacilaba. Siempre hallaba solución para un movimiento de tijeras precipitado. Don Floro se ponía en sus tijeras los días que se encontraba fatigado. Lope comunicaba a la cabeza una sensación refrescante. Uno se levantaba del sillón con ganas de correr los cien metros lisos. Conrado valía, en cambio, como sedante. Se diría que las manos y las tijeras de Conrado se ocupaban de ligar pacientemente nervio con nervio.

Contrariamente, Amadeo producía la impresión de una animosidad reprimida. Don Floro, cuando se incomodaba con sus semejantes, se sentaba en el sillón de Amadeo con la seguridad de que estaba chinchando a una considerable parte de la humanidad. Amadeo se mostraba apático con la herramienta. Consciente de la competencia tácita que planteaba Lope cada vez que iniciaban simultáneamente una cabeza se daba prisa por derrotarle. Sospechaba que a Lope le sabía esto a cuerno quemado. Si le vencía sonreía con la comisura izquierda. Sus manos y sus tijeras eran rudas. Jamás dominó las sutilezas del oficio. Una vez le cortó el lobulillo de una oreja a una niña de cuatro años. Sus tijeras decían: «Tatá-cuchichi, cuchichi-tá. Cada tirón procuraba a don Floro un motivo de satisfacción: «Chinchate»—se decía, degustando su amodorramiento. Era como si fuese él quien tirase de los pelos a Amadeo. Abría un ojo como una luna y divisaba a Nano, ya casi un hombre, aburriéndose recostado en un rincón. Sonreía como diciéndole: «¿Te fijas en la absurda irritación de este hombre?» Y volvía a cerrar el ojo.

A Nano, a raíz de la reforma, le prohibió Julio Alvarez que cociese huevos en la lata de la estufa.

Y Nano, llegadas las once, no sabía qué hacer con sus manos. Padecía de estrabismo y tenía hundida la mandíbula inferior. Era medio tonto. Su padre decía que a consecuencia de un golpe. Conrado sentenciaba inapelablemente: «Antecedentes sifilíticos.»

Pero la historia seguía su curso. La historia del mundo y la de la ciudad dejaban su huella y ayudaban a crear la historia de la barbería y la historia de Julio Alvarez. Y la historia de Conrado, y la de Lope, y la de Amadeo, y la de Nano, y la de don Floro, y también la historia de la lata que durante los prolongados y crudos inviernos de la meseta borboteaba alegremente sobre la estufa de serrín. A veces, la historia se metía de rondón en la barbería y armaba una barahunda. Tal aconteció el día 6 de junio de 1869 al promulgarse la Constitución. Las fiestas se armaron delante de la barbería de Julio Alvarez. Las bandas de música discurrían sin pausa ante los ventanales; y lo mismo los regimientos de la guarnición y las dulzainas y comparsas de danzantes; y por la noche los fuegos artificiales. Fué aquella la primera vez que la multitud quebró una luna de la barbería de Julio Alvarez.

Antes también había entrado la historia en la barbería y se llevó en rehenes uno de sus miembros. Era el 12 de febrero, y Nano aclaró de regreso de la pizarra:

—Piden voluntarios para Cuba.

Lope se quitó el mandil.

—¿Dónde vas?—preguntó Julio Alvarez.

—A alistarme—dijo Lope con resolución.

—¡Ojalá! Aquel es un clima insalubre—terció Conrado.

Y Floro pensó: «¿Qué haré, Dios, el día que me encuentre fatigado?»

Aventuró patéticamente:

—Vas al matadero hijo.

La estufa crepitaba en el silencio que siguió. Lope regresó diez meses después, renqueando de una pierna. Todos esperaban que contase cosas de la manigua, pero Lope no despegó los labios. Al coger las tijeras le colgaron dos lagrimes. Nadie sabía por qué lloraba.

Al verano alguien le preguntó:

—Lope, ¿para cuándo lo del puente?

—De eso ya nada—respondió Lope. Y ponía su pierna por testigo.

Un mes más tarde volvió la historia a entrar en la barbería. Era curioso que la historia utilizase la voz tartajante de Nano para manifestarse:

—¡Ha estallado la guerra! ¡Ha estallado la guerra—voceó Nano.

—¿Qué guerra, memo?—dijo Amadeo.

Nano le miró con una expresión estúpida:

—No lo se—dijo.

Era la guerra francoprusiana, pero Conrado no pensaba en la guerra, porque acababa de pedir a Julio Alvarez su padre adoptivo, la mano de Manolita, la segunda hija adoptiva de Julio Alvarez. Un enredo. Amadeo esperaba «su momento». Lope organizaba por aquel entonces competencias de bateles, y tampoco pensaba en la guerra. Pero llegó la guerra y pasó la guerra, y aunque era una guerra grande, apenas la sintieron y les parecía una guerra insignificante, y, por contra, la nimia guerra que montaron como un espectáculo los voluntarios de la República el 3 de enero de 1874 les pareció una guerra inmensa, inacabable y cruenta. Amadeo pensó que «su momento» había llegado. Julio Alvarez dijo:

—¡Nano, hijo, echa las trampas!

Sonaban los tiros y los cañonazos próximos. Conrado dijo:

—La ciudad está hundiéndose. Estamos perdidos.

Tenían el quinqué encima de la mesa de las revistas y eran tres pares de ojos asustados. Sólo Lope conservaba la serenidad. De pronto sonó un disparo e inmediatamente un quejido. Pesaba un silencio dramático en el interior del local. Todos esperaban y temían que el lamento se repitiera. Y el lamento se repitió. De súbito alguien apoyó una de las trampas.

—¡Abran, abran! ¡Hay aquí un hombre desangrándose!

Lope levantó la trampa. Una mujer intentaba arrastrar el cuerpo de un hombre hasta la barbería.

—¡Vamos, ayúdenme!—dijo—¿Qué hacen allí mirando como ratas asustadas?

Memdeaban los tiros y las corridas, pero Lope salió y ayudó a la mujer. La mujer llevaba un brazalete de la Cruz Roja. Daba órdenes concisas y terminantes, con tal imperio que Julio, Conrado, Lope y Nano rivalizaban en cumplirlas. Nano dijo, de pronto:

—Si es el inglés.

—¿Qué importa eso ahora—dijo la enfermera que friccionaba la herida del hombro del hombre con agua de colonia.

—¿Qué inglés?—preguntó Lope.

—El criado de don Floro—dijo Julio Alvarez.

La enfermera levantó la cabeza. Añadió Julio Alvarez:

—¿Cómo está usted? Discúlpeme, no la había reconocido, señorita Teresita.

A doña Teresita se le llenaron los ojos de lágrimas. Vaciló. Sólo fué un momento, pues, inmediatamente reanudó la cura del herido.

Cuando el capitán general ordenó desarmar a los voluntarios de la República y la paz tornó a posarse sobre los tejados, la ciudad entera comentó la abnegación de doña Teresita, que poniendo en peligro su vida había salvado la de su «rival».

Pero ni por esas se conmovió don Floro.

Pero ni por esas pensó Amadeo que «su momento» hubiera pasado.

Una mañana aparecieron adheridos a todas las trampas de la barbería unos pasquines insólitos:

«El Consejo Local de la Federación Alcoyana de la Asociación Internacional de los Trabajadores reta a controversia a todos los hombres que lo deseen para discutir los principios fundamentales de la Internacional.»

Al efecto tendrá lugar una asamblea pública el domingo 26 en la plaza de toros. ¡¡Aceptad el reto!!»

Don Floro penetró en la barbería en el momento en que Julio Alvarez decía:

—¿Vas a Alcoy, Amadeo?

—Yo no puse esos pasquines, patrón—respondió el aludido con gesto hosco.

Fuera hacía un frío endiablado.

—¿Qué sucede en Alcoy?—inquirió don Floro, descalzándose los guantes y arrimando las manos a la estufa.

—Amadeo debe saber lo que ocurre en Alcoy—dijo Julio malhumorado.

Conrado se acercó tímidamente a don Floro:

—Felicítame, don Floro, mi señora ha tenido familia.

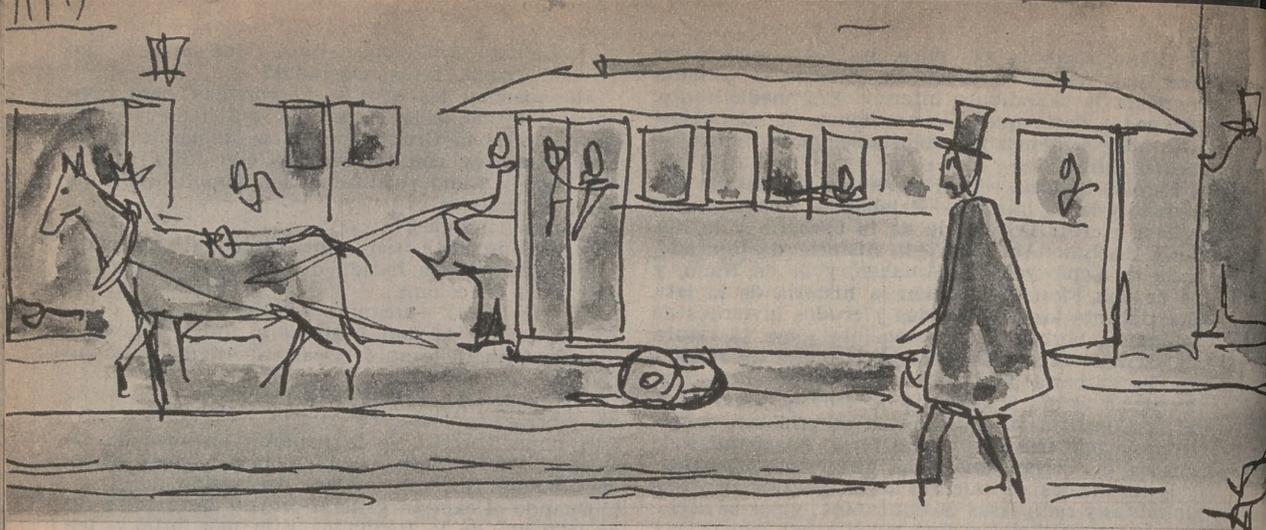
—Enhorabuena—dijo don Floro.

—Le dije antes que yo no pegué los pasquines—añadió Amadeo; y luego, volviéndose a don Floro—: Una controversia.

Aun pensaba Amadeo que era llegado «su momento» y no andaba errado, porque la descomulgada turbulencia del mundo llegaba, con frecuencia, hasta la barbería. Se acusaba la desordenada vitalidad del mundo en la desordenada vitalidad del periódico local, cuya sede se levantaba en la esquina, calle por medio. La guerra, la peste, el malestar, provocaban a menudo un movimiento de excitación y de alarma. A veces, si la tensión era grande, Julio no se conformaba con las noticias de la pizarra y enviaba a Nano a la redacción:

—Si estuviera don Amado le pides los telegramas. Dile que vas de parte de Julio.

Julio era amigo de don Amado desde que le facilitó una entrevista con don Claudic Moyano en la barbería. Los reporteros sabían agradecer esta clase de servicios. Si don Amado estaba arriba, Nano bajaba los telegramas. En otro caso habían de resignarse con lo que la pizarra anticipase. El mundo vivía aquellos días atrozmente, casi ferozmente. Los clientes decían: «Nunca hubo época como ésta». Mas la ciudad—como la barbería—continuaba existiendo, engranada a una rutina, con los unos viviendo a costa de los otros, tal vez de los que más odiaban. Era una cadena donde cada eslabón le era indispensable al siguiente. Don Floro veía discurrir a través del ventanal el tranvía de mulas del viejo Tinín, que se encajaba cada vez que el viejo animal soltaba en plena avenida un collar de cagajones. Tinín ignoraba que gracias a los cagajones vivía Santi, el basurero municipal, y gracias a la indolencia de Santi vivía don Amado, el redactor, puesto que ello le proporcionaba temas para sus campañas contra el desaseo urbano, y gracias a las campañas de don Amado vivía



Meninito, el escobero de la calle de la Sortija, proveedor de la casa Consistorial... Era una larga, infinita cadena, que no interrumpían la guerra, la peste, ni las calamidades y que se tejía allí, delante de las barbas y de la barbería de Julio Alvarez.

Un buen día salió el sol, se posó el mundo y empezó a florecer el progreso. Y empezó a florecer la ciudad y la barbería de Julio Alvarez y se diría que «el momento» de Amadeo había pasado a la historia. Llegaron las primeras máquinas de coser bien de mano—desde doscientos reales hasta quinientos veinte—, bien de hacer bieles, bien para sastrés con aparato para hacer cjales, bien para bordar. Llegaron los primeros velocípedos, las campanillas eléctricas y los tubos acústicos para establecimientos y carruajes; llegó el teléfono del doctor Bell para transmitir la voz humana a largas distancias; llegaron las ostras de Ostende para satisfacer a la parroquia del bar Imperial. Llegó el bálsamo anticólico, remedio heroico para combatir toda clase de cólicos en las caballerías; llegó el fonógrafo, admirable invento de mister Edison; llegó el ozón, agua compuesta de electróoxígeno, para bebidas e inhalaciones. Llegaron los sombreros de castor, última novedad, de bonitos colores y escogidas clases. Llegó la segadora-guadafadora de W. A. Wood, muy superior en perfección, ligereza y solidez a todas las de su clase. Llegó el enolaturó de acónito y canchalagua, precioso medicamento para todos aquellos casos en que fuese de necesidad la evacuación sanguínea. Llegaron la Patti y Gayarre, Frascuelo y Lagartijo, Sarasate y la Albani. Llegaron las trasfusiones de sangre de cabra para combatir la tuberculosis y la vacuna antirrábica de Pasteur. Llegaron, en fin, la lámpara, la máquina voladora del señor Holmes y la silla eléctrica. Llegaba, con todo ello, «el momento» de Conrado y Lope; y Conrado decía: «Dentro de pocos años la gente se morirá de vieja. Habrá un remedio para enfermedad».

Lo decía con su saludable optimismo, lo único saludable que Conrado poseía. Y Lope, deportista en la reserva, se metió a organizador: carreras de velocípedos, carreras pedestres, concursos de natación. Una vez, por la feria de San Juan, Lope organizó una carrera de cintas. Cayó en campo aborinado la idea, y durante dos semanas no se habló en la barbería de Julio Alvarez de otra cosa. Lope explicaba:

—La dificultad consiste en ensartar las cintas con una aguja sin caer del velocípedo. Es una prueba de sangre fría y habilidad.

—¿Y quién gana?

—El que más cintas enhebra.

Al fin se celebró la prueba con un éxito ruidoso, hasta tal punto que el Ayuntamiento acordó en sesión ordinaria que la carrera de cintas figurase en lo sucesivo en los programas de feria. Lope se hizo un personaje. Se volvía a recordar su intrépida juventud. El periódico hablaba de su hazaña al arrojarle al río desde el puente de Viana. Algún ciudadano de esos que viven con retraso le preguntaba:

—Y eso de las carreras de cintas, ¿lo inventó usted?

Lope sonreía, no decía ni que sí ni que no. Su

amor propio le impulsaba a dejar una puerta abierta a la creencia de que él era, efectivamente, el inventor. Don Floro le dijo un día:

—Eso lo aprendería usted en Cuba.

—Ciertamente, allí reflexioné mucho—respondió Lope.

Pero Lope no decía ni que sí ni que no, porque su felicidad dependía precisamente de no decir ni que sí ni que no. Había llegado «su momento».

Era una etapa suave y benévola aquella. Pero nadie reconocía que vivía una era feliz. Un mal día el mundo arrugó el ceño y tornó a cambiar de postura. El mundo es como el hombre que no consigue conciliar el sueño. Y vino la filoxera, y se fué Gayarre, y se fué la Patti, no sin dejar dispuesto que se diese sepultura a su cuerpo en el magnífico castillo de Graig-Nosy, y que sobre su tumba se colocase una jaula de ruiseñores. Y retornó el cólera, y con él la difteria y la peste bubónica. Y se inició la torva actividad de «la Mano Negra», y cayó el Zar, asesinado, y cayó el Presidente Garfield, asesinado, y el socialismo devenía en anarquismo porque los pobres ricos no se resignaban a satisfacer las aspiraciones de los pobres pobres...

Amadeo pensó que era ahora cuando llegaba «su momento». Bordeaba los sesenta y toda su madurada y añeja ideología se transformó en viento. Hablaba de los «Trade Unions», el nihilismo y la libertad, pero había perdido su virgen empuje ofensivo.

Una tarde de enero de 1890, como se marchara el último parroquiano antes de la hora del cierre, Julio Alvarez, Conrado, Lope y Amadeo se encontraron, casi sin saber cómo, sentados en círculo, con la estufa por medio. Todos se dieron cuenta de pronto de que todos eran viejos. De que habían envejecido inconscientemente. Traspasaba los cristales la luz cenicienta del crepúsculo. Entonces entró don Floro y dijo:

—Buenas tardes; nadie se mueva.

Y tomó una silla, y sin añadir palabra se sentó entre ellos. También don Floro les vió de repente viejos a todos. Les unía un silencio cordial. Dijo de súbito una voz:



—¿Qué tiempo hace que murió Namo?

—En marzo hará cuatro años—respondió otra voz. Volvió el silencio. Un silencio que hubiera podido dividirse en dos con una navaja. Namo, el tonto, palpataba en ese silencio. Al cabo, la voz de Amadeo:

—Patrón, ¿recuerda aquellos pasquines sobre una controversia en la plaza de toros de Alcoy que aparecieron una mañana pegados en las trampas de la barbería?

—¿Qué hacer sino recordarlo!—dijo una voz.

—Los pegué yo.

Silencio. Los cristales se ennegrecían y las detonantes blusas blancas entre las sombras parecían fantasmas. El agua hervía en la lata sobre la estufa. Pausa. En la punta de la pausa, la voz de don Floro:

—Nunca quise preguntarles si es cierto que la señorita Teresita arriesgó su vida ahí en la esquina cuando los sucesos del 73 para salvar la de mi criado Wálter.

—Es cierto—respondieron cuatro voces impersonales.

Y don Floro no apeteció en este momento el rumor de las tijeras. Solamente explicó:

—Tal vez me equivoqué una sola vez en la vida. Eso nunca puede saberse.

Pero en la pausa siguiente temblaba ya la música de las tijeras. Y el aroma enervante de los perfumes y los ungüentos. Y la historia. Como tembló todo ello exactamente la tarde del 18 de marzo de 1883 cuando Amadeo se presentó con una horrible corbata de lazo negro, rala y mate como el ala de un murciélago.

—Ha muerto Karl—explicó.

—¿Karl?—inquirió Lope.

—Marx.

—¡Ah!

—«Requiescat in pace»—dijo Julio Alvarez.

Eso ocurrió siete años atrás.

Ahora Julio se incorporó y dió la luz—luz de la Compañía Eléctrica—y rompió el hechizo.

—¿Se va a servir usted, don Floro?

Don Floro se sirvió.

Meses más tarde Julio Alvarez decidió el tras-paso. Justo el día que Manolita, la señora de Conrado, se marchaba al otro mundo a consecuencia de una diabetes.

Al retirarse del Círculo don Floro no se encontraba bien. «La impresión—pensó—. Es la impresión.» Walter advirtió que don Floro tenía unas bolsas cárdenas bajo los ojos. Eso fué al llevarle el chocolate. Ahora don Floro, cuando se iba a meter en la cama, pareció recordar algo, se volvió y levantó una punta de la cortina. «¡Qué bobo—se dijo—. No sabía si era de día o de noche.» Luego estuvo escribiendo un rato, ya en la cama. Al concluir dobló el pliego y lo introdujo en un sobre junto a un pequeño envoltorio. Dificultosamente escribió en la cubierta: «Este sobre contiene mi testamento.» Luego reclinó la aseada cabeza en la almohada, cerró los ojos y se murió.

—Son las nueve, «señor»—dijo más tarde Wálter. Descorrió las cortinas.

—«Señor», son las nueve—repitió.

Pero como el señor no se moviese, Wálter se acercó a él y vió que estaba muerto. Entonces colocó la bandeja con el chocolate y los bizcochos sobre una mesita, se sentó cómodamente y se desayunó. Después, con toda calma, se incorporó, recogió el sobre de la mesilla de noche, se puso el abrigo y se fué a casa del abogado.

El testamento de don Floro era muy simple. «En X, a 20 de febrero de 1891. Yo, Floro Domínguez Vaquero, soltero, propietario, vecino de esta ciudad, con el pleno uso de mis facultades intelectuales y capacidad legal para otorgar el presente testamento ológrafo, expreso mi última voluntad en la siguiente forma:

Primero. Declaro ser natural de X, hijo de los difuntos Floro Domínguez y Enriqueta Vaquero; que estoy soltero, por lo que carezco de herederos forzosos.

Segundo. Declaro profesar la religión católica, apostólica y romana, en cuya fe quiero vivir y morir.

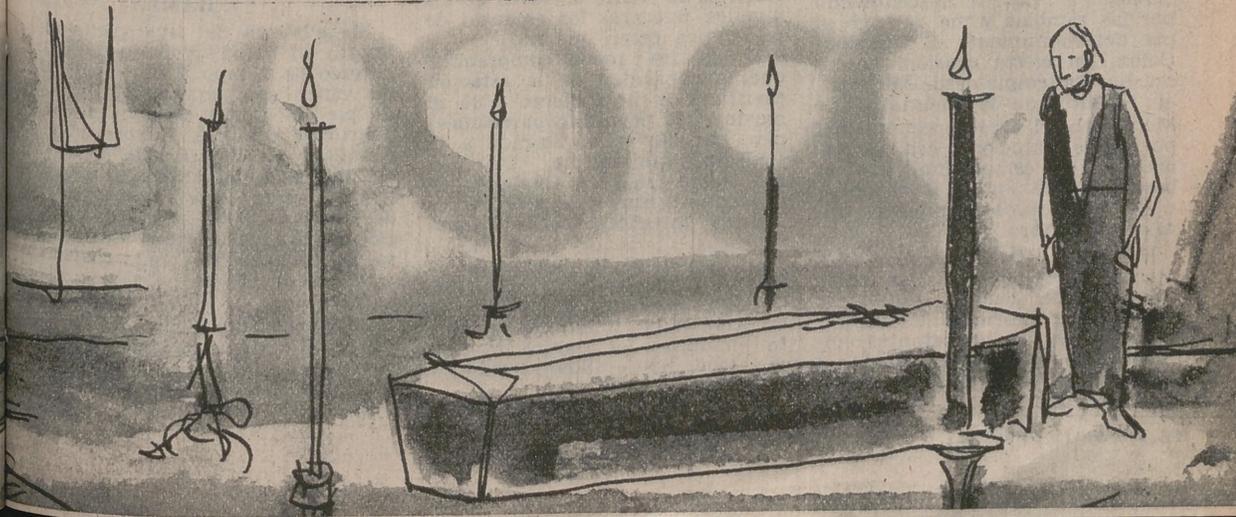
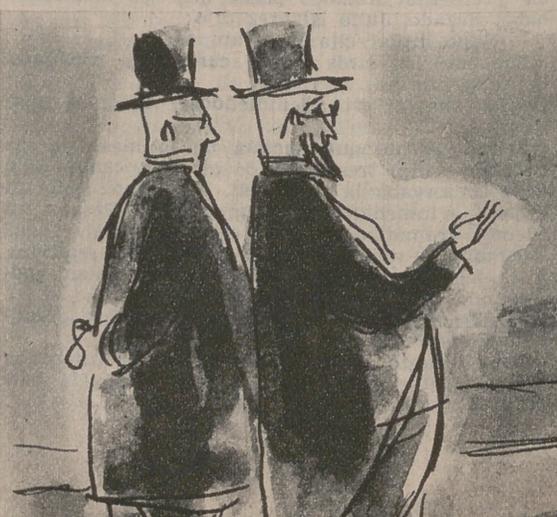
Tercero. Lego en pleno dominio a mi fiel sir-viente Domiciano Esteban, alias «Wálter», en pago de sus generosos servicios, mil duros.

Cuarto. Lego en pleno dominio a la señorita Teresita Rosa Domenech el envoltorio que se encuentra sobre la mesilla de noche, a la cabecera de mi lecho en la casa que habito.

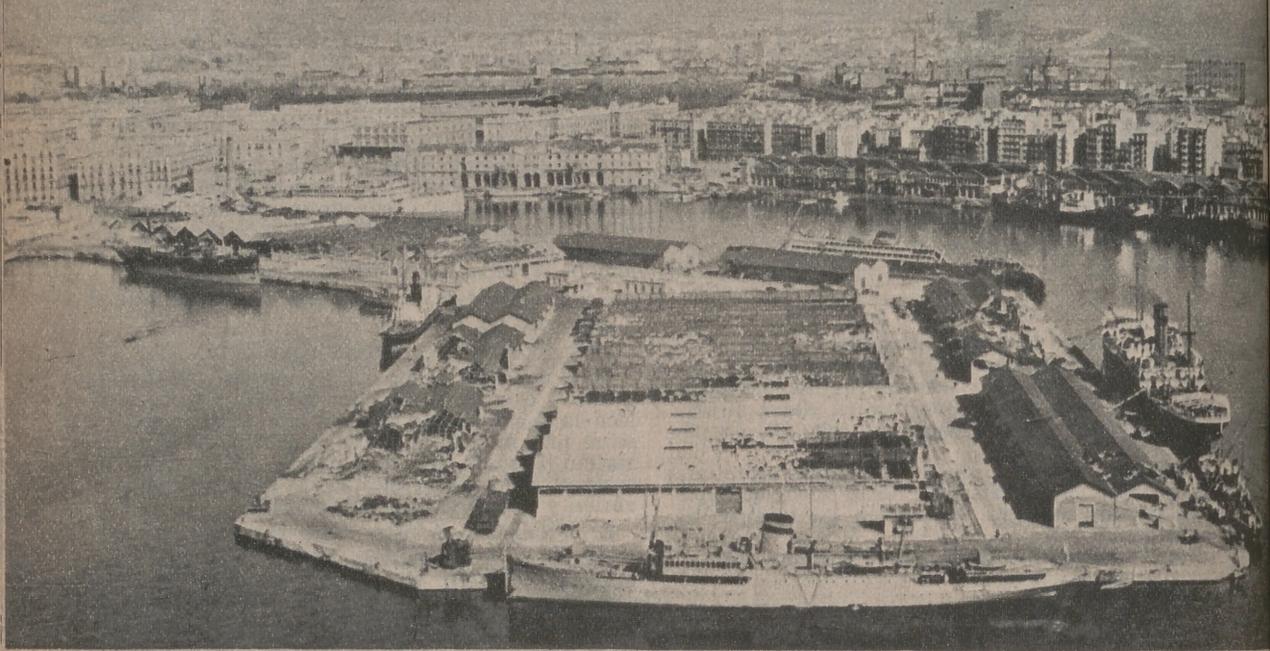
Quinto. En el remanente de mi patrimonio instituyo por mi único, universal heredero en pleno dominio a don Julio Alvarez, barbero, con la condición de que mientras viva no traspase ni reforme el local donde actualmente desarrolla sus actividades profesionales.

Así otorgo este testamento ológrafo, escrito todo él de mi puño y letra y salvadas las palabras equivocadas, que firmo y rubrico en la ciudad y fecha arriba indicadas.—Floro Domínguez Vaquero.»

El envoltorio para la señorita Teresita contenía solamente, simplemente, exactamente un minúsculo guardapelo de plata.



# BARCELONA, PUERTO DE MAR



**B**ARCELONA, insistentemente, mira al mar, si bien los barceloneses parecen volverle la espalda.

Recién llegada a esta ciudad observé que sus calles se inclinaban todas en una dirección única.

—¿Hacia dónde?—pregunté.

—Hacia el puerto—me contestaron—. Hacia el mar...

¡Claro! Si Barcelona es puerto de mar. Uno llega casi a olvidarlo, medio perdido en su ajetreo cosmopolita, arrastrado por la complejidad de su vida de gran urbe, debido, quizá a que desde el centro de la ciudad hay que elevarse muy por encima de su tupida red de edificios para poder asomar la cabeza al Mediterráneo barcelonés.

Pero, más o menos olvidado por los habitantes del centro, el gran puerto de Barcelona está allí. Con su vida propia, intensa y peculiarísima, con su difícil perspectiva y la multiplicidad de sus facetas, alguna de las cuales quisiera yo pulsar.

Llego al puerto descendiendo por las ramblas y me detengo al pie del monumento a Cristóbal Colón. En cierta ocasión no ha mucho, contemplé desde Miramar, en lo alto de la montaña de Montjuich, el aspecto general del puerto de Barcelona, con su forma de «U» cerradísima, con su base apoyada en la Barceloneta y sus dos brazos larguísimo paralelos al litoral.

Hoy, desde Colón abarco solamente la puerta de la Paz, parte principal del puerto, punto de embarque y desembarque de pasajeros, con dos importantes edificios, uno de ellos destinado al servicio de Aduanas y el otro a la Junta de Obras del Puerto.

## DISCUSIONES Y REPARACIONES

La Junta de Obras del Puerto ha dedicado hasta hace poco sus actividades a reparar el pavimento de la espaciosa plaza. Podían verse, acá y allá, carretillas metálicas cargadas de arena y piedras, pequeñas furgonetas y un sin fin de castillos de adoquines que impedían la libre circulación. Barreras y postes móviles, de color rojo y blanco, detenían el tránsito rodado a prudente distancia de la zona en reparación. Ahora las obras han concluido y la plaza ofrece al sol de verano un adoquinado perfecto y claro.

De momento, la Junta de Obras discute un poco, en son de tertulia, con algunos sectores representativos. Ambos aman al puerto y desean perfeccionarlo. Pero sus criterios no coinciden. Los interesados opinan que la Junta debería permitir la instalación de los Clubs marítimos en el edificio de la puerta de la Paz, y la Junta opina que no. La Junta cree que es imposible suprimir el paso de los ferrocarriles de la Renfe a través de los muelles, mientras los amantes de la estética creen que no.

Y en fin, todos comprenden que la capacidad de la estación marítima es insuficiente para el movimiento portuario barcelonés; pero aun no se ha llegado a la solución indiscutible. También hablan de grúas, de tinglados, de adentamientos y de necesidades que se justifican como inaplazables.

Al fondo de la puerta de la Paz a la diestra de Colón, los antiguos astilleros de la Corona de Aragón lucen hoy su esqueleto en forma de barcos invertidos, con las quillas apuntando al cielo.

Son las cinco de la tarde. Al-

gunos obreros limpian la plaza de los últimos vestigios de las recientes obras. Aun quedan restos de cemento y arena, maderas y adoquines esparcidos. Unos marineros beben y charlan en el mostrador de un garito emplazado en el centro. Un par de escuálidos turistas permanecen impávidos ante los amplios gestos teatrales de un guía improvisado.

En último término el mar. Es decir, un pedazo de mar aprisionado por los brazos del puerto, una masa de agua grasienta y oscura, y en ella un abigarrado conjunto de embarcaciones de todos tamaños, formas y colores: buques, lanchas motoras, pequeños veleros, embarcaciones particulares... Entre ellas, amarradas al muelle, la «Santa María», del genovés, el buque escuela «Baleares» el «Palma de Mallorca», que zarpará a las nueve y una infinidad de barquillas de motor y de remos, dispuestas para el alquiler.

—¿Una vuelta al puerto en barca, señorita?

## UN CABALLERO DEL HAMPA

Me gustaría dar una vuelta al puerto en barca, ¿cómo no! Pero carezco de tiempo. Estoy citada a las cinco con una amiga, aquí, al pie de Colón. Ella viene al puerto de compras. Conoce a un caballero del hampa que le vende plumas estilográficas, medias nylon y toda clase de productos de tocador casi a mitad de precio de lo que cuestan esas cosas en los comercios de la ciudad.

Lo que yo quiero es asistir a la entrevista.

Aquí llega mi amiga.

—Me he retrasado un poco—dice—. Hay que darse prisa. Nos espera al final del paseo de Colón. Efectivamente, allí nos espera

nuestro caballero. Nos saluda amablemente y como la calle es peligrosa para esa clase de transacciones comerciales, nos invita a seguirle hasta un bar.

Nos sentamos y pide él al camarero tres cafés.

—¿Tiene usted las plumas?— pregunta mi amiga.

—Ahí las tengo—contesta él—, y de lo profundo de su bolsillo saca un montón de plumas estilográficas, negras, azules, grises, envueltas en celofán.

—Escoja las que más le gusten. Mi amiga selecciona dos.

—¿A qué precio?—inquire mientras tanto.

—Por tratarse de usted se las dejo a 180 pesetas cada una.

Aquí intervengo yo.

—Dígame. ¿Y si se tratara de mí?

El caballero del hampa sonríe. Mientras lío un cigarrillo, contesta:

—Por 180, lo mismo. Y tengo también medias americanas, y estuches de manicura, y maquillaje, y pañuelos de seda...

—No, no. De momento no necesito nada. En cambio siento gran curiosidad por la procedencia de estas mercancías. ¿Llegan por mar?

Me mira inquisidoramente. ¿Seré yo de la Policía? Le tranquilizo y vuelvo a la carga.

—Dígame. ¿Ha tenido usted tropiezos?

—Pues verá...—dice, meneando la cabeza—, tropiezos, tropiezos... Llevo diez años en el oficio y nunca estuve en la cárcel. En una ocasión me atraparon en plena faena, con varios cartones de tabaco rubio en la mano. Me pusieron una multa bastante crecida.

Se está haciendo tarde y la venta ha concluido. Además, y «por si acaso», el caballero del hampa no quiere contar nada más.

Nos despedimos de él y yo regreso al puerto lentamente. Llego a mi punto de partida a las seis. Los obreros de la Junta de Obras con exactitud de cronómetro, dan por terminada su jornada de trabajo.

### EN LA MOTORA DEL PRACTICO

Me encamino hacia la derecha, en dirección al muelle de Atara-

zanas, en busca de un práctico amable que quiera informarme del movimiento portuario actual.

La oficina de los prácticos está junto a la estación marítima. Una escalera angosta un segundo piso y una puerta entornada con un letrero que pone: «Empujar».

El único práctico que hay allí en estos momentos, se dispone a salir. El otro práctico, su compañero de guardia en ese día, acaba de embarcar para dar salida a un buque francés. El ha de salir inmediatamente para dar entrada a un barco español.

—¿Podría ir con usted?—  
—Desde luego, si no es propensa al mareo.

Aseguro que no lo soy y embarco en una pequeña lancha motora junto al práctico. Un marinero conduce el timón. Está oscureciendo y las luces del puerto empiezan a brillar.

A la derecha, el faro del rompeolas enciende y apaga su luz verde.

—¿Ha de ser forzosamente verde?—pregunto.

—Sí. La luz verde señala siempre la derecha del puerto. A la izquierda—añade—tenemos la luz blanca del faro de Montjuich, y allá enfrente la del faro del Llobregat.

—¿De luz fija?

—Sí, con un destello brillante cada sesenta segundos.

Hemos salido del puerto y la lancha empieza a oscilar.

—¡Vaya oleaje!—exclamo.

—¡Por Dios, señorita! Si es simple marejadilla. Pero vea usted. Allá va el buque francés.

Diviso una gran mole negra que se aleja con lentitud.

—Es un buque mercante que lleva rumbo a Marruecos.

—¿Entran muchos barcos extranjeros?

—Pues, sí. Los más son italianos.

—¿Tardará el barco español?

—No, está por llegar. Ya dió las señales.

—¿Qué clase de señales?

—De sirena, si es de día. De sirena y luces, por la noche.

—¿Es más difícil la entrada de noche?

—Aproximadamente igual.

Bien. Ahí está el buque español. Es un barco de cabotaje, de nombre gallego. Cuando está lo suficientemente cerca saluda con

tres sirenazos. El práctico responde haciendo señales con su linterna; la lancha se aproxima al buque y el práctico trepa a cubierta por la escalerilla lateral.

La lancha, el marinero y yo regresamos al puerto.

—¿Pertenece a la Marina los prácticos?—pregunto al marinero.

—Sí, a la Marina Mercante. El —dice señalando la escalerilla por donde ha trepado el práctico— es capitán.

### UNA TABERNA CON CLIENTELA INTER-NACIONAL

De nuevo en tierra firme, cruzando entre cajas de madera y maquinarias de todas clases estacionada en los muelles—cargas y descargas de buques—, me dirijo en busca de un bar. Fuera o no simple marejadilla el oleaje de fuera del puerto, lo cierto es que yo necesito una bebida reconfortante.

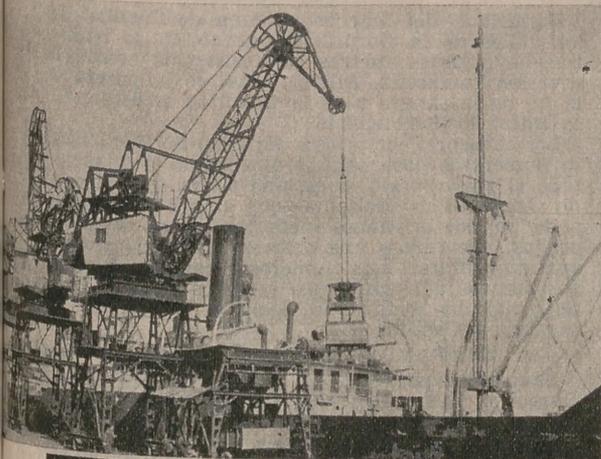
El bar es pequeño y desmantelado. Uno de los varios que hay a lo largo del muelle de la Muralla. El tabernero, gordo, charlatán y en mangas de camisa, como todos los taberneros, situado entre una pared de botellas y el mostrador, contesta amablemente a mis preguntas. Me cuenta cosas intrascendentes, pintorescas y anecdóticas de su oficio, con la misma destreza con que corta de un soplo la blanca espuma de la cerveza.

—¿Que si beben los extranjeros?—  
—¡Depende! Los mejores clientes son la gente del Norte. Saben gastar y beber. El otro día un finlandés bebió veinte cervezas y diez cinzanos seguidos y se quedó tan campante. En cambio, los japoneses y los chinos no gastan ni una peseta. Los italianos también beben poco. Y a los ingleses les vuelve locos el moscatel...

Salgo fuera. Es ya de noche. Llega del mar una humedad molesta.

El barco español, de nombre gallego ha anclado ya. Sus luces siguen encendidas y se advierte en cubierta un gran movimiento. Tras él el faro del rompeolas sigue guiñando, incansable su único ojo verde.

Josefina J. DALMAU



Un aspecto del puerto de Barcelona



Despedida a los viajeros de un trasatlántico

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# ESPAÑA, DE ALTAMIRA AL ALCAZAR

Por Anton DIETERICH

ES muy posible que la España de pandereta que pusieron tan de moda los escritores románticos, la que divulgaron especialmente Mérimé, Daudet y otros franceses, la de la ópera «Carmen», haya tenido alguna influencia ocasional en nuestra balanza exterior de pagos, hinchando la partida de ingresos con las divisas de unos turistas tan ávidos de pinto-resquismo como despistados. Pero no cabe duda que los creadores de esta leyenda dieron al mundo una visión deformada y absurda de nuestra Patria y prestaron un flaco servicio a la verdad y a España.

Afortunadamente, el libro que presentamos hoy a nuestros lectores es completamente distinto. Anton Dieterich—gran periodista alemán y gran enamorado de España—ha sabido captar con difícil facilidad el ser auténtico de España, de una España siempre «moderna», siempre en cabeza con obras maestras de su genio universal, desde Altamira—hace quizá veinte milenios—hasta nuestros días, hasta la gesta del Alcázar toledano, que son los dos extremos de su relato y jorman el subtítulo de su libro.

Con esta guía espiritual de nuestro turismo, el autor ha prestado un gran servicio a la verdad y al mundo. Intencionadamente—para contrarrestar el equivoco de la España de pandereta—ha dejado Andalucía fuera de su itinerario y se ha detenido en Castilla. Para completar su obra, Anton Dieterich nos debe ahora —a españoles y extranjeros—un segundo tomo, el de Cataluña, que promete, y un tercero, andaluz, que esperamos con impaciencia.

«Spanien, von Altamirazum Alkazar».—Por Anton Dieterich.—W. Kohlhamer Verlag, Stuttgart, 1954, 242 págs.

## PREFACIO

LA imagen del mundo español a que nos aferramos tiene el colorido muerto de las flores artificiales, de esas flores que se guardan fácilmente, pero que carecen de frescura y aroma, aunque no pueden marchitarse. Si examinamos de cerca esa imagen de España la vemos polvorienta, rígida y pobre. Tiene un diseño romántico y un colorido predominantemente andaluz. Para nosotros la mujer española es la gitana Carmen con la navaja en la liga. El contrabandista, el bandolero y el torero de la ópera complementan el cuadro. El Patio de los Leones de la Alhambra tiene pretensiones de exclusividad.

Sin embargo, lo característico de España es su ser polifacético: Andalucía es muy pintoresca; pero Castilla, Extremadura, León, Galicia, Asturias, el País Vasco, Navarra, Aragón, Cataluña y Levante tienen su individualidad determinada con no menos vigor. Como exponente de la mujer española sirven por igual la Reina Isabel de Castilla, la mística Teresa de Avila, la heroína popular Agustina de Aragón o—en el campo de la pasión y de la belleza—una duquesa de Alba. La comparsa de la ópera «Carmen» no desempeña en España un papel de mayor importancia que el de cualquier or-

ANTON DIETERICH  
**SPANIEN**  
VON ALTAMIRA ZUM ALKAZAR



ganización de contrabandistas de las que trabajan a derecha e izquierda de todas las fronteras de todo el mundo. La preciosa elegancia del arte árabe no es más que una faceta en la talla rica del diamante de la arquitectura española. El románico de Cataluña o del norte de Castilla está lleno de preciosidades. El gótico se extiende firmemente a lo largo y a lo ancho del país. La magnificencia barroca de los palacios es inagotable.

## SAN SEBASTIAN

El extranjero que entra en España y se detiene en San Sebastián se encuentra con un balneario internacional de anchas avenidas, gigantescos hoteles y un sinfín de villas veraniegas. En los magníficos hoteles se sirve una comida europea con la que no es posible cumplir el precepto del buen viajero que consiste en recorrer el país, verle y degustarle. Con su ambiente cosmopolita, San Sebastián somete al viajero que entra en España a una especie de cuarentena para que vaya poco a poco liberándose de sus viejos hábitos y se prepare para la aventura española.

## ALTAMIRA.—UN COMIENZO COMO UNA EXPLOSION

En Altamira empieza—quizá veinte mil, quizá sólo ocho mil años antes de nuestra Era—la Historia del Arte de España. Estas pinturas de la «Capilla Sixtina de la Prehistoria» sólo pueden ordenarse y describirse históricamente. Su valor estético actual—permanente—no puede encerrarse en ningún tratado ni captarse en ninguna reproducción. La viveza y el realismo del arte español de todos los tiempos se presenta aquí no como un mero germen de lo que había de ser posteriormente, sino en plena madurez. El arte de Velázquez, Goya y Picasso está emparentado, pero no es superior ni distinto.

## SANTILLANA DEL MAR.—EL SOLAR DE CASTILLA

Santillana del Mar es la cuna de Castilla. En los valles de la Cordillera Cantábrica se reunieron las últimas fuerzas de resistencia contra la invasión sarracena. Allí se conservó la pureza de la fe, de la sangre y de la fidelidad al deber. Allí se inició la Reconquista.

Los invasores victoriosos no eran suficientemente numerosos para ocupar de manera permanente todo el país. Surgió, pues, una tierra de nadie—ni de Cristo ni de Mahoma—que empezó a ser ocupada por los cristianos menesterosos de campos y prados, iniciándose una empresa más colonizadora aún que militar. Los numerosos castillos levantados contra las incursiones sarracenas en la frontera que iba avanzando hacia el Sur dieron su nombre a Castilla.

## SANTANDER O LA CASTILLA ANFIBIA

Santander pertenece a Castilla lo mismo que Burgos o Valladolid. Pero aquí Castilla se asoma al mar. Las mareas marcan el ritmo de su vida. La bajamar lleva lejos a sus hombres, y la pleamar devuelve a los que añoran la Patria. El labrador de tierra adentro es aquí pescador, y el infante del duque de Alba, marinero de Juan Sebastián Elcano. El contraste con la alta Castilla es radical.

Pasamos al corazón de Castilla a través de estrechos valles. El paisaje ha cambiado por completo. Ya no es verde intenso, sino claro; ya no es húmedo, sino seco; ya no es de formas redondas y femeninas, sino rectas y varoniles. El horizonte se aleja y nos invita a la conquista. Nos rodea un aire de altura y respiramos más hondo. Estamos en la tierra de los celtiberos, de los romanos y de los visigodos.

#### BURGOS, LA CAPITAL DE CASTILLA

Es conveniente que el viajero haya respirado aire castellano, que haya hablado con sus hombres y comido y bebido con ellos antes de llegar a Burgos, porque la dignidad y el reservado reposo de esta ciudad no pueden captarse a primera vista. Burgos es la capital de Castilla, su joya y su quintesencia. Aquí nos encontramos con la auténtica España, no con la «españolada».

#### UN PAISAJE QUE NO LO ES

Antes de llegar a León contemplamos de nuevo el paisaje castellano, tan abierto a nuestros ojos como difícil de cantar. El que comprende Castilla y su serenidad pierde el gusto por las palabras. Cualquier escritor de otra región española puede ser un magnífico «paisajista», capaz de describir ricamente las bellezas de su tierra. Pero hay muy pocas descripciones del paisaje castellano. Sus poetas ocultan las vivencias de la tierra natal tras unas pocas frases. Hablar más sería charlatanería irreverente. Las palabras rebuscadas están fuera de lugar y revientan como pompas de jabón ante un horizonte sereno e infinito que no ofrece el menor punto de apoyo a nuestra vista.

#### LOS CASTELLANOS, PORTADORES DE LA IDEA DEL ESTADO

Los castellanos se asemejan a su paisaje en la grandeza de líneas. Nada débil, blandengue o mezquino hay en ellos. Son producto—a través de muchas razas—de una severa selección natural que tiene como motor una vitalidad bien probada. Dan la medida exacta de su historia. Son de porte digno y mesurados de gesto. La carcajada sonora les resulta de mala educación, y el «keep smiling» de los norteamericanos, que obliga a sonreír ante el fotógrafo lo mismo a la «estrella» del cine que al político que está viviendo unas horas muy serias, les resultaría absurdo.

#### LO CONTRARIO DE CARMEN

La mujer española no es tan morena, ni tan coqueta, ni tiene tanto «temperamento» como habíamos creído antes de pasar los Pirineos o como la que habíamos visto cantar en los escenarios. Es tan difícil de alcanzar como el paisaje en que vive y más cerrada que muchas de las creaciones de arte de la silenciosa Castilla. Puede asegurarse que es un tipo totalmente opuesto al de la Carmen de la ópera. La mujer castellana no es llama desbocada, sino fuego interior y bien guardado. No destruye, sino que conserva. No es la amante clásica que abraza y se abraza fuera del ámbito familiar, sino la madre, el centro de la familia.

#### VALLADOLID, IMPERIAL Y BURGUESA

Valladolid no concede importancia a lo pintoresco. Prefiere la claridad. Se interesa por lo sustancial más que por lo estético. Fué residencia de Carlos V y se siente ciudad imperial, tenga o no Emperador.

La seriedad con que toman las cosas los vallisoletanos se pone de manifiesto en sus procesiones de Samana Santa, llenas de dignidad, aunque no son un espectáculo divertido ni de folklore para turistas.

#### COMIDA Y BEBIDA EN CASTILLA

Castilla es un país pobre, lleno de tesoros. Su cocina es similar: sencilla, pero rica y sin uniformidad. La comida es, más que gusto estético que sirve además para calmar el apetito, un goce fundamental con el que se triunfa a diario de las necesidades de la vida. Para los castellanos incluso el comer y el beber son cosas serias que forman parte de la lucha por la vida.

Lo más característico es el plato único, un cocido que admite la más rica variedad de componentes y calidades, según la región e incluso la época del año, y que incluye entre sus ingredientes los productos mejores de la tierra, el establo, el mar y el río. En este sentido la cocina castellana es enciclopédica.

Zamora, la patria gloriosa de Viriato, «terror romanorum», es hoy una de las ciudades más tranquilas del país. Andamos por sus calles como por las salas de un museo. Las zamoranas son bellas, elegantes y reposadas. La calle principal, de Santa Clara, atraviesa el casco urbano y termina en el arabesco caligráfico de la catedral, con su cúpula bizantina de la segunda mitad del siglo XII, de extraño aspecto en el románico español.

#### LA DORADA SALAMANCA

Una bucólica ensoñación envuelve la ciudad que por su abigarrada riqueza y vitalidad sorprendente gana profundidad, hasta el punto de que allí se encuentran como en su casa el poeta y el pensador. Salamanca se nos ofrece con un panorama plástico y preciso desde la orilla izquierda del río a este lado del puente romano. No hemos llegado aún y ya estamos seguros de que la ciudad tiene «atmósfera».

Las piedras de Salamanca no rechazan la luz. Parece que la sorben, la guardan y convierten en oro.

#### ¡LOS TOROS!

Malas lenguas aseguran que las corridas de toros se han convertido hoy en una danza ante el becerro de oro. Pero los muertos y heridos que todos los años son sacados de las arenas demuestran que esto no es cierto. Lo que sí es cierto es que se torea más cerca de los cuernos que nunca. Y aseguran que el peligro no es así mayor, sino que solo lo parece, pues al toro le falta espacio para revolverse e iniciar el ataque. Le es más difícil la embestida de cerca que a distancia media o grande.

#### MADRID

Por toda la Península nos ha salido al paso continuamente la Historia. Madrid tiene un Museo de pinturas único en su género: el del Prado. También posee un Palacio Real, viejas puertas de murallas y arcos de triunfo. Pero esta capital es, sobre todo, presente: joven, viva, actual, de espaldas a la tradición, vive con plenitud el momento. Con más de millón y medio de habitantes, es capital desde hace casi cuatrocientos años. Pero no tiene más que dos pórticos góticos. Y es que no ha llegado a la capitalidad por impulso propio, sino porque se lo ordenaron.

#### EL PRADO

El Museo del Prado es el tesoro de Madrid, ante el que montan guardia Goya, Velázquez y Murillo. En él, cantidad y calidad van extrañamente unidas. Dentro del Prado hay que ser «gourmand» y «gourmet», tragón y sibarita al mismo tiempo.

#### EL ESCORIAL

El Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial tenía que servir a muchos fines antes de convertirse en el símbolo de la Historia y de las ideas. Es una casa de Dios y una residencia real, un monasterio y un panteón, museo, cancellería y biblioteca. Para cumplir su complejos fines tenía que romper los viejos moldes, nacerse duro con la fuerza del orden. El que imaginó El Escorial y colocó sus cubos de granito se encontró con que era insuficiente la «manera gentil» del Renacimiento, en la que el hombre da la medida de las cosas, y se expresó a la «manera grande» del barroco, en la que domina lo trascendental y superindividual.

#### TOLEDO

De capital de España, Toledo ha pasado a ser capital de turismo. Allí cada piedra tiene algo que decirnos. Allí han cristalizado tres culturas diferentes.

La historia del Alcázar—cuyas ruinas de aspecto guerrero dominan toda la ciudad—se remonta a los romanos. Pero los turistas no lo visitaron por su accidentada historia pasada, sino porque allí 900 personas resistieron durante setenta y dos días el asedio de los comunistas. A los que han vivido la segunda guerra mundial y los grandes bombardeos, por ejemplo, de Hamburgo, no pueden impresionarles la estadística de la metralla que se lanzó contra la fortaleza. Pero si impresionan, en cambio, ver el despacho del coronel Moscardó y que nos repitan la conversación telefónica que tuvo desde allí con su hijo, caído en manos enemigas.



# CESAR FARACO, EL MUCHACHO VENEZOLANO QUE SIEMPRE SOÑÓ CON ESPAÑA

LA FIESTA DE TOROS TIENE EN EL UNA ESPERANZA VIVA

EN la serie de reportajes biográficos de matadores de toros y de novillos que ofrece EL ESPAÑOL, viene hoy César Faraco. La fiesta de toros, llevada desde nuestras plazas a toda la América hispana, tiene en César Faraco una esperanza, viva que pronto será consagración definitiva. Aquí va la joven vida de César Faraco, el muchacho venezolano que siempre soñó con España.

El novillero de los últimos tiempos que más fácilmente ha conquistado al público

HABLAR de Venezuela es figurarse, para el que no la conoce, un país lleno de torres metálicas encastilladas en cuencas petrolíferas, de plantaciones extensas repletas de frutos casi tropicales o de inmensos bosques esparcidos por la tierra adentro como enormes manchas verdes caídas de lo alto, junto al Orinoco. Puede uno también representarse ciudades de elevados edificios, carreteras repletas de automóviles o, en lo íntimo, escondidos poblados que aún conservan las huellas de la civilización que descubrieran los conquistadores.

Pero de lo que resulta más extraño hablar, refiriéndose a Venezuela, es de toros. Desde aquí apenas se concibe un ruedo taurino con torres petrolíferas como trasfondo, o una ganadería que baja a beber al río atravesando los tubos de un oleoducto. Pero la afición a la fiesta de toros en la tierra venezolana es grande. Tan grande que, aparte el número de festejos y de corridas que allí se celebran—en las capitales y en los pueblos de todos los Estados—, Venezuela da, produce o hace figuras del torero que vienen a España, triunfan y ocupan un puesto. Aquí tenemos, recién llegado, a un jovencísimo torero venezolano: César Faraco, veintitún años.

**EL PADRE QUIERE QUE CESAR, RECIEN NACIDO, DIRIJA SU COMERCIO DE LOS ANDES**

En una tienda de comestibles de la ciudad de Mérida, capital del Estado venezolano del mismo nombre, hablan dos dependientes.

—No viene el patrón—dice uno de ellos al otro.

—¿Por qué?...

—Su esposa va a tener un retoño.

—¿Es hoy cuando nace el crío?

—Sí, ya lo dijo el doctor...

Entran las mujeres a comprar y preguntan por el dueño.

—¿Y don Cayetano, pues? ¿No viene hoy?

—No, mujer. Su esposa va a traer al mundo un infante. ¿Entendiste?

Y el dependiente amaga una caricia en la barbilla de la joven muchacha que pidió una libra de azúcar.

—Si fuera una niña tan guapa como tú, le pediría relaciones.

—Pero la niña tan guapa como yo no te las daría.

Sigue la venta igual que todos los días. Es decir, igual que todos los días no, porque en este momento acaba de sonar el teléfono.

—¿Quién es?

—Soy yo, don Cayetano.

—¿Y qué hubo?

—María Elena, mi mujer, acaba de dar a luz un niño.

—¿Y cómo le va usted a poner, don Cayetano?

—Le pondremos César y celebraremos un bautizo muy grande. ¿Oíste? Un bautizo muy grande.

Así fue la noticia de la venida al mundo, el 5 de junio de 1933, de un venezolanito emeritense del que no pensaba nadie, por entonces, que llegara a ser lidiador de reses bravas.

—Dirigirá nuestras casas de comercio de los Andes—diría don Cayetano en la ceremonia.

Pero el pequeño César, tan mi-



César Faraco el día de su presentación en la plaza de toros de Madrid

núsculo, se encargará de que sucediera todo lo contrario.

**CUATRO AÑOS INTERNO EN EL COLEGIO DE LOS SALESIANOS**

César tiene ya siete años. Fueron cuatro hermanos, de los que viven tres: Cayetano, el mayor—de nombre igual que el padre—; Arturo, el pequeño, y César. Hace tan sólo un año, en 1939, que murió el padre. La familia, con doña María Elena al frente, se ha trasladado a Caracas, donde vive. Los tres hermanos van al colegio—a los Salesianos—y estudian, unos días más, otros días menos, aquello que es propio de la edad de cada uno. Nadie sabe todavía qué es una mula, que es un capote ni, mucho menos, qué es un pase natural. Un toro sí saben lo que es porque lo estudiaron en la «enciclopedia» y además porque los vieron en las excursiones al campo o cuando pasaban las reses

por las calles de Caracas camino del matadero.

La vida de César es la misma que la de cualquier familia de clase media de la capital. Jugar y estudiar, estudiar y jugar. Pero de toros, de lo que se llama torrear toros, nada. No han tenido noticia todavía.

Cuando César cumple once años, doña María Elena juzga conveniente que se establezca en el Colegio y que, además, aprenda un oficio. Y un día le llama.

—Cesitar, ven, hijo mío.

—¿Qué hubo, mamasita?

—Verás, cuando comience el curso te pondremos interno en el colegio. Podrás estudiar Bachillerato y aprender un oficio. Nunca se sabe, hijo mío, qué es lo que nos puede hacer falta. Tu hermano Cayetano, en cuanto pueda, se dedicará al comercio, igual que tu padre.

Y César, una mañana de principios de curso, hace su presentación oficial como alumno interno del colegio de los Salesianos de Caracas.

En el colegio se desarrollan cuatro años de la vida de César Faraco. Clases y trabajos de taller. Porque César ha elegido una profesión especializada: la de tipógrafo. En las cajas de la imprenta César se familiariza con los ciceros, los espacios finos, los corondeles, las plecas, los cuadratines y toda la gama de la técnica tipográfica. César, en vez del capote o de la muleta, que más tarde manejaría con destreza, utiliza ahora el componedor. Y con el componedor en la mano es, desde luego, uno de los más aventajados aprendices de tipografía que pasaron por el taller de los Salesianos de Caracas, capital de Venezuela.

### ESPAÑA, CONTADA POR UN PROFESOR

César Faraco, en el colegio, es un estupendo futbolista. Juega de interior derecho en el equipo de su curso, que se quedó campeón de dos temporadas seguidas. Y los compañeros presienten en César un futuro as del deporte del balón estérilo.

César—ya tiene quince años—sigue sin haber visto una corrida de toros ni haber hojeado una sola revista taurina, ni haber saboreado una cuidada crónica taurómaca. Pero César, que luego, cuando le entrase el veneno de la afición a la fiesta, soñaría con venir a



Para irse acostumbrando a verlos cerca, Faraco contempla esta impresionante cabeza de toro

España—«porque España es la cuna y la cátedra donde se examinan de verdad los buenos toreros y donde se obtiene el sobresaliente o el suspenso»—, comienza a conocer a la Madre Patria. Y la conoce por las explicaciones, las historias y las descripciones emocionadas que de España le hace el padre Jesús María Asuara.

César pasea, en los recreos o en los domingos, con el padre Jesús María. Y César pregunta:

—Padre, ¿cómo es Sevilla?

—¿Tú has visto un jardín lleno de claveles y de rosas, con el sol troceado por los macizos, las paredes de las casas muy blancas, las

calles muy estrechas, como si fuesen paseos para que jugasen los niños? Pues algo así es Sevilla.

—Y Madrid, padre, ¿cómo es Madrid?

—¿Tú te figuras unas calles amplias, unos paseos largos, con acacias y castaños de Indias; una fuente monumental con dos leones tirando del carro de una diosa? Pues habrás contemplado la Gran Vía, la Castellana y la Cibeles.

De lo único que no pregunta César es de toros. Todavía no hay el menor asomo de torerismo en el colegial. Son, únicamente, el paisaje y el alma de España, trans-

Así torrea Faraco



mítidos por la palabra ibérica del padre Asuara, lo que impera en las percepciones del ahora joven torero de Venezuela.

### LA PRIMERA AFICION A LOS TOROS DE CESAR FARACO

La época del colegio ha terminado. Estamos en el año 1949. César aprendió el oficio de tipógrafo y estudio dos años del Bachillerato. Y como profesional de la imprenta va a tener colocación.

Un día le llama el padre superior del colegio.

—César, ¿te gustaría colocarte y trabajar como una persona mayor?

—Para eso estuve aquí, padre.

—¿Qué te parece la Tipografía Caracas? ¿Te impresiona bien?

—Ahora mismo, padre, me contrata usted.

La Tipografía Caracas es la más importante de la capital. Allí se editan libros, se confeccionan impresos, se lanzan trabajos comerciales... Y al comienzo de una semana César Faraco es recibido por el regente del taller.

—¿Tú eres el nuevo cajista?

—Sí, señor; yo soy.

—Bueno, pues a tu trabajo y a aplicarse.

César cumple perfectamente en su puesto. Mas la estancia de César en aquella imprenta va a influir decisivamente en su vida. Ni más ni menos que, debido a la permanencia en la Tipografía Caracas, César Faraco, un venezolano emergente, va a ser la primera figura de la novillería de su país.

La cosa fué así:

Un día el regente del taller hojea una revista.

—¿Qué mira usted, maestro?

—pregunta César, al pasar por su lado.

—Toma, es un «Ruedo», de Méjico. Quédate con él si quieres. Yo ya lo he visto.

César se va a poner en contacto por primera vez en su vida con el mundo de los toros. Abre las páginas de la revista. Allí están las faenas señoriales de Mancolete, los pases elegantes y personales de Silvero Pérez, las banderillas inverosímiles de Carlos Arruza, la gra-

cia salerosa de Pepe Luis Vázquez o la maestría larga y honda de Luis Miguel Dominguín. Al principio, la lectura fué una lectura más. unas fotografías, unos renglones, unas descripciones de algo que no conocía. Bien. Acabó la jornada de trabajo y César marchó para su casa. Todo era igual. Allí estaba su madre, su hermano pequeño estudiando y su hermano mayor, que acababa de llegar del comercio. César saluda con distinto tono de voz y dió un beso a la madre.

—Buenas noches, mamá.

—¿Qué te pasa, hijo, estás enfermo?

—Oh, nada, mamá, no tengo nada—repuso, sonriente, César.

Pero en el pensamiento bailaban las palabras: Mancolete, Arruza, ovaciones, orejas y rabo, salida a hombros...

Definitivamente César Faraco, de diecisiete años aun no cumplidos, iba a ser torero.

### DURMIENDO, SE DAN ESTOCADAS AL AIRE

En Venezuela hay una buena afición a los toros. Al año se dan ocho o diez corridas en cada una de las plazas de Caracas, Maracaibo y Valencia—que son las ciudades más importantes—, y multitud de festivales y de capeas por todos los pueblos del país. César ya pertenece a la afición. Ya tiene metido el veneno del toro en el cuerpo. Todas las revistas taurinas pasan por las manos de César y son analizadas con puntos y comas, sin dejar página suelta. César ya sabe lo que es una chucuelina, y un pase en redondo, y el quite de la mariposa, y una media lagartijera. Y ha aprendido cuándo un toro es abanto o probón, o desparrama la vista, o es cornigacho o corniveleto, o se pinta en berrendo o en jabonero. César, en teoría, es un entendido. Y como tal entendido contempla, por primera vez en su vida, una novillada.

El suceso ocurrió en Caracas.

Se había anunciado una corrida de novillos en el domingo próximo, iniciando una serie de festejos importantes. César contempla

los carteles uria y otra vez. Ha cobrado el sueldo—que siempre entregó puntualmente en su casa—y repasa mentalmente los ahorros guardados a través de los meses. Cuenta con lo que le da su madre para él, para sus gastos de la semana.

—Podré comprar un tendido alto de sol y otro para Cayetano—piensa César al pasar por la taquilla—. Luego, que Cayetano me pague su boleto, que cuando yo sea torero ya le llevaré gratis a la plaza.

César, aquella tarde, se encuentra como inmerso en un extraño mundo. Ajeno totalmente a todo lo externo a la corrida, ni ve, ni oye, ni entiende nada que no sea la lidia, la burla de la muerte que allá abajo, en la arena, un hombre realiza frente a un toro.

—Jamás olvidaré aquella emoción tensa que tuve en mi garganta—recuerda César—. Por la noche soñé con los bufidos de la res, con los quiebreros de los banderilleros, con los pases de muleta y con los espadaños secos y certeros. Cuando desperté, a la mañana siguiente, mi hermano me dijo: «¿Pero se puede saber qué es lo que te pasaba anoche, que estirabas el brazo tantas veces?» Es que estaba dando estocadas al aire.

Ya desde entonces apenas había corrida en Caracas que no viese el segundo de los Faracos. Conoce a los novilleros y a los matadores de toros y sabe diferenciar al instante al autor de un pase, en una fotografía, sin necesidad de verle la cara.

Ha llegado el momento de lanzarse a torear. Sigue trabajando en la imprenta, pero el destino está trazado. Va a cambiar el metal del componedor por el percal del capote de brega. Y a torear, que es lo suyo.

Entonces César marchó a Guarena y a Guatire. Allí ocurrió su bautismo de lidia.

### LA EPOCA INICIAL DE LAS CAPEAS

Cerca de Caracas, a unos cincuenta kilómetros, se encuentran Guarena y Guatire. Son dos típicos pueblitos venezolanos donde casi se conservan aún las costumbres y las tradiciones que nacieron en el comienzo de los siglos. Los domingos, en cualquiera de ambos poblados, se organizan, en la rústica plaza de madera, unas monumentales capeas, en las que intervienen todos los aficionados de Caracas y de cien leguas a la redonda. La selección la hace, a la vez, el público y el ganado. Un jueves César dice a su hermano:

—Escucha «manco». ¿Te enteraste de las capeas de Guatire?

—Ya me enteré. ¿Qué le hacemos?

—Pues ir, «manco». El domingo que viene, a Guatire.

Por la mañana temprano sale de Caracas el primer autobús para Guatire. Allí se dirigen César y Cayetano. Uno, como torero que va a estrenarse; otro, como espectador simplemente. Una muleta y un capote de segunda mano es el equipaje.

Ha pasado todo tan rápido, que ya está César entre los burladeros de la plaza, esperando que le llegue su turno.



César Faraco con su apoderado don Manuel Mejías Bienvenida

JUAN MEJIAS BIENVENIDA

MANUEL DEL POZO RAYITO - CESAR FARACO

NO HAY BILLETES

La expectación despertada por Faraco ante su presentación en Madrid se refleja en este cartel condecorado con el «No hay billetes». La esperanza de los aficionados no fué defraudada: véase el resultado en la fotografía de la derecha; el venezolano triunfó



—¡Vamos, César! ¡Este es el tuyo! ¡Andale con él!

César aprieta el capote y se dirige hacia el centro del ruedo, donde un novillito con cuernos bien puestos escarba en la arena. César nota al principio, y no lo puede remediar, un cierto temblor por las piernas. Pero allá va derecho, y cita:

—¡Ah, toro! ¡Ah, torito!

Da media arrancada el novillo y no se decide a embestir. Otra vez César:

—¡Ah, torito! ¡Ah, toro!

Ya está. Un lance despegado. Otro más ceñido. Otro ceñidísimo y, como final, un adorno quebrando con el cuerpo. Hay palmas fuertes entre los espectadores. Una niña morena, cuando vuelve César hacia el burladero, le arroja su pañuelo. Y César, sonriente y gozoso, agradece el homenaje.

Al domingo siguiente, Guarena. Luego, otra vez Guatire, y sigue la ronda. César se destaca como la auténtica figura, entre la multitud de aficionados que en aquellas capeas intervienen.

—Yo allí era más conocido que el «pica-pica»—recuerda César.

Han pasado cuatro años y la presencia de Guarena y de Guatire se presenta, fresca y viva, en la memoria de César. Habla de los amigos, de las capeas y de las admiradoras que le sonríen al pasar. Y luego se acuerda también

—¿por qué no?—de los bailes que, al final, se celebraban en las pistas de Guatire. Y más que nada de una venezolanita que le dijo en una anochecida:

—César, ¿me escribirás el día que tomes la alternativa y seas matador de toros?

—Palabra formal, niña linda.

Ya tiene César dispuesto el sobre para el día que en los carteles se anuncie: «César Faraco, que tomará la alternativa.»

«AUN CONSERVO LA PRIMERA OREJA QUE CORRIÓ EN MI VIDA»

La afición de Valencia, en Venezuela, es la más exigente de aquellas tierras. Y en Valencia, precisamente, va a torear César Faraco su primer festival como novillero aficionado.

Dofia María Elena no quiere que su hijo sea torero. Ella no ve la gloria, ni los aplausos, ni el triunfo, ni el dinero. Ella ve tan

sólo el peligro de las cornadas y las amenazas de la muerte. Ha de luchar también contra los dos hermanos, que animan al segundo de la familia. Y, rendida ante el ataque, no tiene más remedio que exclamar:

—Ya que tienes miedo el candelero en el cuerpo, pues nada. Pero, por la misma Virgencita Santísima que está en los cielos, ten mucho cuidado, hijo mío.

Llegó el día y la hora de marchar a la plaza. César hace el paseillo y, en su interior, siente una gran responsabilidad. Es la primera vez que va a matar un toro en su vida. Antes dió muchos lances, muchos muletazos y muchos quiebros y recortes. Pero nunca, hasta ahora, montó la espada de verdad y se fué tras ella, hasta hundirla en lo alto de las agujas. Por eso piensa seriamente en la hora de la estocada.

César ha estado superior con el capote y superior con la muleta. La afición de Valencia, tan exigente, le ha ovacionado sin descanso. César ha doblado al toro por el lado izquierdo, pasándole luego por alto para que levantara la cabeza. Está perfilado, adelanta la pierna izquierda y se va tras la espada. Una estocada hasta el puño. Y la oreja como premio unánime otorgado por la afición. César da la vuelta al ruedo como si caminase por el aire. Así es su triunfo.

—Aun conservo, guardada en mi casa de Caracas, la orejita de Valencia, la primera que corté siendo torero. Al volver a casa, la miro y me acuerdo de aquella estocada derecha que le di al novillo, cuando todavía no había matado ni un toro en mi vida. Palabra formal que es bonito mirarla.

UNA NOVILLADA QUE NO SE COBRA

Pasando el tiempo, nos encon-

tramos en el mes de noviembre del año 1952. En las paredes de la plaza de toros de Maracaibo se anuncia una corrida. Muñoz, Faraco y Humberto Martínez lidiarán seis novillos de la ganadería criolla de Branyer. Es la presentación como novillero profesional de César Faraco.

César tenía amistad con Angel Soria, un novillero español que lo mató un toro en la venezolana plaza de Valencia. Angel Soria—excelente compañero y magnífica persona—habla con Faraco:

—¿Qué hay, César? Ya sé que vas a torear en Maracaibo. Que tengas suerte y llegues lejos.

—Gracias, Angel. Una cosa, Angel. No tengo todavía traje de luces. ¿Sabes tú quién me podría vender uno?

—Yo tengo un vestido azul celeste y oro. Para tí. Dame lo que quieras por él.

César hace el paseillo con el vestido azul celeste y oro y con un blanco capote de paseo bordado en enormes rosas rojas. César actúa en segundo lugar y como tal espera la salida de su primer novillo y segundo de la corrida. clava los pies en la arena y, sin enmendarse, le saluda con cinco verónicas maestras. Brinda—un brindis corto—y se va al novillo. Está tardo el animal y apenas quiere embestir. La media casta

de la ganadería hace su aparición. Hay que derrochar valor y aguante. Un natural, otro natural y el de pecho. Vuelve la serie y el de pecho. Varios en redondo y por alto y a montar la espada. César, que sólo había matado hasta entonces cuatro novillos en dos festivales, marca des-pacio los tiempos y cruza limpiamente el acero. Basta la estocada. Hay oreja y entusiasmo. César ha triunfado y en su apostura se nota una facilidad singular para la suerte suprema.

Alegría en el regreso. No se habla más que de las orejas, de las ovaciones y de las enhorabuenas. Por eso nadie se acuerda de los honorarios del contrato. Y a la semana siguiente, cuando se trata de cobrar los trescientos bolívares estipulados, comienzan las dificultades.

—La empresa no contesta.

—Es imposible dar con los encargados de los contratos.

—Como si se los hubiera tragado la tierra.

Los trescientos bolívares de la presentación no fueron jamás hallados. Pero César está tan contento por su triunfo que no le importa:

—Dejadlo, muchachos. Más vale una oreja y una vuelta al ruedo, cuando se empieza, que trescientos bolívares, que se gastan volando.

Y los empresarios fueron los que, en definitiva, cobraron la corrida.

### «FARACO, UN TORERO PARA MADRID.»

Al público le ha caído en simpatía el mozo de Mérida. Y por ello hay repetición en Valencia al domingo siguiente. Alternan, con César, Juanito Campuzano, un novillero español, y León Rivero, un paisano de Faraco, que ahora anda por España. Siguiendo la racha, éxito para César.

Luego llegan las Navidades, las fiestas de Año Nuevo y las de la Epifanía. Y, por tanto, no hay corridas. Dos meses lleva César sin torear cuando, a principios de 1953, como resultado de su corto, pero ya sólido prestigio, va a presentarse en el Nuevo Circo, la plaza más importante de Caracas. Un triunfo grande de verdad. Después, las Arenas, de Valencia, y una serie de festejos por todos los ruedos del país. Ya no son los trescientos bolívares por corrida; ya César Faraco es un torero que se cotiza caro. Sólo en Valencia, seguidas, cuentan nueve las novilladas toreadas. Y así se llega a abril de 1953, en que se prepara la venida a España. Se decide que sea Caracas la última plaza de Venezuela que presencie la despedida del torero.

En mayo, pasados unos días, tiene lugar el acontecimiento. Por las calles de la capital va a hombros César Faraco, que acaba de cortar tres orejas a dos toros.

—¡Torero, torero!... ¡Viva César Faraco!—grita la multitud.

Un revistero español, Antonio Navarro, le hizo aquel día una crónica que era toda una profecía: «Faraco, un torero para Madrid.» Y se cumplió el augurio.

### A CÉSAR LE APODERAN SIN CONOCERLE

El «Auriga» es un barco italiano que salió de Puerto La Guaira con dirección a Barcelona. En él viajan juntos Víctor Blanco, un novillero venezolano que trae ilusiones, y César Faraco, que cuenta los éxitos. Dieciséis son los días del viaje hasta la arribada. En el barco viene también la compañía de Pilar López. Y hay, por tanto, fiestecita diaria en cubierta.

—Era imposible aburrirse con tal compañía—comentaba César.

Después de dos días de estancia en Barcelona, a Madrid. Estamos casi a finales de temporada de 1953 y hay que apresurarse si se quiere torear. Los carteles ya están hechos y las ferias ajustadas. César torea seis novilladas. Añover del Tajo, San Sebastián de los Reyes, San Agustín de Guadalupe y Belorado son los ruedos testigos de sus actuaciones.

Pero César no ha venido a España a torear por los pueblos. César, como dijo aquel cronista de Venezuela, es torero para Madrid. Y como primera medida hay que buscar apoderado.

Don Manuel Mejías «Bienvenida» no vió nunca torear al muchacho. Pero a don Manuel le han hablado de César y le han hablado muy bien.

—Tiene madera este Faraco, Manuel. Ya verás como no te defrauda.

—Hecho. Yo seré su apoderado.

Y don Manuel Mejías «Bienvenida», a pesar de sus ya largos años y de sus muchas preocupaciones, acepta al muchacho.

—Bien, César—dice don Manuel—. El toreo es un arte y no una fuerza bruta. Para torear hay que tener inteligencia, porque si el hombre quiere ser más bruto que el mismo animal, entonces se pone a su misma altura. Si tú eres y te comportas como un artista, llegarás lejos. Te lo prometo.

Y César Faraco remata:

—Por éstas, don Manuel, que la cabeza manda en el corazón.

### DE ROSA PALIDO Y ORO, EN LA PLAZA DE LAS VENTAS

Torea César, ya en 1954, su primera novillada de la temporada, en Cartagena. Alternan con él Juan Bienvenida y Rayito. Tres orejas para César es el resumen del principio.

Cuando César llegó a España no creía ni por un momento que tuviese ningún pariente por estas latitudes. Por eso se extrañó muchísimo de que el día antes de la corrida le anunciaran en el hotel de Cartagena que un primo suyo deseaba verle.

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

«EL ESPAÑOL»

—Abajo hay un señor que quiere saludarle. Dice que es primo de usted.

—Pues no sé yo de ningún primo. Pero bajaremos.

En el salón del hotel, un matrimonio saluda al torero.

—Me llamó José Faraco y vivo en La Unión, Murcia.

La conversación se dirige hacia los árboles genealógicos. Y efectivamente José Faraco, de La Unión, Murcia, es primo de César Faraco, de Mérida, Venezuela.

—Está visto que en este mundo no sabe uno ni dónde tiene la familia—comentaría César riendo, después del conocimiento.

Acabado lo de Cartagena, a Madrid:

—El susto más amargo que iba a pasar—señala César—. Aunque luego se convirtiese en la alegría mayor de mi estancia en España.

El jueves 4 de abril de 1954 César Faraco, de rosa pálido y oro, hace el paseillo en la plaza de las Ventas madrileña. Juan Bienvenida y Rayito le acompañan. La figura menuda de César se agiganta en las faenas. Y al final, certera, la espada. Allí va César, por la puerta grande, calle de Alcalá arriba. En la garganta, una alegría inmensa. Y en el corazón, un recuerdo entrecortado para la madre que allá, en la Venezuela lejana, espera ansiosa las noticias.

Cuando llega a la habitación, hay una acción de gracias larga y prolongada para las imágenes de María Auxiliadora, de la Virgen del Carmen y de la Virgen del Coromoto, que velaron por el torero. En una silla queda la chaquetilla deteriorada y la taleguilla manchada de sangre de tanto arrojarse. César, después de la corrida, sale a pasear por las calles de Madrid. Los paseos y las avenidas tienen para César un aire distinto, un aire nuevo. Es, sencillamente, el aire del triunfo, el aire de la conquista.

### DOCE NOVILLADAS EN LO QUE VA DE TEMPORADA

Después de Madrid vienen Granada, Barcelona, Castellón, Francia, Tolosa y otra vez Madrid. Y luego, pasados los años, estará la alternativa y la consagración para la historia. Porque para eso vino César Faraco a España. A Madrid, concretamente.

Cuando los paseantes mañaneros del parque del Retiro madrileño vean remar en una lancha a un muchacho moreno, de pelo ensortijado y de brazos nervudos, estarán ante la persona física de un novillero de Venezuela que le cayó simpático al público. Porque César Faraco, con su estampa de suavidad en el torero, ha sido, tal vez, el novillero de los últimos tiempos que más fácilmente ha conquistado al público. Por su propia simpatía y por su propio arte. Que ambas cosas, separadas, nada cuentan, pero juntas hacen un torero. Aunque haya nacido tan lejos, tan lejos, que su país tenga metálicos paisajes de torres de petróleo.

José María DELEYTO

RASGO



PARA LA SED  
**SOBERANO**  
HIELO Y SELTZ

**GONZALEZ BYASS**

## EL GENERAL DE LA ORDEN DOMINICANA QUE CONOCIO TODAS LAS RUTAS DEL MUNDO



El día 5 de noviembre, fray Manuel Suárez Fernández cumplía cincuenta y nueve años

**P**ERPIÑAN queda a un cuarto de hora. La carretera que ha pasado ya el «mauvais pas», como desde antiguo llaman los franceses a los tortuosos vericuetos de esta parte del camino, se abre ahora en una recta de asfalto. Es la hora indecisa en que la noche se confunde con el día. Un camión avanza a media marcha. El conductor lucha con el sueño, mientras su acompañante dormita. Se oye un claxon. Un «Fiat 1.400», negro, se adelanta. Unos segundos después, un choque. El ruido despierta al que dormita:

—¿Qué ha pasado?

El camión para en seco. Sus ocupantes bajan con rapidez.

—Están muertos. Son dos frailes.

Uno yace tendido fuera de la cuneta. Su hábito, blanco y negro, se ha teñido de rojo.

Dentro del coche, en el asiento del conductor el volante aprisiona contra el respaldo el pecho del otro fraile. Sus piernas se retuercen entre los restos del motor. En su documentación se lee: «Manuel Suárez Fernández...»

### PAN Y CARBÓN

«Manuel Suárez Fernández, hijo de Antonio y María, nacido en Herías, provincia de Oviedo, el 5 de noviembre de 1895...». Así reza una inscripción en el registro parroquial de Herías. Herías es un pueblito perdido en el valle de Lena y a unos pasos de Campomanes. La aldea es bien pequeña. Uno de tantos caseríos

minúsculos que pueblan los innumerables montes o valles de Asturias.

Apenas cincuenta familias componen el reducido vecindario de Herías que comparten sus tareas diarias en los quehaceres del campo, en el trabajo difícil y costoso de la mina o al servicio del ferrocarril. Una iglesia pequeña, lo suficientemente amplia para el número de feligreses, y un párroco de edad no avanzada y de muy buen humor, que conoce a sus parroquianos por sus nombres y apellidos recogen el fervor religioso de este pueblo, profundamente cristiano.

En la vía del ferrocarril trabaja Antonio Suárez. Vive en una casa humilde junto a los rieles del tren. Cuando sale de madrugada para su trabajo deja en casa a su esposa y tres hijos.

Manolín es el mayor, y muchas veces acompaña a su padre hasta el lugar donde éste cumple su jornada. Allí, sentado, se distrae viendo pasar a los trenes. El también quisiera viajar, montar en aquel tren tan largo y recorrer muchos caminos, todo el mundo, para después volver a su pueblo y contar a sus paisanos, a sus amigos, aquellas cosas que ellos nunca podrían ver porque Herías es un pueblito demasiado pequeño, demasiado metido entre los montes.

Otras veces, jugando con sus amigos, mientras va a la escuela primaria de La Frecha, pasa junto a la mina. Allí ve a los hombres negros, teñidos de carbón.

Cuando sea mayor, la mina ha de ser para él una gran preocupación. ¡Si él pudiera redimir la condición humilde de estos pobres hombres!

En la escuela de La Frecha, una escuela rural un poco desmantelada como todas las de entonces, enseña las primeras letras una maestra más bien anciana. Desde los primeros días se ha dado cuenta que su nuevo alumno, el niño Manuel Suárez, tiene algo que descuella entre los demás. Lo primero que alaba en el niño es su enorme capacidad de atención y memoria. Manuel Suárez repite con todos los minuciosos detalles la lección de Historia Sagrada que acaba de oír de la maestra.

El hijo de Antonio Suárez apenas si acaba de cumplir sus ocho años. Ya ha hecho su primera comunión con los niños de la escuela. El padre Manuel, cura párroco de Herías, recuerda aún la profunda devoción y la actitud casi angélica con que aquel niño de edad tan temprana recibía por primera vez el Pan de los Angeles.

—Muchos años más tarde—nos dice— cuando le veía decir misa en mi iglesia, me venía siempre al pensamiento el recuerdo de aquel día que yo nunca he podido olvidar.

Manolín es un niño alegre, como todos los de su edad. Las romerías son para él la mayor ilusión de sus cortos años, tejidos día a día en el continuo ir y ve-



nir a la escuela, algo separada del pueblo, o en acompañar a su padre a los menesteres del trabajo los días de vacación. Le gusta el son de la gaita y el tamboril.

Las largas caminatas de las romerías le dejan cansado y un tanto maltrecho. Su madre, invariablemente deposita por la mañana quince céntimos en el bolsillo de Manuel. Al volver, ya al caer de la tarde, cuando en la plaza del pueblo se despide de sus amigos, marcha a casa. No ha gastado todo su caudal:

—Madre, guárdeme esta perrina. Cuando tenga muchas me compraré unas alpargatas, que éstas ya están rotas.

A los diez años de edad, al niño Manuel Suárez no le queda ya nada que aprender en la escuela pública de La Frecha. Así lo decía su maestra. El cura del pueblo quiere ayudarle en sus estudios. Una mañana, casi de madrugada, acompañado de su padre y en aquel mismo tren que tantas veces había visto pasar y que tantos deseos de viajar le despertara, marchó a Oviedo. Un colegio de internos, regentado por los padres dominicos, iba a ser la residencia única de Manuel Suárez durante cuatro años. El primer día en el colegio, como aun no han comenzado las clases, lo pasa junto a su padre, que no se hacía del todo a la idea de dejar de ver tanto tiempo a su hijo.

Los primeros estudios los termina con provecho. En las vacaciones de verano regresa a Herías donde de nuevo vuelve a admirar el rudo trabajo de los mineros, a conversar y hacer mu-

chas preguntas a los hombres de la vía, a seguir frecuentando la iglesia del pueblo siempre acompañado de sus padres y, sobre todo, a no perderse las tan esperadas romerías veraniegas.

—Antonio, mira que si el chico nos saliese dominico—solía decir y repetir con frecuencia María. María es una mujer cristiana que sabe compartir sus devociones en la iglesia con las ocupaciones de casa.

—Eso no ye cosa nuestra, mujer. Dios elige a los que quiere. Claro que si El llamase a nuestro Manolín por ese camino... ¡Qué felicidad para todos!

—Sí, que fuese sacerdote, pero dominico, como fray Melchor, protomártir de Asturias, que nació ahí, a unos pasos de Herías. O como el padre Matías, o como el padre Ceferino, el cardenal, dominico y asturiano.

## LA LLAMADA DE DIOS

Se han terminado los primeros estudios en el colegio de Oviedo de los padres dominicos. El hijo de Antonio y María vuelve al pueblo con una maleta cargada de libros. Muchos libros y unos diplomas con muchas firmas, donde se premia al trabajo, la constancia y el amor a la disciplina.

Manuel aun no ha cumplido catorce años. En el pueblo se le ve con frecuencia acompañando al señor cura. Tiene con él largos parlamentos. En la iglesia es modelo de recogimiento y piedad. Lee en un librito pequeño, que le sirve de meditación. Cuando sale al campo juega y salta y se



Arriba: El cadáver del padre Suárez en su lecho mortuario.—Abajo: el general en un acto de comunión

divierte con sus amigos. Es uno más entre ellos, aunque todos le respetan y admiran. En su casa, frente a la vía del ferrocarril, pasa largas horas estudiando. Le gusta sobremanera la Historia de España. ¡Si él pudiese tener, como otros niños, muchos libros que le hablasen de la Reconquista y de las hazañas de guerra!

Una mañana, al terminar su mi-

sa, doñ Manuel habla en la sacristía con la esposa de Antonio Suárez:

—María, creo que te va a alegrar lo que voy a decirte.

—Diga, padre.

—Tu hijo quiere ser dominico.

—¿Manolín? ¿Manolín dominico? ¡Dios santo! ¿Es verdad padre Manuel? ¡Qué contento se va a poner Antonio cuando se entere!

Cuando acaban las vacaciones, el niño, con sus catorce años recién estrenados, ingresa como postulante en el convento de Corias. A Manolín le parecen interminables aquellas largas galerías y aquellas brillantes escaleras de mármol que él nunca había visto en Herias. En la aldea no había casas tan grandes, ni tan altas, ni con tantas ventanas en las paredes. En la pequeña Universidad de Corias Manuel hace los primeros estudios de Humanidades.

Un año de severo y riguroso noviciado en Padrón, y el futuro general del ejército de Santo Domingo de Guzmán viste por vez primera el hábito blanco y negro de la Orden.

Otra vez en las aulas de Corias para hacer los estudios de Filosofía. El joven dominico siembra abundantes esperanzas en las aspiraciones de sus superiores.

En sus años de estudios, a fray Manuel es frecuente verle en la enfermería. Su salud física se resiente. En alguna ocasión incluso se ve obligado a arrinconar los libros, dejar el convento y volver a sus montes de Herias. Los dolores de estómago le postran en cama largas temporadas.

#### «YO QUIERO SER MISI- NERO»

En el colegio de San Esteban, de Salamanca, fray Manuel hace los estudios de Teología. Le apasionan los temas teológicos. En los certámenes académicos, el joven teólogo descuella entre todos. Hay otra asignatura en los últimos años de la carrera por la que Manuel Suárez siente una predilección especial: el Derecho Canónico.

A los veinticuatro años, en la misma iglesia de San Esteban, fray Manuel canta su primera misa. Durante toda su vida recordará la profunda emoción de aquel día feliz. Los feligreses se conmueven al ver la unión con que el nuevo sacerdote se inclina sobre el altar por vez primera, para pronunciar las palabras divinas de la consagración.

Cuando comienza el siguiente curso, el padre Manuel pasa de alumno a profesor. Durante algunos años explica Teología en la Universidad dominicana de Corias.

La mayor ilusión que casi desde su infancia alienta en el corazón de fray Manuel es la de ser algún día misionero. Cuando en sus años de noviciado oía a los padres que le hablaban de la vida del protomártir asturiano, fray Melchor García Sampedro, obispo en las lejanas tierras de Tonkín, se inflamaba su fervor de apostolado, y en su imaginación ya se veía en las selvas de América o en las calientes tierras de Oceanía, luchando por la sal-

vación de aquellas almas, hambrientas de verdad y de fe.

Cuando el joven dominico de Herias enseñaba Teología en el convento de San Esteban, de Salamanca, y al recuerdo inolvidable de su primera misa se confundía con el canto solemne y litúrgico de aquel día reciente, acertaron a pasar por el convento unos padres misioneros a fin de alistar a los voluntarios que quisieran seguirles. La improvisada lista la encabezaba el padre Suárez. Cuando ya todo parecía estar en orden para la marcha y su maleta encerraba el escaso equipaje para tierras desconocidas, el padre superior del convento le llamaba a su cuarto para



El padre Aureliano Martínez, secretario del padre general, en el aeropuerto de Roma

indicarle que su puesto estaba, por ahora, en la retaguardia. La Iglesia le necesitaba pronto en avanzadas de actividad relevante y responsabilidad sin límites.

#### EL GRAN CANONISTA

Ya en los años de estudiante en Salamanca, fray Manuel Suárez había dado muestras inequívocas de su profunda vocación a los problemas jurídicos. En Madrid, en la Universidad Central, y tras los estudios reglamentarios, consiguió el doctorado en Derecho, marchando poco después a Roma, donde amplió sus estudios en esta materia, y alcanzó el doctorado en Derecho Canónico. Algunos años permaneció allí el eminente jurista, desempeñando la cátedra de Derecho en el Colegio Angelicum y otorgándosele el mayor grado docente de la Orden dominicana: maestro en Sagrada Teología.

Entre los muchos cargos y puestos de difícil desempeño a que la Iglesia le llamó, algunos hubo que el mismo Derecho Canónico prohíbe ostentar a los religiosos; por ejemplo, el de abogado del Tribunal de la Sagrada Rota Romana, que con tanto acierto mantuvo el padre Suárez con dispensa del mismo Sumo

Pontífice, y otros de personal elección del Papa.

Ningún compañero de Orden, ninguno de los que convivían y compartían su vida con el futuro general podía explicarse de dónde el padre Suárez sacaba tiempo para todo. Como promotor de Justicia de la Curia General de la Orden o consultor de las Sagradas Congregaciones, se veía obligado a permanecer muchas horas en el Vaticano. Cuando ya en el convento de Santa Sabina, las obligaciones o rezos de la Comunidad le permitían retirarse a su habitación, encima de su mesa le esperaban extensos legajos de complicados asuntos matrimoniales que, como defensor del vínculo ante la Rota o en su calidad de miembro en la Comisión para las Causas Matrimoniales, se veía obligado a resolver.

#### UNAS VACACIONES EN MADRID

En julio de 1936 el padre Manuel Suárez disfrutaba de unas cortas vacaciones. Los escasos días que sus ocupaciones en Roma le dejaban libre, los repartía entre sus tierras de Asturias y la compañía de sus hermanos y sobrinos en Madrid. El 18 de julio, al iniciarse el Movimiento, se hallaba en la capital de España. Vivía en el número 20 de la calle Lope de Rueda. Son vanos cuantos intentos se piensan para que en los primeros momentos pueda el padre pasar a la zona nacional. Sin embargo, no ha de correr peor suerte. Patrullas de milicianos rondan continuamente, y alguna vez registran el número 20 de Lope de Rueda.

Una tarde, sin esperarla, llegó a la casa una carta de la Embajada de Cuba. En ella se pedía al padre que se presentase sin demora; algún amigo, algún Ángel de la Guarda había velado por su vida en aquellos días de aciaga incertidumbre. Se trataba, nada más y nada menos, que de un pasaporte para el extranjero. Un pasaporte para Francia podía librar a fray Manuel de posibles sorpresas. Sin embargo, una mínima exigencia burocrática pedía su presencia ante un Tribunal de la Policía, donde había de pasar por ciudadano extranjero. La cosa no era nada fácil. A la mañana siguiente, el fraile dominico dejaba sus gafas en su mesilla de noche y vestía un traje improvisado, un poco corto para su estatura, que le prestaba su hermano:

—¿Nacionalidad?

—Argentina. (Y el padre Manuel dejaba resbalar las sílabas como si hubiese nacido en las crillas del Plata.

El comisario político, a pesar de todo, no debió ser muy torpe. Se dió cuenta que tenía ante él a un hombre nada vulgar. Tras algunas preguntas protocolarias, reconoció que el hombre a quien interrogaba podía ser muy útil «a la causa»:

—Nosotros necesitamos hombres como usted. ¿Por qué no se queda con nosotros? Le trataremos bien.

—No tengo inconveniente—dijo el padre, guardando en el bolsillo la documentación que le exigían en la Embajada.

—Usted, que habla tan bien.

¿se atrevería a hablar en público? Necesitamos hombres que levanten la moral de nuestro pueblo.

Al fraile dominico de la Orden de Predicadores le haría gracia aquella pregunta:

—¿Sabe usted hablar en público?

—Sí. ¿Cómo no?

—Entonces, mañana, a las siete, hablará usted por primera vez. Hable de cualquier tema de nuestros ideales políticos. Nuestros hombres le escucharán en la Casa del Pueblo.

A las cuatro de la madrugada del día en que debía pronunciar su discurso, un coche, puesto a su servicio por la Embajada de Cuba, conducía al padre Suárez hasta la frontera de Francia. Unos días más tarde regresa de Francia a Burgos. Por vez primera se entrevista con el Generalísimo y se pone a sus órdenes incondicionalmente.

En Burgos y en León, el padre Suárez sigue paso a paso las incidencias de nuestra guerra. En los frentes del Norte sabe él que hay muchos paisanos suyos, hombres de Herías y de Campomanes, de Pola de Lena o de Ujo, a los que les ha llegado la hora del fusil. Quizá ellos también necesiten del padre, si otra cosa no, al menos de unas palabras de consuelo, de una voz de amigo y de padre, que les ayude y conforte en la hora difícil y angustiosa de la lucha. Hacia ellos se encamina. Los busca. Les habla. Se presta para ayudarles en cuanto pueda. Muchos son viejos amigos del dominico y recuerdan, con el fusil entre las manos, los tiempos en que caminaban juntos a la escuela de La Frecha o corrían por los montes de las aldeas.

—¿Te quedas para siempre con nosotros?

—Yo también soy un soldado a las órdenes de mis superiores. Si ellos no me mandan otra cosa y esto dura mucho, me quedaré de capellán con vosotros.

### POR TODOS LOS CAMINOS SE VA A ROMA

La guerra va muy avanzada. El Ejército nacional estrecha cada día más el cinturón sobre Madrid. La victoria es una realidad vivida en los frentes de combate y en la retaguardia. El padre Suárez se quedaría hasta el final. Le gustaría ser de los primeros que entrasen en Madrid, pero... ha llegado el momento de su retirada. Desde Roma una llamada de sus jefes. Sus superiores le necesitan.

En el convento de Santa Sabina reina la alegría. Es la casa grande de los padres dominicos en Roma. Allí hay frailes de todo el mundo. La llegaña del padre Manuel Suárez es esperada por todos. El trae noticias frescas de España:

—Fray Manuel, ¿cómo va la guerra?

—¿Es verdad lo que dicen los periódicos?

El padre Manuel Suárez en la época roja se hace pasar por ciudadano argentino



—¿Es cierto que Franco entrará pronto en Madrid?

En Santa Sabina abundan los dominicos españoles. Muchos estaban allí cuando empezó la guerra, otros pudieron salir en los primeros momentos:

—¿Es verdad que la Virgen del Pilar se ha salvado milagrosamente?

... Y el padre Manuel va respondiendo a todas las preguntas y dando a todos una inyección de optimismo.

A poco de llegar a la Ciudad Eterna, fray Manuel Suárez es recibido por Su Santidad en audiencia privada. También a él le hablaría de España y de otras muchas cosas.

Estas audiencias se repetirían muchas veces a lo largo de la vida del padre Suárez, que contó siempre con la máxima confianza del Pontífice. Y como el descanso no se hizo para este hombre forjado en el yugo de un trabajo siempre continuado y siempre inagotable, a la mañana siguiente de su visita al Papa ya se le vio cruzar las ciles de Roma y, llevando bajo el brazo una gigantesca cartera de profesor, entrar en el Colegio Pontificio Angelicum para continuar sus clases de Teología. Un año más tarde, al quedar vacante el rectorado de

El padre Suárez acaba de ser elegido por votación secreta general de la Orden de Predicadores

este Pontificio Colegio, el General de la Orden nombra al padre Suárez rector magnífico del mismo. Un cargo más de gran responsabilidad que habría de robarle muchas horas de sueño.

En las aulas del magno Colegio, y en el claustro de profesores, el nuevo y joven rector tiene fama de profundo teólogo y experto canonista. Sus alumnos admiran al par que la profundidad y aplomo de sus explicaciones, el método y la asombrosa claridad con que sabe exponer los problemas más difíciles. En la clase explica Teología en un latín exquisito y casi ciceroniano. Sus condiscípulos en Roma veían en él la imagen viva de algunos eminentes teólogos en un tiempo profesores suyos, como el sabio padre Alberto Colunga, famoso por sus estudios bíblicos o el ilustre teólogo padre Sabino Lozano.

La intensa actividad de fray

En el lugar reservado a los familiares del Papa, fray Manuel y el padre provincial de España asisten a la beatificación de los compañeros mártires



Manuel Suárez se prodiga más cada día. ¡Si el día tuviera más horas! Un día, al llegar a su habitación deja su enorme cartera en la mesa y abre su interminable correspondencia. Entre las cartas, varias del Vaticano. En una de ellas le avisan que tal día tendrá que tomar posesión de otro nuevo cargo: Consultor de la Comisión para la interpretación auténtica del Derecho Canónico. Fray Manuel acoge todas las órdenes con la más perfecta sumisión y humilde obediencia. Detesta los honores. El quiere pasar por el último de todos, para él los cargos son eso, cargas; pero cargas que las soporta con un entero acatamiento.

Ya tiene verdaderos deseos de volver a España. De ir a Asturias. Por Asturias siente el padre Suárez una debilidad especial. Es algo más que el amor a la Patria chica que todos sentimos. Asturias está siempre presente en la mente y en el corazón de fray Manuel. Ahora sus ocupaciones no le permiten abandonar Roma, el Colegio el Vaticano. Más tarde. No importa, el caso es volver, volver a Asturias. Para ello cualquier ocasión es buena. Y la ocasión se presenta en las vacaciones de 1945.

Después de un extenso recorrido por algunos países de Europa llega a España: Unos días de estancia en Madrid con sus hermanos y una vuelta por Salamanca. También aquí tiene buenos amigos. En una finca apartada de la ciudad le esperan los que fueron sus padrinos en la primera misa. La finca se llama «Peña de Yeltes». Ellos María Antonia Fonseca y Serafin Serrano. En estos viajes por España le acompaña siempre su sobrino predilecto, Manuel José Suárez. El quiere con desvelo a todos sus sobrinos. A todos les trae algún regalo cuando viene de Roma. Pero Manuel José es su ojo derecho. El sobrino tiene entonces apenas ocho años. Viaja siempre a su lado y mantiene con él una conversación animada que los demás viajeros es-

cuhan con atención. Fray Manuel tiene también la difícil facultad de hacerse niño con los niños.

Cuando llega a Herías vive en casa de su hermana Rosario. En los primeros días la casa es un constante jubileo. Todos quieren ser los primeros en hablar y saludar a su paisano. Más tarde el padre Suárez visita a sus vecinos y con ellos comparte muchas horas. A veces se sienta bajo un hórreo y cuenta cosas de Roma, o de París, o de Londres o de América y a su vez escucha las pequeñas historias de su pueblo.

Un amigo inseparable del dominico es don Manuel. Don Manuel es el cura párroco de Herías. Aquel que hace ya años bautizó y dió la primera comunión a Manolín, el hijo del ferrocarril, y que en alguna ocasión hasta ayudó al niño a continuar sus estudios. Hoy, ya anciano y un poco achacoso, guarda, sin embargo, el mejor humor de sus años mozos. Don Manuel es un viejo simpático, sacerdote ejemplar, que se siente padre de la aldea y capaz de hacer reír con sus ingenuidades al juez más serio del mundo.

Aunque el fraile dominico está de vacaciones, no se le han olvidado los libros. En la maleta, cuando salió de Roma, metió gruesos volúmenes de Teología, de Derecho y alguno que otro de Filosofía o buena literatura. Por los caminos de la aldea se le ve siempre con algún libro bajo el brazo. A veces lee mientras anda. Alguno de sus paisanos no llega a comprender que para ser fraile haya que estudiar tantos libros:

—Pero, hombre, ¿pa qué leer tanto, si siempre dicesnos la misa igual que don Manuel?

Pero el padre Suárez casi nunca puede disfrutar de todas sus vacaciones. Ahora le llaman de Roma. Ya están abiertas las Curias y el consultor de tantas Comisiones tiene que hacer en ellas acto de presencia. De nuevo el trabajo, las numerosas consultas y el estudio de los delicados problemas matrimoniales. Dentro de poco ha de abrirse de nuevo el Pontificio Colegio Angelicum.

#### GENERAL DE LA ORDEN DOMINICANA

Por las calles de Roma se ven ahora más dominicos que nunca. Dominicos de todas las razas, de todos los colores. El padre Martín Estanislao Guillet ha sido General en la Orden durante muchos años. Las guerras de los últimos tiempos impidieron que los padres pudieran reunirse para elegir nuevo General. Estamos a mediados de 1946 y se ha anunciado el próximo Capítulo gene-

ral electivo. El padre Martín hace ocho meses que dejó vacante el generalato. El capítulo se ha de celebrar después de los seis meses y antes del año. En su lugar, y sólo de modo provisional, nombra al provincial de la provincia donde se tenga que reunir el próximo Capítulo de elección.

Una sala amplia en el convento de Santa Sabina. De cada provincia religiosa han llegado cuatro padres dominicos. La elección en la Orden no puede ser más democrática. No existe ningún cargo por nombramiento. En la sala se ha entonado el himno del Espíritu Santo. Después, unas oraciones rituales. En el centro de la estancia, sobre una mesa, hay una urna. En ella los frailes dominicos van depositando unas papeletas cerradas, en las que cada uno ha escrito un nombre, un nombre y dos apellidos. Un escrutinio escrupuloso sigue a estas ceremonias. El secretario del Capítulo entrega al provincial, que preside, el resultado de la elección por mayoría. Este, de pie y en voz alta, lee:

—Nuevo General de la Orden de Santo Domingo, reverendísimo padre Manuel Suárez Fernández.

El capítulo entona las notas del Tedéum.

Ya tiene General la Orden de Predicadores. El decimocuarto General español.

El padre Suárez sabe toda la ingente responsabilidad que asume al aceptar la elección, pero Dios así lo quiere y él sabe también que los designios de Dios no pueden contradecirse. Durante doce años, conforme a la reglamentación de la Orden, ha de guiar la grey dominicana, si la voluntad de Dios no dice otra cosa.

A partir de este momento, el padre Manuel Suárez, nuevo General de la Orden de Santo Domingo, va a triplicar su trabajo. Ya no habrá horas para el descanso. En el reloj no da nunca para el padre General la hora del sueño. Su vida es una constante vigilia, una actividad que no conoce límites, un perpetuo caminar por todas las rutas del mundo. Donde haya un dominico, allí estará con él, siquiera un día, unas horas, el padre General. Cuando el padre Suárez asumió el mando de la Orden existían, repartidos por los cinco continentes, unos ocho mil quinientos dominicos. A todos los conoce el General personalmente. A todos. Con todos ha compartido su vida y ha comido el pan en la mesa de todos los conventos de la Orden.

#### ANDAR, ANDAR Y... UN HORIZONTE ETERNO

Son las cuatro de la mañana. En el convento de Santa Sabina la estancia del padre General continúa iluminada. La luz del reflector eléctrico la apagarán los primeros rayos del sol. A la mañana, cuando su secretario particular entre a despachar, se repetirá este diálogo mantenido durante ocho años:

—Padre, no puede ser. Así no puede usted continuar. Esta no-

*Con poco gasto...*

será una mujer elegante siguiendo el

**CURSO**

*Fémina*

DE CORTE Y CONFECCION

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia

ACADEMIA

**CCC**

APARTADO 108 S. SEBASTIAN

que no ha dormido nada. He visto a todas horas encendida la luz de su habitación.

—Hijo, no hay tiempo para nada. ¡Son tan cortos los días! No te preocupes. Esta noche dormiré.

Y esta noche, el padre General se ha cuidado de cerrar cuidadosamente su balcón para que no le acuse la luz que se escapa por la rendija y a la mañana siguiente su secretario no le repita la misma monserga.

La vida del generalato del padre Suárez es una continua e interminable visita canónica. El es el primer General de la Orden que se traslada a América. En Washington se celebra por vez primera un Capítulo general.

Recorre luego todo el continente. La labor de los padres dominicos en tierras americanas es imponderable. Desde siempre. El padre Suárez recorrió la Argentina, Chile, la misión de Urubamba en el Perú, Venezuela, Trinidad, Puerto Rico, Cuba, México, todas las pequeñas Repúblicas de Centroamérica. De aquí otra vez a los Estados Unidos. En la capital de América del Norte, a los pocos días de llegar, se entrevista con el Presidente Truman.

El General de la Orden de Santo Domingo, en las horas difíciles para España, quiso ser por el mundo mensajero de su verdad.

Cuando llega a Nueva York, el Cuerpo de Policía de la capital le entrega el título de «policia honorario». La mayoría de los policías neoyorquinos son irlandeses. Casi todos son miembros de una Congregación muy ligada desde siempre a los dominicos.

Llega en avión hasta Madrid. De Barajas al convento de los frailes dominicos, en General Oraa, 14. Es ya una hora avanzada de la noche. No importa, por la mañana temprano hay que salir para los conventos de Castilla, y a media noche se reúnen todos los padres en la sala de Capítulo. El padre Suárez pregunta y escucha, habla con ánimos y oye los pareceres de todos los que asisten.

Como hombre de gobierno religioso es de una prudencia envidiable, con visión constructiva de todas las soluciones. Del gobierno de la Orden tiene un sentido a la vez profundamente espiritual y comprensivamente humano.

En cierta ocasión, en una importante reunión de religiosos, en la que se plantea una cuestión ardua, y cuya solución, de acuerdo con la Santa Sede, ya la tiene él vislumbrada, llegado el momento, deja hablar, uno por uno a todos los padres. Se discute, se vuelve a plantear el problema. La sesión dura cuatro horas. Su Secretario, que asiste y que también sabe la solución que rigurosamente ha de adoptar el pa-



Los dominicos recogen los restos del padre Suárez a su llegada a Barcelona

dre General, al final le pregunta: —¿Cómo puede usted contenerse ante opiniones a veces contrarias, sabiendo de antemano que la solución no va por esos caminos?

Atienda un consejo padre secretario: en el gobierno de los religiosos usted siempre escuche, oiga, recoja opiniones, compulse pareceres y cuando haya usted formado su criterio, lo que deba hacer, hágalo.

Hay temas que son obsesión en el pensamiento del padre General, quizá el primero de todos sea el de las vocaciones, como problema previo para el engrandecimiento de la Orden. El quiere triplicar el número de padres dominicos. En algunas provincias lo consigue; y en las vocaciones, lo que más le preocupa son las universitarias: el apostolado en las aulas, devolver a la Universidad ese tesoro de vocaciones que la Universidad ha dado a la Orden.

#### OTRA VEZ ASTURIAS

El padre Suárez va para Portugal; funda allí un Vicariato de la Orden, pero al pasar por España, ¿quién no sube hasta Asturias, hasta Herías? Sólo unos días; más no puede. Al padre General le gustan las faenas del campo. La guadaña le maneja con la misma soltura que si fuera un texto de Derecho Canónico. Por la mañana temprano dice misa en su casa de Herías. Las respuestas litúrgicas las da su hermana. Después, al campo. Monta bien a caballo y es un magnífico tirador con la escopeta. Los montes de Costumiz y Vega del Pozo y Plomo del Forcas saben mucho de este cazador y buen jinete.

#### EL VIAJE HACIA LA ETERNIDAD

Capítulo general en Caldas de Besaya, un pueblecito de Santander. El padre provincial de España ha cumplido su mandato y hay que elegir nuevo en el Capítulo. Para presidirlo viene desde Roma el padre Manuel Suárez Fernández, General de la Orden de Predicadores. Ya ha anunciado que llegará en coche por los Pirineos. Vendrá acompañado de su secretario, padre Aureliano Martínez. El coche, como de costumbre, lo conducirá él. En Caldas de Besaya espera con impaciencia su llegada.

Pero el «Fiat 1400» negro, que trae el padre Suárez, quedará destrozado en la carretera a 19 kilómetros de Perpiñán. Los restos de aquel cuerpo vienen hacia Madrid metidos en arcón de fino roble.

A la puerta de la basílica de Atocha, obispos, jerarquías eclesiásticas, Ministros del Gobierno, y el Jefe del Estado.

Un gentío enorme y un silencio impresionante que se va convirtiendo en lágrimas y suspiros ahogados. A hombros de cuatro dominicos entran en la basílica los restos del padre Manuel Suárez. Los hermanos del padre General vienen tras el féretro, inundados en llanto. También lloran los padres dominicos.

Después el último viaje.

En Caleruega, pueblo natal de Santo Domingo de Guzmán a pocos metros de la casa solariega donde naciera el santo fundador, se leerá en una lápida blanca, como el hábito de los dominicos, esta breve historia: «Fray Manuel Suárez Fernández, O. P. 1895-1954.»

Ernesto. S. VILCHES

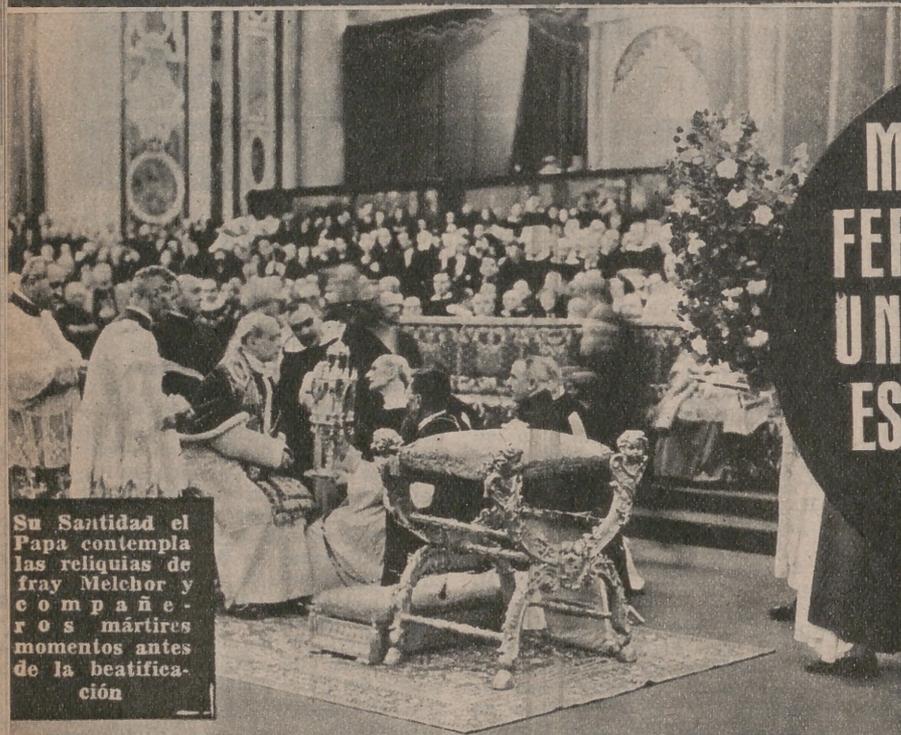
SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



Su Santidad el Papa contempla las reliquias de fray Melchor y compañeros mártires momentos antes de la beatificación

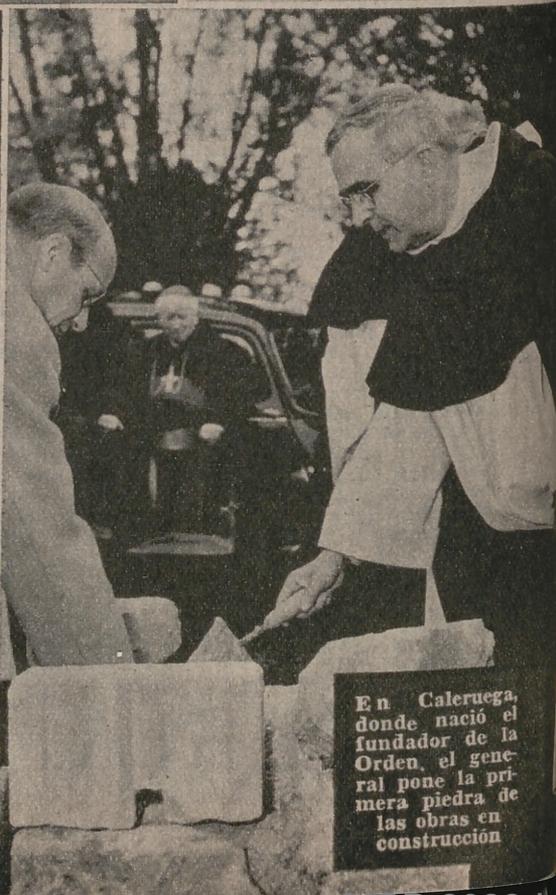
**MANUEL SUAREZ  
FERNANDEZ, O. P.,  
UN GRANDE DE  
ESPAÑA Y DE LA  
IGLESIA**

En la página 58 ofrecemos a nuestros lectores un interesante reportaje sobre la vida y la muerte del padre Suárez, general de la Orden Dominicana

**EL GENERAL DE LA ORDEN  
DOMINICANA QUE CONOCIO  
TODAS LAS RUTAS DEL MUNDO**



En su visita a América del Norte, el padre Manuel Suárez fué recibido por Truman



En Caleruega, donde nació el fundador de la Orden, el general pone la primera piedra de las obras en construcción